

BOUILLET

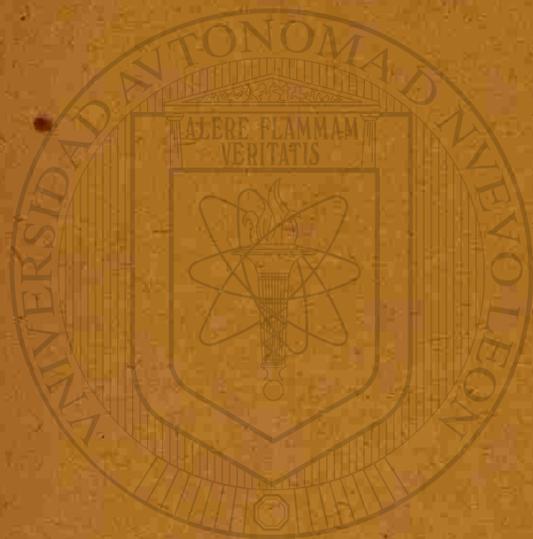
HISTORIA
DE UNA
PARISIENSE

PQ2242

H438



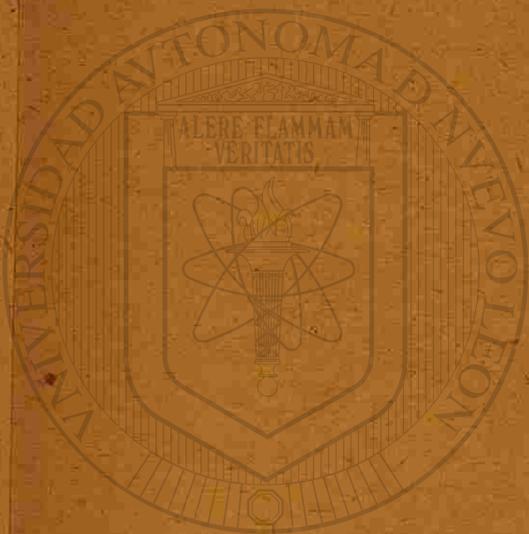
1020026421



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



HISTORIA DE UNA PARISIENSE.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas.
Núm. Autor F 4262
Núm. Adq. 30158
Procedencia -8-
Ejemplar
Categoría
Observaciones

HISTORIA
DE UNA
PARISIENSE

POR
OCTAVIO FEUILLET,
DE LA ACADEMIA FRANCESA

traducida por
JOAQUIN PORTUONDO.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS
1625 MONTERREY, MEXICO

GASPAR, EDITORES.

4, PRÍNCIPE, 4.
MADRID.—1884.

r 86230

30158



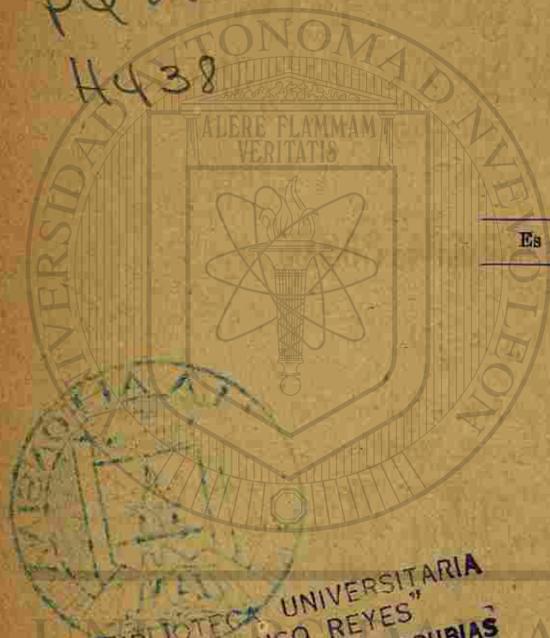
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

843
S.

PQ 2242

H438



Es propiedad.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID, 1884.
Establecimiento Tipográfico de los Sucesores de Rivadeneyra,
paseo de San Vicente, número 20.

HISTORIA DE UNA PARISIENSE.

PRIMERA PARTE.

I.

Sería excesiva la pretension de que todas las jóvenes solteras son ángeles; pero no puede negarse que hay ángeles entre ellas. Podríamos aún decir que no es muy raro que los haya, y, cosa que parece á primera vista extraña, que quizá es menos raro en París que en otras partes. La razon es sencilla. En esta grandiosa estufa parisiense, las virtudes y los vicios, al igual que los talentos, se desarrollan con verdadera exuberancia, y alcanzan su más alto grado de perfeccion ó de refinamiento. En

ninguna parte del mundo se respiran más fuertes venenos ni más suaves perfumes. En ninguna parte la mujer, cuando es bonita, lo es más; en ninguna parte, cuando es buena, es mejor.

Se sabe que la Marquesa de Latour-Mesnil, si bien era á la vez de las más bonitas y de las mejores, no habia sido completamente feliz con su marido. Y no porque éste fuese un mal hombre, sino porque le gustaba divertirse, y no se divertía con su mujer. Como resultado habíase ocupado muy poco de ella, que lloró mucho en secreto, sin que él se apercibiera ó se inquietara; despues murió, dejando á la Marquesa con la triste impresion de que habia truncado su vida. Su alma dulce y modesta la llevó á pensar que ella nunca era la culpable de sus desgracias, que atribuía á la insuficiencia de sus méritos, y queriendo evitar á su hija un destino parecido al suyo, consagró su existencia á darle una educacion distinguida y hacerla tan capaz como una mujer puede serlo, de retener

el amor en el matrimonio. Esta clase de educaciones exquisitas son en París, como en otros lugares, el consuelo de muchas viudas, de quienes alguna vez vive aún el marido.

Mademoiselle Juana de Latour-Mesnil habia recibido ámpliamente del cielo todos los dones que podian favorecer la ambicion que su madre concebía por ella. Su espíritu, naturalmente activo y dispuesto, se habia prestado desde la niñez al delicado cultivo maternal. Más tarde, profesores escogidos, cuidadosamente vigilados y dirigidos, habian acabado de iniciarla en las nociones, en los gustos y en los talentos que son el adorno intelectual de una mujer. Y en cuanto á la educacion moral, tuvo por único maestro á su madre, la cual, por el solo contacto y por la pureza del aliento en que la envolvía, hizo de ella un alma tan sana como ella misma.

A los méritos que acabamos de indicar, mademoiselle de Latour-Mesnil añadia otro que la debilidad humana no puede ménos

de tener muy en cuenta: era extremadamente bonita; tenía el talle y la gracia de una ninfa con la candidez y los rubores de niño. Embarazábala su propia superioridad, de la cual tenía una vaga idea, causándola á la vez fiereza y pudor. Á solas con su madre era expansiva, entusiasta y áun charlatana; en público manteníase inmóvil, tranquila y muda como una bella flor; pero sus ojos magníficos hablaban por ella.

Después de haber completado con la ayuda de Dios esta obra deliciosa, la Marquesa de Latour-Mesnil debía, sin duda, aspirar al descanso, á que ciertamente tenía indiscutible derecho. Pero el reposo no se ha hecho para las madres, y la Marquesa no tardó en sentirse presa de una agitación febril, que muchas de nuestras lectoras comprenderán. Juana había llegado á los diez y nueve años, y era preciso pensar buscarle un marido. Esta hora es, sin duda, para las madres una hora solemne. No nos admira que ellas se preocupen mucho en ese momen-

to: lo que nos admira es que no se preocupen más aún. Pero si una madre debe siempre experimentar en ese momento supremo mortales angustias, ninguna tanto como madame de Latour-Mesnil, que supo tener la virtud de educar bien á su hija; ninguna tanto como ella, que, amasando con sus castas manos esta jóven alma y este jóven cuerpo, supo refinar profundamente, depurar y áun espiritualizar sus instintos. Es preciso que esta madre sepa comprender que una hija así educada y formada está separada de la mayor parte de los hombres que frecuentan nuestros paseos, y áun nuestros salones, por un abismo intelectual y moral tan ancho y profundo como el que las separa de un negro del Zululand. Es preciso que ella se repita que entregar su hija á uno de esos hombres es sumirla en la peor de las desgracias y degradar indignamente su propia obra. Su responsabilidad en tal materia es tanto mayor, cuanto que las jóvenes, en nuestras costumbres francesas, están absolutamente imposibili-

tadas de tomar una parte seria en la eleccion de su marido. Con muy pocas excepciones, puede afirmarse que ellas han admitido por un exceso de confianza á aquel que se las designa como prometido, porque ellas le prestan todas las cualidades que le desean.

Preocupábase, pues, con justo motivo madame de Latour-Mesnil, teniendo verdadera ansiedad de casar bien á su hija. Pero difícil sería concebir lo que una mujer honrada y espiritual como ella entendia por casar bien á su hija, si no se viese todos los dias que la experiencia personal más dolorosa, el amor materno más verdadero, el espíritu más tierno y delicado, y aún la más alta piedad, no bastan para enseñar á las madres la diferencia que hay entre un matrimonio brillante y un buen matrimonio. Se puede en realidad reunir las dos condiciones al mismo tiempo, y esto es sin disputa lo mejor; pero es necesario tener cuidado, porque un brillante matrimonio es á menudo lo contrario de un matrimonio

bueno, porque deslumbra, y por consecuencia, ciega.

Para una jóven que debe aportar, como mademoiselle de Latour-Mesnil, quinientos mil francos de dote á su marido, un brillante matrimonio es con un marido que tenga tres ó cuatro millones. En verdad, parece que una mujer puede ser feliz con ménos. Pero, en fin, se confesará que es difícil rehusar cuatro millones cuando os los ofrecen. Pues bien: en 1872 el Baron de Maurescamp ofreció seis ó siete á madame de Latour-Mesnil por intermedio de una amiga comun, que habia sido su querida, pero que en el fondo era una buena señora.

Madame de Latour-Mesnil respondió, con la dignidad conveniente, que ella se sentia halagada por esta proposicion, pero que pedia, sin embargo, algunos dias para reflexionarla y para informarse. Mas, apenas fuera de su salon la embajadora, dirigióse al cuarto de su hija corriendo, la estrechó locamente sobre su corazon y se deshizo en lágrimas.

—¿Un marido?—preguntó Juana fijando sobre su madre sus grandes ojos de fuego.

La madre hizo seña que sí.

—¿Y quién es ese señor?

—¡M. de Maurescamp!..... ¡Ah, hija mia, ya lo ves, es brillante!.....

Habituada á mirar á su madre como infalible, y viéndola tan dichosa, Juana no dudó un instante en compartir ese sentimiento, y las dos pobres criaturas cambiaron durante largo rato sus besos y sus lágrimas.

Durante los ocho días que siguieron, y que Mme. de Latour-Mesnil creyó sinceramente consagrar á una averiguacion formal sobre la persona de M. de Maurescamp, no tuvo en realidad otra preocupacion que la de cerrar sus ojos y sus oídos para no ser arrancada á su hermoso sueño. Por otra parte, recibió de su familia y de sus amigos felicitaciones tan entusiastas con motivo de este matrimonio magnífico, leyó tanto despecho y envidia en los ojos de las

madres rivales, que tuvo muchos motivos para fortalecerse en su determinacion. M. de Maurescamp fué, pues, formalmente aceptado.

Hácense en el mundo matrimonios más ridículos, por ejemplo, los que se concluyen despues de una entrevista única en algun palco de teatro entre dos desconocidos, que más tarde, por su desgracia, se conocerán demasiado. Madame de Latour-Mesnil y su hija habian siquiera encontrado algunas veces en sociedad á M. de Maurescamp: no era de su intimidad, pero le habian visto acá y allá, en los espectáculos, en el Bosque; sabian su nombre y habian visto sus caballos. Era algo.

Por lo demas, M. de Maurescamp no dejaba de presentar algunas apariencias engañosas. Era un hombre como de treinta años, que hacía con cierto esplendor la alta vida parisiense. Habia heredado el título de su abuelo, general bajo el primer Imperio, y de su padre una gran fortuna, honrosamente ganada en la industria. Él

mismo ocupaba, gracias á su nombre, algunas agradables prebendas en grandes sociedades financieras. Hijo único y millonario, habia sido muy mimado por su madre, por sus criados, por sus amigos y por sus queridas. Su confianza en sí mismo, su aplomo lleno de seguridad, su gran fortuna, imponían al mundo, en el cual no faltaban gentes que le admirasen. Escuchábasele en su círculo con cierto respeto. Cansado, escéptico, burlo, frío y altivo de todo lo que no era práctico, hablaba, en medio de su profunda ignorancia, con voz llena y reposada, que le daba autoridad y prestigio. Habíase formado sobre las cosas del mundo, y particularmente sobre las mujeres, á quienes despreciaba, algunas ideas bastante vulgares, que erigia en principios y en sistemas, simplemente porque tenían el honor de pertenecerle. «Tengo por principio..... Entra en mis principios..... Tengo por sistema..... Ese es mi sistema.....» Estas fórmulas volvían á cada minuto á sus labios. Si hubiera nacido po-

bre, no hubiera sido más que un hombre comun; rico, era un tonto.

La eleccion que este personaje habia hecho de Mlle. de Latour-Mesnil puede sorprender á primera vista. Era de su parte, y ante todo, un rasgo de vanidad, y era tambien un cálculo. Admirábase en la sociedad parisiense á Mlle. de Latour-Mesnil como una señorita completa. Habitudo á no rehusarse nada y á satisfacer en todo sus deseos, parecióle glorioso apropiársela y poner en su sombrero aquella flor exquisita. Además, tenía por principio que el verdadero medio de no ser desgraciado en el matrimonio es casarse con una mujer de educacion perfecta. El principio no era malo en sí. Pero lo que ignoraba M. de Maurescamp, es que para arrancar una de esas plantas delicadas del invernadero maternal, y trasportarla con éxito al terreno del matrimonio, se necesita ser un horticultor de primer orden.

Físicamente, M. de Maurescamp era alto y de buena figura, un poco subido de

color, y de elegancia algo rebuscada. Fuerte como un toro, parecía tener el deseo de aumentar indefinidamente sus fuerzas. Ejercitábase por las mañanas con las pesas, daba saltos en las salas de armas, sumergíase dos veces por día en agua helada, y mostraba con orgullo en las levitas ceñidas su torso suizo.

Tal era el hombre á quien Mme. de Lattour Mesnil juzgó que era una dicha confiar el destino del ángel que tenía por hija. Verdad es que ella tenía una excusa que tienen muchas madres en igual caso. Estaba en cierto modo enamorada de su futuro yerno, á quien agradecía con el alma la distinción que había hecho con su hija; le creía dotado de superior inteligencia por haber sabido apreciar la inteligencia de su hija; le juzgaba hombre honrado y lleno de delicadeza por haber preferido, en la persona de su hija, la belleza y el mérito á otras ventajas más positivas.

En cuanto á Juana, sentíase naturalmente preparada, como ya hemos dicho, á

aceptar con toda confianza la elección de su madre. Estaba además, como todas las jóvenes en su caso, dispuesta á enriquecer con sus sentimientos personales al primer hombre que le permitiesen amar, adornándole con su propia poesía, reflejando sobre él su belleza moral, y trasfigurándole, en fin, con su puro esplendor.

Hay que convenir también en que M. de Maurescamp, una vez admitido á obsequiarla, correspondió bastante bien, por sus maneras, por su proceder y su lenguaje, á la idea que una joven puede formarse de un hombre amable y enamorado. Todos los novios que tienen la bolsa llena y que son hombres de mundo se parecen. Los dulces, los ramos, las joyas, les procuran una especie de poesía suficiente. Además, los menos románticos sienten por instinto que es necesario en estas ocasiones hacer cierto gasto de idealismo, y no es raro oír á ciertos hombres exaltarse poéticamente, delante de su prometida, por la primera y por la última vez de su vida, usando ese

lenguaje como se usa un lenguaje particular para los niños y los falderillos de quienes se quiere ganar la amistad.

Esta fase, llena de ilusion y de encanto, se prolongó para Mlle. de Latour-Mesnil, á través de las magnificencias del *trousseau* hasta los dulces resplandores del matrimonio religioso. En este dia supremo, puesta de rodillas ante el altar mayor de la iglesia de Santa Clotilde, bajo la luz sideral de los cirios, en medio de las flores que la rodeaban, puesta la mano en la mano del esposo, lleno el corazon de gratitud, de piedad y de dichoso amor, Juana tocó el cielo.

No es temerario afirmar que más allá de estas horas llenas de encanto el matrimonio, para las tres cuartas partes de las mujeres, no es más que una excepcion. Pero la palabra de excepcion es muy débil cuando se trata de expresar lo que puede sentir un alma y una inteligencia de exquisita delicadeza en la intimidad conyugal de un hombre vulgar. Sobre la manera de

agradar á las mujeres y de fijarlas á su marido, M. de Maurescamp tenía ideas que sería difícil expresar de una manera conveniente. Habrémos dicho bastante, y aún demasiado, dejando comprender que para él, no siendo el amor otra cosa que el deseo, la virtud de las mujeres no era más que el deseo satisfecho.

Monsieur de Maurescamp se engañaba de tiempo, hubiera podido tener razon con sus teorías en aquella edad lejana del mundo en que el hombre y la mujer se distinguían apenas del oso de cavernas. Pero olvidaba completamente que una jóven parisiense, pulida por la civilizacion y afinada en sus sentimientos por la educacion más delicada, no deja seguramente de ser una mujer, mas deja en absoluto de ser un animal. Si vuelve al estado salvaje, de lo cual no faltan ejemplos, es siempre su marido quien la conduce.

II.

Desde los primeros días existió entre los recién casados un ligero sentimiento de frialdad; en ella nacía ese sentimiento de la amarga decepción que le causaba encontrar el amor y la pasión tan diferentes de lo que ella esperaba; en él era el enfriamiento natural á un hombre pagado de sí mismo y que no se siente apreciado. Madame de Maurescamp, sin embargo, á pesar del caos que se agitaba en su mente, mostraba á su madre y al público esa frente serena é impasible que sorprende siempre en las recién casadas, y que demuestra el gran poder que las mujeres tienen para el disimulo. La organización de su nueva vida en su magnífico hotel de la Avenida de l'Alma, el aturdimiento de las fiestas que siguieron á su matrimonio, el deslumbramiento que los soberbios trenes, los adornos y vestidos, y todo el lujo que

la rodeaba le causaron, porque ella era mujer, la ayudaron, sin duda, á atravesar sin demasiada reflexión ni abatimiento los primeros tiempos de su matrimonio. Pero los goces del lujo y de la vida material, á más de que no eran enteramente nuevos para la hija de Mme. de Latour Mesnil, son de aquellos que pasan pronto. Por otra parte, ella había vivido con su madre en una región demasiado elevada para contentarse con las banalidades de la existencia mundana, y en medio de su torbellino, dominábala á cada momento la nostalgia de las alturas. El sueño más querido de su juventud había sido continuar con su esposo, en medio de la más tierna y ardiente unión de sus dos almas, la especie de vida ideal en que su madre la había iniciado, compartiendo con ella sus lecturas favoritas, sus pensamientos y sus reflexiones sobre todas las cosas, sus creencias y hasta sus entusiasmos por los grandes espectáculos de la Naturaleza ó por las bellas obras del genio. Júzguese hasta qué

punto M. de Maurescamp debía prestarse á aquella union. Rehusó desde el principio á su esposa esa vida ideal tan saludable á todos, tan necesaria á las mujeres, no sólo por grosería y por ignorancia, sino tambien por sistema. Sobre este punto profesaba la teoría de que el espíritu romántico es la principal y aún la única causa de la perdicion de las mujeres. En consecuencia, estimaba que todo lo que contribuye á exaltarles la imaginacion, la poesía, la música, el arte en todas sus manifestaciones, y hasta la religion, no debe permitírseles sino en muy cortas dosis. Más de una vez su jóven esposa trató de interesarle en lo que á ella misma le interesaba. Tenía bonita voz, y le cantaba los aires que eran de su gusto; pero desde que su canto se apasionaba un poco,

—No, querida, no—exclamaba su marido bruscamente—no tanta alma, ó me desvanezco.

Gustábanle los poetas y novelistas ingleses; hizo á su marido grandes elogios de

Tennyson, de quien era apasionada, y empezó á traducirle un pasaje. Monsieur de Maurescamp se puso con la misma brusquedad á dar fuertes voces y á golpear con las dos manos las teclas del piano para no escucharla. ¡ Ah! pretendia quitarle el gusto por la poesía, sin sospechar que más bien se exponia á disgustarla de la prosa. En el teatro, en las exposiciones, en los viajes, repetíanse las mismas burlas y las mismas glaciales vulgaridades á propósito de todo aquello que despertaba en su esposa una emocion un poco viva.

Madame de Maurescamp, por consecuencia de este sistema, fué poco á poco acostumbrándose á encerrar en sí misma todos los sentimientos que hermocean la vida para los seres delicados y generosos. No viendo llamas al exterior, M. de Maurescamp creyó que el incendio estaba apagado, y se glorificó de ello.

—Todas estas endiabladas mujeres—decía en el círculo á sus amigos—andan siempre por las nubes, y por eso acaban mal. Yo

he escogido la mia muy jóven, y he soplado sobre todas sus necedades románticas. ¡ Ahora ya está tranquila y yo tambien ! ¡ Ah, sí ! Es preciso que la mujer se mueva, que se pasee, que corra las tiendas, que visite á sus amigas, que monte á caballo, que cace: hé ahí la verdadera vida de la mujer..... de esa manera no le queda tiempo para pensar..... ¡ es lo perfecto !..... Miéntas que si se está en un rincon sublimándose con Chopin ó con Tennyson..... ¡ á paseo !..... ¡ todo está perdido !..... Este es mi sistema.

Era imposible que la pobreza de este sistema, y más en general la penuria intelectual de su marido, escapase á un espíritu tan penetrante como el de Mme. de Maurescamp. Su tono magistral y sus maneras autoritarias no la engañaron mucho tiempo. Los hombres no conocen siempre bien á sus mujeres, pero las mujeres conocen siempre perfectamente á sus maridos. No habia trascurrido un año, cuando los últimos velos y los últimos prestigios habian

caído. Madame de Maurescamp se veia obligada á reconocer que estaba unida para toda la vida á un hombre cuya inteligencia era muy escasa, y cuyos sentimientos eran bajos. Horrorizábase al empezar á comprender que despreciaba á su marido. Para una mujer que hace tales descubrimientos es un gran mérito no dejar de ser una esposa amable y sumisa. Madame de Maurescamp tuvo este mérito; mas para ello tuvo necesidad de recordar muchas veces que era cristiana, es decir, de una religion que ama las pruebas y el sacrificio.

Un acontecimiento bastante previsto, que se presentó dos años despues de su matrimonio, fué para ella un inmenso motivo de júbilo, ofreciéndole un dulce consuelo para su vida, y asegurándole por algun tiempo en su interior conyugal una independencia y una soledad relativas. El nacimiento de un hijo vino á darle la única alegría pura y completa que sintió desde el dia de su boda: esta dicha es de ordinario la única que efectivamente realiza todo

lo que la imaginacion habia hecho esperar del matrimonio.

Madame de Maurescamp quiso, como era natural, criar á su hijo ella misma; cumplió este deber con tanta más satisfaccion, cuanto que se le permitia ganar tiempo y prolongar, respecto á su marido, una situacion que le acomodaba perfectamente. Pero al fin llegó el momento en que fué necesario destetar al niño. Hacia este tiempo, M. de Maurescamp tuvo una noche la sorpresa de ver á su mujer á la hora de la comida con un peinado especial; habíase hecho cortar sus magníficos cabellos con el pretexto de que se le caian, lo cual no era cierto. Esperaba que este sacrificio penoso, afeándola algo, le evitaria otros más penosos aún. Habia contado sin la huésped. Monsieur de Maurescamp encontró, por el contrario, que ese peinado de recluta le daba cierta originalidad y atractivo. La pobre mujer tuvo que resignarse y dejar crecer de nuevo sus cabellos.

La libertad á qué ella aspiraba en el se-

creto de su corazon debia, sin embargo llegar por sí misma, y del lado que ella ménos lo esperaba. Una criatura noble y encantadora como ella era muy capaz de inspirar, no ménos que de sentir, la más profunda, la más ardiente y duradera pasion; hubiera sido digna de figurar entre las amantes inmortales de que la historia y la leyenda han consagrado los afectos imperecederos. Pero el amor de M. de Maurescamp no contenia ningun elemento imperecedero: era—para emplear una expresion de estos tiempos—un amor naturalista, y los amores naturalistas, aunque en nada se asemejan á la rosa, tienen, sin embargo, su efimeracion. Decíase desde hacía largo tiempo á sí mismo, y aún lo dejaba comprender á sus amigos, que se habia unido con una estatua bastante agradable á la vista, pero cuya frialdad hubiera desilusionado al mismo Pigmalion. Decíalo aún en términos ménos delicados, tomando sus comparaciones más gustosamente en la historia natural que en la mitología. En el fondo M. de

Maurescamp, que era de un natural muy celoso, no estaba descontento de una circunstancia, que le parecia ser una verdadera garantía de seguridad doméstica. En resúmen, despedido de verse desconocido, enojado de los escrúpulos y objeciones que se le oponian sin cesar, ocupado además en otra parte más agradablemente, retiróse definitivamente á su tienda, de la cual su mujer no trató de hacerle salir.

III.

Porque una mujer renuncie al amor particular de su marido, no debe deducirse, como hacía M. de Maurescamp, que renuncia en general al amor. Tras los primeros desencantos de una union desigual, la mujer se repone del choque y se reconcentra; vuelve á empezar su sueño interrumpido; reforma su ideal, conmovido por un momento; se dice, y no sin razon, que es im-

posible que el mundo haga al rededor del amor tanto ruido para nada; juzga que es imposible que esta gran pasion, que llena la fábula y la historia, que ha sido cantada por todos los poetas y glorificada por todas las artes, eterna ocupacion de los hombres y de los dioses, no sea en realidad más que una vana y aún repugnante quimera; no puede imaginar que se rindan tales homenajes á una divinidad vulgar; que tan magníficos altares se levanten de siglo en siglo á un ídolo repugnante. El amor sigue siendo, pues, á pesar de todo y á traves de todo, la principal curiosidad de su mente y la perpétua aspiracion de su alma. Sabe que existe, sabe que otras lo han conocido, y se resigna dificilmente á vivir y morir ella misma sin conocerlo.

Es seguramente un peligro para la mujer conservar y alimentar, despues de las decepciones comunes del matrimonio, éste ideal de un amor desconocido; pero hay para ella otro peligro más grande aún, y es de perderlo.

Madame de Maurescamp, por aquel tiempo, se unió por una estrecha amistad con madame d'Hermany, que tenía dos ó tres años más que ella. La amistad es la tentación natural de una mujer honrada que quiere continuar siéndolo y que siente vacío su corazón. Por muy satisfecha que estuviese de su reconquistada independencia, Juana de Maurescamp, que no tenía más de veinticuatro años, no podía mirar sin espanto la larga perspectiva de soledad y de angustia moral que se extendía delante de ella. Ni su madre, á quien ella ocultaba sus penas para no aparecer como haciéndole reproches, ni su hijo, demasiado niño para ocuparla siempre, ni aún su fe, turbada ya por la indiferencia irónica del mundo, podrían bastar á su inmensa necesidad de confianza, de expansión y de sosten. Lanzóse, pues, con todo el ardor tierno y exaltado de su alma en aquel sentimiento, que le pareció deber ser á la vez un consuelo y una defensa para ella.

Madame d'Hermany, á quien consagró

su amistad, era entónces, como ahora, una jóven llena de encantos; pertenecía á la variedad rara y exquisita de las rubias trágicas; sin ser alta, imponía por la perfección misma de su belleza, por el brillo extraño de sus ojos de color azul oscuro, y por el resplandor inteligente de su frente alta y pura: tenía en los ángulos de su boca fina un pliegue misterioso, que parecía causado por un amargo desden. Decíase que habia sido muy desgraciada, y cierta conformidad en sus destinos parecía aproximarla á Mme. de Maurescamp. La habian casado, como á ella, con culpable ligereza; y como ella también, aunque por diferente camino, habia llegado á ese divorcio amigable tan frecuente en los matrimonios del gran mundo. Habíase casado con su primo d'Hermany, jóven de físico agradable, pero de gustos y costumbres depravadas. La leyenda decía que no sólo habia continuado su vida de soltero despues del matrimonio, sino que la habia hecho compartir á su esposa, sea por una especie de perversa maligni-

dad, que está bastante á la moda, sea simplemente por tontería. Habíala arrastrado tras de sí á las fiestas del mundo, á las reuniones de jóvenes, á los paseos y cenas de restaurant. Contábase que en una de estas cenas, á la cual asistia un príncipe extranjero, la jóven, indignada de la libertad del lenguaje que se permitian en su presencia, no pudiendo contenerse ya, habia abofeteado á uno de los convidados: pretendian unos que era á su marido, otros que al príncipe extranjero. Como quiera que sea, desde el dia de ese famoso bofetón, hubiérale ó no recibido él, M. d'Hermany habia sido invitado á considerarse como viudo. No lo sintió mucho, porque su mujer, cuya inmensa superioridad no podia él desconocer, le causaba tanto temor, que él se embriagaba siempre un poco para darse valor ántes de presentarse á ella.

Conocia Mme. de Maurescamp esta leyenda, que con poca diferencia era más bien una historia, y á ella añadía de su cosecha todo lo que podia hacer más interesante el

papel que habia representado Mme. d'Hermany. Figurábasela sumergida, con toda su inteligencia y toda su pureza, en un mundo infame, del cual la veia salir sin mancha y llena de indignacion, y complaciase en poner sobre su frente encantadora la aureola de los jóvenes mártires del Cristianismo. Halagada y conmovida por este culto adorable, Mme. d'Hermany la devolvía su afecto con ménos entusiasmo, pero con sinceridad. Espiritual, instruida, un poco artista, era capaz de apreciar los méritos de Mme. de Maurescamp y de corresponderle dignamente. Ella supo bien pronto los secretos de Juana, y Juana creyó conocer todos los suyos. Sus dos existencias se confundieron íntimamente. Juntas hicieron sus visitas y recorrieron sus almacenes; tuvieron el mismo palco en la Ópera y en el teatro Frances; asistieron juntas á los cursos de la Sorbona, y cuando llegó el verano, establecióronse las dos en la misma villa en Deauville.

Allí ocurrió un incidente, que debia de-

jar huella profunda en los recuerdos de madame de Maurescamp.

Aunque su conducta era intachable, las dos graciosas amigas llevaban la vida del gran mundo y eran naturalmente muy obsequiadas. Una pareja tan bonita, como decía M. d'Hermany, no podía dejar de tener admiradores. Sus bailadores de París llenaban la costa, de Trouville á Cabourg. Además, M. de Maurescamp y M. d'Hermany, con la oficiosidad ordinaria de los maridos, tenían cuidado de llevar consigo todos los sábados algunos amigos. Los homenajes de todos estos *dilettanti* eran acogidos sin gazmoñería y sin familiaridad, con la naturalidad tranquila y sonriente que caracteriza á las mujeres del mundo que son honradas, y análogamente á las que no lo son. Por la noche, cuando madame de Maurescamp y Mme. d'Hermany se quedaban solas, complacíanse, ántes de retirarse á sus habitaciones, en pasar una revista satírica de los pretendientes del día; era lo que ellas llama-

ban la degollacion de los inocentes. Madame d'Hermany encontraba verdadera ferocidad en aquellas ejecuciones nocturnas. Entre los que trataba peor figuraba á la cabeza un jóven de nombre Saville, á quien se llamaba el bello Saville, y que era, decía ella, el director de cotillon más necio que habia visto en su vida. Madame de Maurescamp, ménos cruel, le encontraba de buena figura y buen carácter. A propósito de lo cual, Mme. d'Hermany le echaba en cara, riéndose, que tenía por los jóvenes un gusto de colegiala y de planchadora. En cuanto á ella, si por muchas razones no estuviera disgustada para siempre del amor y de los enamorados, no hubiera podido amar sino á un hombre ya formado y áun maduro, y hacía entonces de este hombre maduro, á quien hubiera amado, un retrato severo y magistral, que desgraciadamente no se parecía á nadie.

Hácia el fin de Agosto, Juana de Maurescamp se habia retirado una noche á su

habitacion para escribir á su madre ántes de acostarse. Habia dado ya la una cuando acabó su correspondencia. La noche era tempestuosa, y acercándose á una ventana, vió magníficos relámpagos que rayaban el horizonte é iluminaban silenciosamente el mar. A intervalos mezclábanse al espectáculo rugidos lejanos, semejantes á la voz del leon en algun desierto africano. Ella sabia que Mme. d'Hermany adoraba tambien las grandes escenas dramáticas de la Naturaleza, y creyéndola áun levantada (le habia dicho que iba tambien á escribir varias cartas aquella noche), bajó al piso inferior y llamó á la puerta de su amiga. No recibiendo respuesta, la creyó dormida; y ocurrióle entónces la idea de ir sola al piso bajo para contemplar mejor, á traves de las anchas ventanas del mirador los reflejos del relámpago sobre el Océano. Al abrir la puerta del salon, con su palmatoria en la mano, entrevió en la media luz dos formas humanas, que se levantaron bruscamente delante de ella: lanzó un ligero grito de

espanto, que ahogó en seguida al reconocer á Mme. d'Hermany, que se lanzó hácia ella, y cogiéndola de la mano, le dijo con viveza:

—¡ Callad !

Despues, volviéndose hácia un hombre que en medio del salon se mantenia de pié, en medio de una actitud llena de embaraço,

—¡ Vamos, véte!—le dijo.

El hombre saludó y salió por el jardin: era el bello Saville.

Madama de Maurescamp, en la extraordinaria sorpresa que le produjo este doble descubrimiento, dejó escapar de sus manos la palmatoria; y despues de algunos segundos de inmovilidad y de estupor, dejóse caer sobre un divan que estaba á su lado, cubrióse la cara con las manos y empezó á sollozar.

Madame d'Hermany, entre tanto, suelto el cabello, en el desórden de una cantante, iba y venía por el salon en medio de las tinieblas. Deteniéndose de pronto delante de Juana,

—¿Es decir, dijo, que me teniais por una santa?

— Sí —contestó simplemente Juana.

Madame d'Hernany encogió los hombros y volvió á dar algunos pasos. Luégo añadió bruscamente:

—¿Cómo habeis podido creer eso? ¿Cómo habeis podido imaginar que yo habia atravesado impunemente el cenagal en que mi miserable esposo me arrastró?

Juana no respondia una palabra; ahogábase.

—¿Sufris mucho, hija mia?

—¡Sí, mucho!

—¡Vamos, venid á respirar el aire! ¡Venid!

Cogióla por la mano y la levantó con cierta violencia, llevándosela fuera. La hizo sentar sobre el pequeño terrado y quedó de pié á dos pasos delante de ella, apoyada sobre una de las pequeñas columnas que sostenian la galería. Miraba fijamente el mar, sobre el cual seguian brillando claridades intermitentes. Despues

de un largo silencio, alzó de nuevo la voz:

—¡ Sois loca, pobre Juana! —dijo.—

¡ Sois loca, como yo tambien lo he sido, y como todas lo somos al principio de la vida! Despues de todo, mi marido me ha hecho un servicio sin quererlo..... me ha aliviado de mi exceso de idealismo. La verdad es, querida mia, que recibimos una educacion ridícula..... Esa educacion etérea nos falsea el espíritu..... La verdad es que no hay nada sobre la tierra —ni en el cielo, mucho lo temo— que pueda responder dignamente á la idea que se nos da de la dicha..... Nos educan como si fuéramos espíritus puros, y no somos más que mujeres, pobres hijas de Eva..... nada más..... Despues sentimos la necesidad de pisar la tierra..... ó de morir sin haber vivido..... Quien quiere hacer el ángel hace la bestia, ya sabeis..... ¡Ah, Dios mio! Nadie ha entrado en la vida con un alma más pura que yo, ni con más generosas ilusiones, os lo aseguro..... ni con más altas creencias..... Bien, ¿y qué? Yo

he reconocido..... un poco más deprisa que las otras, gracias á mi buen marido..... he reconocido que todo eso carecia de objeto, de aplicacion, de realidad..... que nadie me comprendia..... que yo hablaba un lenguaje extraño á nuestro planeta..... que yo era, en fin, la única de mi especie..... ha sido preciso que yo me resignára á caer..... que yo aceptára los únicos placeres reales que hay en el mundo..... Despues de haber soñado amores extraordinarios, he tenido que contentarme con un amor ordinario..... porque no hay otro..... porque es necesario cumplir su destino, y el destino de la mujer es amar y ser amada..... Ya lo veis, querida mia, ¿qué quereis? soy un ángel caído..... y trato de arrastraros en mi caída..... ¿no es verdad? ¿No es ése vuestro pensamiento?..... Lo leo en vuestros ojos á cada brillo de relámpago que pasa..... Por lo demas, la escena es completa..... Un cielo y un mar de fuego..... y yo aquí..... suelto el cabello..... y presentando mi frente al rayo..... ¡Muy poético! ¿no lo encontráis

así?..... Es igual, soy una miserable llena de orgullo al hablaros así..... ¡siempre es tiempo para aprender todo eso!

—¿Y por qué me lo decis?—preguntó Juana, que durante este extraño discurso habia recobrado un poco de calma.

—¿Acaso lo sé yo misma?—contestó madame d'Hermány. ¡Ah! ¡gracias á Dios! Hé aquí la lluvia.

Bajó dos ó tres escalones de la entrada, y expuso su frente desnuda á la lluvia, que empezaba á caer con toda su fuerza. Al mismo tiempo sacudia sus cabellos, y recogiendo anchas gotas de lluvia en sus dos manos, bañábase la frente.

—¡Entrad, Luisa, entrad! os lo ruego—dijo dulcemente Mme. de Maurescamp.

Ésta subió lentamente, y deteniéndose delante de Juana, dijo con acento altanero y breve:

—¿Será preciso decirnos adios, supongo?

—¿Por qué?—dijo Juana levantándose.—Yo no tengo la pretension de reformar el mundo..... Os ruego solamente que no me

30158

hableis jamas de vuestros amores ni de los míos..... sobre todo lo demas nos entenderemos bien.... vuestra amistad quedará siendo para mí un gran recurso..... y espero que la mía podrá seros tambien útil.

Madame d'Hernany la acercó á su pecho y la abrazó estrechamente.

—¡Gracias!—dijo.

Retiráronse á sus habitaciones. Dos horas más tarde, el día naciente encontraba á Juana sentada al borde de su lecho, húmedas las mejillas por el llanto y fijos los ojos en el vacío.

IV.

Nada hay que turbe más profundamente nuestro estado moral que descubrir los desfallecimientos de aquellos que personifican para nosotros el bien y el honor, ya sean nuestros parientes, ya sean nuestros amigos. Cuando dejamos de estimar á aque-

llos en quienes habiamos colocado nuestra confianza y nuestro respeto, nos sentimos arrastrados á dudar de las virtudes mismas de que eran para nosotros la imagen sensible. Los falsos ídolos nos hacen sospechar de la religion misma.

Por esta razon, especiosa, pero muy humana, fué por la que Mme. de Maurecamp, despues de haber reconocido amargamente la indignidad moral de su amiga, cayó en un estado de duda y de abatimiento tan penoso como lleno de peligros. De un carácter demasiado elevado para romper ruidosamente una amistad que le habia sido tan querida y que era tan pública, no dejó por eso de sentir que aquella amistad habia muerto. Sin duda ella habia amado en Mme. d'Hernany sus cualidades reales, pero más aún las que ella le habia concedido. La aureola radiante que le habia puesto en la frente estaba apagada para siempre, y lo que es más triste, apagada en el fango, como un sol de fuegos artificiales. Hubiérale perdonado un amor

hableis jamas de vuestros amores ni de los míos..... sobre todo lo demas nos entenderemos bien.... vuestra amistad quedará siendo para mí un gran recurso..... y espero que la mía podrá seros tambien útil.

Madame d'Hernany la acercó á su pecho y la abrazó estrechamente.

—¡Gracias!—dijo.

Retiráronse á sus habitaciones. Dos horas más tarde, el día naciente encontraba á Juana sentada al borde de su lecho, húmedas las mejillas por el llanto y fijos los ojos en el vacío.

IV.

Nada hay que turbe más profundamente nuestro estado moral que descubrir los desfallecimientos de aquellos que personifican para nosotros el bien y el honor, ya sean nuestros parientes, ya sean nuestros amigos. Cuando dejamos de estimar á aque-

llos en quienes habiamos colocado nuestra confianza y nuestro respeto, nos sentimos arrastrados á dudar de las virtudes mismas de que eran para nosotros la imagen sensible. Los falsos ídolos nos hacen sospechar de la religion misma.

Por esta razon, especiosa, pero muy humana, fué por la que Mme. de Maurecamp, despues de haber reconocido amargamente la indignidad moral de su amiga, cayó en un estado de duda y de abatimiento tan penoso como lleno de peligros. De un carácter demasiado elevado para romper ruidosamente una amistad que le habia sido tan querida y que era tan pública, no dejó por eso de sentir que aquella amistad habia muerto. Sin duda ella habia amado en Mme. d'Hernany sus cualidades reales, pero más aún las que ella le habia concedido. La aureola radiante que le habia puesto en la frente estaba apagada para siempre, y lo que es más triste, apagada en el fango, como un sol de fuegos artificiales. Hubiérale perdonado un amor

que, aunque culpable, hubiera sido justificado por el objeto; hubiérale perdonado Petrarca, Dante ó Goëthe, pero no le perdonaba el bello Saville. No le perdonaba su hipócrita afectacion para cubrirle de ridículo; no le perdonaba, sobre todo, que hubiera intentado desmoralizarla á ella misma, exponiéndole con orgullo satánico sus depravadas teorías; y tanto ménos se lo perdonaba, cuanto que sentia que lo habia en parte conseguido, y que poco á poco el veneno iba filtrándose por sus venas.

En efecto, bajo la impresion de este nuevo desencanto, Juana de Maurescamp vivia en el mundo con ménos ilusiones y optimismo que ántes. Observó con vista más experimentada lo que pasaba á su alrededor; muchas expresiones que le habian parecido calumnias, le parecieron entónces verosímiles; muchas amistades que habia creído inocentes, se le hicieron sospechosas. Despues de haber visto en el mundo más virtudes de las que realmente hay, empezó á creer que no habia ninguna.

Empezó á preguntarse si no sería cierto, como le habia dicho Mme. d'Hermany, que ella era única en su especie; si sus sentimientos y sus ideas sobre la vida, y en particular sobre el amor, no serian únicamente producto de una educacion artificial y de una imaginacion engañada por las mentiras de los poetas; si el placer, en fin, tal cual era en la realidad, no valia más que nada.

Es un espectáculo conmovedor y lleno de emociones el de una mujer jóven y honrada, cuando llega á esta etapa casi inevitable de la vida mundana, revolviéndose en medio de estas angustias, y sintiéndose á punto de caer bruscamente de un exceso de ideal á un exceso de realismo.

Á más de los filósofos, hay siempre gran número de curiosos que siguen con interes estos dramas íntimos. El mundo está lleno de gentes que nada mejor tienen en que ocuparse, que esperan, por otra parte, sacar algun provecho del desenlace, y que se esfuerzan, por consiguiente, para

apresurarlo. Uno de los más ingeniosos en ese género era por entonces el Vizconde de Monthelin, muy conocido en la sociedad parisiense. Monsieur Monthelin amaba exclusivamente el amor, y ya esto era para él un título á los ojos de las damas. No jugaba, no fumaba, no asistía al círculo. Cuando, despues de comer, todos los invitados se dirigian al salon de fumar, él se quedaba con las mujeres. Todo esto le daba grandes ventajas, de las cuales abusaba con placer. No era ya jóven, pero era todavía elegante, decidior, de maneras distinguidas, y tenía un corazon que era una verdadera sentina de corrupcion. Habia consagrado su existencia, ya larga, á espiar los matrimonios que estaban en peligro, y á rematarlos. Era su especialidad. Dos ó tres duelos afortunados—uno de ellos con el conde Santiago de Lerne, que le habia llamado el tiburón de los salones—habian completado su reputacion.

En el invierno que siguió á la temporada que pasaron las dos amigas en Deau-

ville, vióse claramente que M. de Monthelin miraba á Mme. de Maurescamp como una presa ya casi madura. Viósele estrechar sus relaciones de amistad con M. de Maurescamp, al mismo tiempo que estrechaba el círculo de sus operaciones al rededor de su mujer. Sus visitas fueron siendo más frecuentes; procuró cruzarse siempre con ella en el Bosque, y se presentó en su palco con regularidad, los viérnes en la Ópera, y los mártés en el teatro Frances.

En su profundo abatimiento moral y en su aislamiento desesperado, Juana sufría, casi sin defensa, la fascinacion que ejerce siempre sobre su sexo la voluntad firme y determinada de un hombre. Sentíase poco á poco como dominada por un vértigo en medio de las sábias y continuas evoluciones que M. de Monthelin describia al rededor de ella. La jóven no tardó en concederle esos pequeños favores que son el prelude rutinario de un abandono completo. Así fué como adquirió la costumbre

de informarle de las visitas que pensaba hacer, de las casas en donde podria encontrarla por el dia; indicábale tambien las horas en que era más probable que la encontrára sola en su casa; y en los bailes, como él no bailaba, ella le reservaba algunas piezas sentada; es decir, ocasiones de hablar á solas detras del abanico, á la sombra de una cortina ó bajo las palmeras de una estufa. Estos manejos, á falta de otra cosa mejor, le producian cierta turbacion que la ocupaba; la emocion del peligro, excitando sus nervios, le causaba la ilusion de un interes verdadero. En resumen: la pobre y noble Juana estaba probablemente en vísperas de la más vulgar caida, cuando un nuevo personaje intervino en la accion.

Era una mujer, una vieja, la Condesa de Lerne, madre de aquel Santiago de Lerne que habia sido herido en duelo algunos años ántes por M. de Monthelin. Madame de Lerne habia sido siempre una mujer sin principios, pero muy inteligente.

Habia tenido el buen gusto de no aparecer gazmoña despues de haber sido más que coqueta. Su indulgencia para las debilidades que ella habia conocido, su buen humor, su buen consejo, su posicion de familia y de fortuna, le aseguraban, no obstante los recuerdos un poco alegres de su juventud, la simpatía general. En su salon, muy solicitado, reuníanse las eminencias de la política, de la literatura y de las artes, á las cuales se mezclaban algunas mujeres bonitas como para adornar el presagio. Juana de Maurescamp, con su elegante belleza y su tímida superioridad, era uno de los encantos de aquel salon modelo; no habia atenciones ni halagos que la vieja Condesa no le prodigase para atraerla y retenerla. Dos razones la movian principalmente: la primera, podia confesarse, era realzar el brillo de sus recepciones; la segunda, ménos ortodoxa, era hacer de Mme. de Maurescamp la querida de su hijo.

Hacia siete ú ocho años, aquella señora

había perdido el mayor de sus dos hijos, Guy de Lerne; el segundo, Santiago, acababa de salir del colegio de Saint-Cyr cuando murió su hermano, y viendo sola á su madre, presentó su renuncia para vivir al lado de ella. Era un jóven bien dotado, que hubiera podido ciertamente, si lo hubiera querido, llevar sus dones naturales hasta el talento. Pintaba con mucho gusto preciosas acuarelas; pero sobre todo, era excelente músico. Algunas de sus composiciones, walses, canciones, sinfonías, eran de sobresaliente mérito. Mas ya sea por indolencia natural, ya por el desencanto de ver su carrera truncada, no pasó de simple *dillettante*, y lo que es peor, llegó á convertirse en un tronera. Excepto en los salones de su madre, donde el deber le retenia, veíasele frecuentar muy poco la buena sociedad, con la cual no parecia complacerse; en cambio, frecuentaba mucho otra clase de sociedades en que hallaba más agrado. Madame de Lerne pensó ante todo en casarle, hay que hacerle esta jus-

ticia; pero le encontró tan recalcitrante en este punto, que tuvo que conformarse con la idea de buscarle una relacion que le sacase al ménos de las malas compañías. Desde hacía largo tiempo habia fijado sus miradas para este loable objeto en Juana de Maurescamp, cuyo siniestro conyugal no habia escapado á su vejez experimentada. Sin entrar con su hijo, respecto de esta cuestion, en explicaciones impropias, formó sus planes, contribuyendo con todas sus fuerzas á realizarlos, para lo cual no dejaba pasar ocasion alguna de hacer que resaltáran á los ojos de su hijo los méritos y perfecciones de aquella jóven seductora. Pero Santiago de Lerne, aunque evidentemente notaba la extremada belleza de Juana y la superioridad de su inteligencia, no habia parecido mostrar más que una indiferente curiosidad. Entónces fué cuando la Condesa, que atentamente vigilaba á la jóven, viéndola en peligro de caer bajo la garra de M. de Monthelin, resolvió intentar algun recurso heroico, mitad por

el interés que le inspiraba su hijo, mitad por el odio que sentía contra aquel hombre que había estado á punto de matarle.

Una mañana escribió á Juana para hacerle saber que, salvo contraórden, iría á verla á las tres, porque tenía que confiarle algo importante y agradable. Juana, algo sorprendida de aquel misterio, la esperó. Á la hora expresada, vióla entrar en su gabinete seguida de un lacayo que llevaba un cestito.

La Condesa tenía en sus brazos un pequenísimó falderillo de larga y sedosa lana, verdadera miniatura de color blanco con manchas de fuego, oriundo de Méjico, y que hacía la admiración y envidia de los inteligentes.

— Hermosa amiga mia — dijo madame de Lerne — me habiais dicho que estabais enamorada de *Toby*..... Pues bien ; permitidme ofrecéroslo como prenda de amistad. Madame de Maurescamp exclamó :

— ¡ Cómo ! ¿ Es posible, amiga mia ?

— Hacía ya mucho tiempo — continuó

madame de Lerne — que yo me preguntaba qué podría hacer para mostrar á una jóven y encantadora criatura como vos mi gratitud por vuestra bondad y vuestra fidelidad para esta vieja amiga..... Es tan raro..... que verdaderamente os estoy agradecida..... y me considero muy dichosa, os lo aseguro, de encontrar algo que pueda seros agradable.

Juana no recordaba claramente en qué circunstancia había manifestado ella esa pasión por *Toby*; pero, en fin, ella sintió el precio de aquel sacrificio que le hacían.

— ¡ Ah, señora !..... ¡ querida señora ! — exclamó toda confusa — ¿ cómo aceptar este sacrificio ? Es tan bonito, tan extraordinario este pequeño animal..... ¡ Qué privación, Dios mio !..... y la preciosa cestita..... no en verdad.....

La jóven, en vez de acabar su frase, se echó al cuello de Mme. de Lerne, lo que hizo aullar á *Toby*.

— ¡ Vén, amor mio ! — dijo Juana co-

giéndole en sus brazos y llenándole de caricias.

Sentáronse las dos damas, y madame de Lerne, respondiendo con interes á las preguntas de Juana, le dió todas las instrucciones necesarias sobre la manera de cuidar, de alimentar y áun de curar á *Toby*.

Informóse despues de la salud de M. de Maurescamp.

— Pero en realidad, no sé por qué os pregunto de él..... no hay más que mirarle..... ¡una salud exuberante! Es un hombre de hierro; da gusto verle.

— ¿Y vuestro hijo, señora — preguntó Juana — cómo sigue?

— ¿Mi hijo?..... ¡Ah! él es otro género..... género delicado..... ya sabeis, naturaleza de artista..... ¡y siquiera no hubiese más que eso!

— Pero es un excelente hijo — dijo dulcemente Mme. de Maurescamp.

— ¡Oh! es muy cierto; como hijo, no puede serlo mejor, no se puede dudar de

ello..... Y decidme, querida mia, ¿estais libre mañana? Es mi dia, miércoles; ¿quereis venir á comer con nosotros?..... Allí encontraréis á vuestra amiga d'Hermany.....

— Con mucho gusto..... Creo que M. de Maurescamp no tiene ningun compromiso.....

— ¡Magnífico entónces, bien! Pues cuento con los dos.

Madame de Lerne se levantó como para retirarse; pero ántes hizo algunas caricias de despedida á *Toby*, y esto dió á madame de Maurescamp la ocasion de renovar sus muestras de gratitud. En fin, la frase que esperaba Mme. de Lerne, y que en caso necesario hubiera provocado, salió de los labios de Juana:

— ¡Dios mio! ¿qué podría yo hacer á mi vez para seros agradable?

Madame de Lerne se volvió bruscamente hácia ella, y mirándola con su amable sonrisa:

— Casadme á mi hijo — le dijo.

— ¡ Ah! en cuanto á eso — exclamó alegremente Mme. de Maurescamp — es una empresa de la cual me reconozco incapaz.

— ¿ Por qué? — contestó Mme. de Lerne en el mismo tono. — Al contrario, me parece que sois más capaz que nadie de conseguirlo.

Juana, sin responder, fijó en ella una mirada interrogadora.

— De véras, sí — continuó Mme. de Lerne. — Estoy segura de que sería más fácil que aceptára una mujer de vuestra mano, más bien que propuesta por cualquiera otra.

— Sin duda estais de burla, querida señora — murmuró Juana mirándola siempre con el mismo aire de sorpresa.

— No es broma, no..... Si tuvieseis una hermana que se os pareciera, creo positivamente que el negocio se arreglaría en seguida.

— Os aseguro — dijo Juana — que no os comprendo..... ¡ Pero si vuestro hijo apenas me conoce !

— Perdonadme..... os conoce perfectamente..... ¡ Oh! mi hijo es muy observador..... tiene gran perspicacia. Yo sé muy bien que os aprecia mucho..... No tengo que insistir en esto. Segura estoy de que en esta cuestion del matrimonio tendriais sobre él más influencia que nadie..... y si le recomendaseis alguna jóven de mérito..... una de vuestras amigas..... ¡ oh! sí, me parece que la aceptaria con los ojos cerrados.

— Pues yo no creo que conseguiría nada — exclamó Mme. de Maurescamp.

— Y yo en cambio estoy segura..... Haced la prueba y lo veréis.

Las dos se echaron á reir.

— Pensad en ello, os lo ruego — añadió la Condesa — os hablo seriamente..... Buscad entre vuestras amigas, entre vuestras relaciones..... ¡ Ah, me hariais un inmenso servicio !

— Lo malo del caso es, mi querida señora — replicó Mme. de Maurescamp — que vuestro hijo me causa un miedo espantoso.

— ¡Vamos! — exclamó la Condesa como sorprendida.

— Positivamente..... Tiene un aire tan burlon..... es tan mordaz, tan acerbo..... Y luégo.....

La jóven tuvo un momento de embarazo.

— Y luégo, que es un tronera, ¿no es eso?

— ¡Dios mio, yo no sé!..... la verdad es que eso no me importa.

— Sí, es cierto, tiene muy mala cabeza. Pero como todos los de su estilo, tiene un corazon de oro. Y ademas es de un trato tan agradable..... ¡ Ah, qué buena obra harías, mi querida hija, si me ayudarais á arrancarlo de las garras de esa Lucy Mary..... porque ahora es Lucy Mary, ya sabeis!

— ¡ Ah!.....

— Sí..... de la Ópera..... la que hace de paje..... ¡ Es horrible, es espantoso, mi pobre hijo! Ya algun dia sabréis de estas cosas con vuestro hijo..... En fin, tratad de casar al uno y me haréis un gran ser-

vicio..... Os repito que si álguien hay en el mundo que pueda hacer este milagro, sois vos..... ¡ Adios, querida mia!

La Condesa abrazó á la jóven, y ya desde la puerta, en el momento de salir, añadió:

— ¿ Le diréis dos palabras mañana por la noche, verdad?

— Bueno, yo probaré — dijo Juana.

La Condesa de Lerne, muy satisfecha de su primera campaña, retiróse entónces definitivamente. No le faltaba razon para estarlo, porque por primera vez, desde hacia algunos meses, la imaginacion de Juana se ocupaba de otro hombre que monsieur de Monthelin. Habia comprendido muy bien lo que Mme. de Lerne, con sus insinuaciones y sus reticencias maliciosas, habia tratado de hacerle entender que tenía en Santiago de Lerne un ferviente admirador. Esta noticia la llenaba de sorpresa. ¿ Cómo? ¿ Por qué? ¿ Qué relacion habia entre los dos? Ella no sabía explicárselo. Extendióse sobre una butaca, y

empezó á buscar en su recuerdo las ocasiones en que se habian encontrado las palabras que él la habia dirigido, su actitud para con ella, la expresion de sus miradas, como si quisiera encontrar en aquellos detalles algo que confirmára las misteriosas revelaciones de la vieja Condesa. Era muy cierto que ese jóven, alto, frio, espiritual y hastiado, le habia intimidado siempre mucho; ella se sentia disgustada é inquieta cuando se le acercaba en algun salon. Sin embargo, parecióle recordar que él la trataba con una especie de cortesía excepcional, no teniendo con ella las burlas sarcásticas que no dejaba de dirigir á las demas mujeres. Complacíase con la idea de ser respetada por aquel libertino. Evocó el recuerdo de su agradable fisonomía altiva y fatigada, de sus ojos penetrantes, de sus mejillas afeitadas y de sus largos bigotes caidos. Sonrió á la idea de tomar con ese personaje, terror de su juventud, un aire protector y maternal; mas parecíale que seguramente ella no se atreveria.

Cuando estaba entregada á estas imagi-
naciones, á la vez que acariciaba con su
blanca mano las grandes orejas de *Toby*,
abrióse la puerta y dió entrada á la hermo-
sa figura y á las patillas azuladas de mon-
sieur de Monthelin.

El pequeño *Toby*, que nunca habia vis-
to al tiburón de los salones, porque mon-
sieur de Monthelin no iba jamas á casa de
Mme. de Lerne, le tomó, sin duda, por un
malhechor, y dió pruebas claras de que,
sin embargo, no le temia. Saltó de las ro-
dillas de su nueva ama, y se puso fieramente
delante de ella, ladrando con todas
sus fuerzas, y enseñando los afilados dien-
tes á su enemigo. Nada desconcierta tanto
la entrada de un hombre galante en casa
de una mujer, sobre todo cuando tiene
pretensiones á sus favores, como un inci-
dente pueril de ese género. Juana de Mau-
rescamp, á pesar de sus esfuerzos para
contenerse, no pudo dejar de reir del con-
traste que ofrecia el aire amable que mon-
sieur de Monthelin no queria abandonar,

y la inquietud visible que le causaba la agresion de *Toby*. Así fué como *Toby*, cual si hubiera entrado en el complot de madame de Lerne, contribuyó humildemente á preparar el éxito. M. de Montelin, despues de aquel principio, comprendió que era imposible una escena de amor. Limitóse, pues, aquel dia á hablar melancólicamente del sentimiento en general, y se resignó á acariciar á *Toby*, ya que no podia extrangularlo.

V.

No sin cierta agitacion interior Juana de Maurescamp subió al dia siguiente en su cupé para dirigirse con su marido á casa de la Condesa de Lerne. Mucho la habia preocupado el traje y adornos que debia ponerse; despues de madura reflexion, habia determinado llevar un vestido serio, en armonía con la gravedad del papel que

aquella noche habia de representar. Llevaba sencillamente un traje de terciopelo color carmesí oscuro. Era lástima que sus brazos y sus hombros estuvieran al descubierto, en su chispeante desnudez. La jóven comprendia que la severidad de su aspecto disminuía un poco, mas no le era posible evitarlo.

En la mesa estuvo colocada á la izquierda de Santiago de Lerne, que á su derecha tenía á Mme. d'Hermany. Como su imaginacion se habia excitado algo por la idea de ese culto secreto que Santiago tenía por ella, no dejó de parecerle al principio que ese culto era, tal vez, un poco excesivamente discreto. Monsieur de Lerne apenas dirigia la palabra, y se dedicaba por completo á su vecina de la derecha. A falta de otra cosa mejor, Juana puso oído atento á su conversacion; entre otras cosas oyó que madame d'Hermany, despues de cambiar con Santiago algunas ideas más brillantes que verdaderas, le censuraba por su maligna costumbre de poner motes á todo el mundo.

y la inquietud visible que le causaba la agresion de *Toby*. Así fué como *Toby*, cual si hubiera entrado en el complot de madame de Lerne, contribuyó humildemente á preparar el éxito. M. de Montelin, despues de aquel principio, comprendió que era imposible una escena de amor. Limitóse, pues, aquel dia á hablar melancólicamente del sentimiento en general, y se resignó á acariciar á *Toby*, ya que no podia extrangularlo.

V.

No sin cierta agitacion interior Juana de Maurescamp subió al dia siguiente en su cupé para dirigirse con su marido á casa de la Condesa de Lerne. Mucho la habia preocupado el traje y adornos que debia ponerse; despues de madura reflexion, habia determinado llevar un vestido serio, en armonía con la gravedad del papel que

aquella noche habia de representar. Llevaba sencillamente un traje de terciopelo color carmesí oscuro. Era lástima que sus brazos y sus hombros estuvieran al descubierto, en su chispeante desnudez. La jóven comprendia que la severidad de su aspecto disminuia un poco, mas no le era posible evitarlo.

En la mesa estuvo colocada á la izquierda de Santiago de Lerne, que á su derecha tenia á Mme. d'Hermany. Como su imaginacion se habia excitado algo por la idea de ese culto secreto que Santiago tenia por ella, no dejó de parecerle al principio que ese culto era, tal vez, un poco excesivamente discreto. Monsieur de Lerne apenas dirigia la palabra, y se dedicaba por completo á su vecina de la derecha. A falta de otra cosa mejor, Juana puso oído atento á su conversacion; entre otras cosas oyó que madame d'Hermany, despues de cambiar con Santiago algunas ideas más brillantes que verdaderas, le censuraba por su maligna costumbre de poner motes á todo el mundo.

— Supongo — dijo — que yo tendré también el mio.

— Sin duda — contestó Santiago.

— ¿Y cuál es? — preguntó la joven rubia, tendiendo hacia él su frente angélica.

— El *Agua mansa* — respondió á media voz Santiago, inclinándose ligeramente.

Madame d'Hernany se ruborizó; después, mirándole de frente con su candor de niña,

— ¿Por qué el *Agua mansa*? — preguntó.

— Por nada..... es un nombre indio.

— Y yo, señor — preguntó Juana, riendo — ¿no tengo también el mio?

— ¿Vos? — dijo él. Santiago fijó en ella sus ojos, la hizo un ligero saludo, y añadió con tono serio: — ¡No!

Viéndola un poco embarazada, el joven cambió enseguida la conversacion, y se puso á hablar de música, de los museos, de los países que ella habia visitado, pareciendo que le proponia sus breves preguntas sólo para tener el gusto de oirla res-

ponder, y mirándola con expresion, á la vez grave y dulce, como para animarla á que hablára.

¡ Oh, sí, decididamente habia en él algo de extraordinario! Habia en la manera como Santiago le hablaba, la escuchaba y la miraba, una expresion indefinible de bondad y de estimacion, que el joven parecia reservar para ella sola. ¿Cómo era que no lo habia notado ántes?... ¡ Era muy singular!.... y tanto más, cuanto que élla no era en nada, pero absolutamente en nada, el tipo de mujer que un hombre de aquella clase debia apreciar. En fin, era de todos modos mucha amabilidad de su parte, y Juana, desde el instante en que creyó reconocerlo, propúsose con más celo y más interes que ántes, la tarea de casar á aquel joven, que, á pesar de sus malas relaciones, conservaba aún algunos buenos sentimientos. Llegó aún á pasar revista en su mente á las jóvenes que ella conocia y que podian convenirle, mas no halló ninguna por el momento.

Después de la comida, muchos de los invitados pasaron al salón de fumar; M. de Lerne iba á seguirlos, cuando su madre le detuvo.

— Santiago — le dijo — toca tu último wals á Mme. de Maurescamps, ántes que llegue mucha gente..... ella no lo ha oído todavía..... estoy segura de que le gustará mucho.

— Sí, os lo ruego — dijo Juana.

Monsieur de Lerne saludó, y se sentó delante del piano. Tocó su nuevo wals, y después algunos otros trozos de música que Juana le pidió. Poco á poco, como sucede en tales casos, la mayor parte de los concurrentes, después de haber prestado por cortesía, durante algunos minutos, atención á la música, volvieron á anudar sus conversaciones, cada cual en su grupo. Madame de Maurescamp quedó sola, como *dilettanti* obstinada, al lado del piano y de Santiago, en uno de los extremos del vasto salón.

Cuando el jóven acabó de tocar unas va-

riaciones brillantes, y paseaba vagamente sus dedos sobre el teclado, Mme. de Maurescamps juzgó que había llegado el momento psicológico.

— ¡ Qué talento teneis ! — dijo — y además, se dice que pintais muy bien.

— Un poco.

— ¡ Qué cosas hay en el mundo tan extrañas..... cosas verdaderamente inexplicables ! — murmuró la jóven, como hablando consigo misma.

— ¿ Soy yo acaso, el que os sugiere esa reflexion, señora ?

— Sí..... Teneis todas las aficiones que pueden hacer agradable á un hombre su hogar..... y vivis..... en el círculo.

— ¡ Dios mio..... qué quereis ! — dijo monsieur de Lerne.

— Señor..... — añadió Juana, cuyo abanico se agitó más rápidamente.

— ¿ Señora ?

— ¿ Vais á encontrar que soy muy indiscreta ?

— ¡ Soy tan indulgente !

—Vuestra madre desea mucho que os caseis.

—No lo dudo, señora.

—¿Y vos no quereis?

—No, señora, de ninguna manera.

—¿Tendréis, sin duda, muchas razones para eso?

—Una sola: que no conozco en el mundo una mujer que sea digna de mí.

—¡Ah! ¡Dios mio!

—Es decir, perdonadme..... —replicó Santiago con la misma gravedad: ¡Estais vos!.... pero no sois libre, en primer lugar..... y en segundo.....

—¿En segundo..... —preguntó la joven, tendiendo el arco de sus cejas.

—En segundo lugar..... que vos misma estais á punto de acabar mal.

—Pero, señor.....

—Tened la bondad de perdonarme..... esa es mi opinion.

—¿Y por qué? —preguntó Juana.

—Porque escogéis mal vuestros amigos.

—Eso quiere decir, supongo, que hago

mal en no tener por amigo á M. Santiago de Lerne?

—No, en verdad, no queria decir eso..... Y sin embargo, tal como me veis, yo habia nacido para comprender y áun para compartir los amores de los ángeles.

—¡Ah! francamente —dijo riendo madame de Maurescamps —si he de creer la voz pública, estais muy léjos de los amores de los ángeles.

—¡Qué quereis! ¡estoy desilusionado! —dijo M. de Lerne, riendo á su vez.— Vamos á ver, señora, ¿quereis permitirme que os cuente una historia escandalosa?

—La oiré con mucho interes..... pero sospecho que tendré que irme á la mitad.

—No lo creo. Es una historia que va á explicaros muchas cosas..... es la historia de mi primer amor..... en el cual me conduje yo como un..... ¡Pero no anticipemos! Tenía entónces veintiun años, señora, y por extraña que la cosa pueda parecer, yo no habia amado nunca..... Yo tenía entón-

ces, preciso es decirlo, una idea muy elevada del amor y de las mujeres, una idea casi santa. Había en mi corazón un verdadero tesoro de desinterés, de pasión y de respeto que yo no deseaba colocar con ligereza. Por fin, encontré á una mujer á quien amé como ella quería ser amada y que me amó como ella quiso. Pertenecía á la más alta nobleza. Estaba mal casada; no es necesario decirlo, era muy desgraciada. Ya no era jóven, pero yo la amaba más, considerando que había sufrido más largo tiempo..... Era, por otra parte, aunque rubia, muy bella todavía, y tenía tan timorata honestidad, que más de una vez me desesperó..... porque, en fin, aunque ella me fuese sagrada, yo tenía veinte años..... pero era necesario respetarla ó abandonarla. Nuestras citas eran raras y cortas. Su marido era celoso y la vigilaba de cerca. Habríamos podido encontrar algunos medios vulgares de reunirnos..... en algun fiacre ó en casa de alguna amiga. Mas todo lo que era vulgar, todo lo que

hubiera podido degradar nuestro amor nos repugnaba igualmente á los dos..... Pasáronse algunos meses en aquel encanto y en aquella contrariedad. Á pesar de las reservas, seguramente muy penosas, que su conciencia me imponía, tal vez á causa de esas mismas reservas yo me sentía tan enamorado y tan feliz como no es posible serlo en el mundo. Tenía yo la inmensa satisfacción de considerar que yo devolvía á aquella mujer adorada toda su dicha atrasada y de no haber mezclado ningun remordimiento á esa dicha, porque lo poco que ella me concedía hubiera podido concederlo á un hermano, y sin embargo, ese poco era para mí una suprema voluptuosidad. En una hermosa noche del mes de Octubre, en la época de la caza, éramos vecinos en el campo; su marido había ido á pasar un día á París..... Á fuerza de súplicas, y bajo la fe del juramento, obtuve ser recibido en su alcoba durante una hora.....

— Perdonad — dijo Mme. de Maures-

camp levantándose un poco en su sillón;—
¿habrá llegado el momento de que me vaya?

—No, no; nada temais. La alcoba estaba en el piso bajo del castillo y caía al parque..... Hacia media noche, entré por una ventana, un poco alta y de difícil acceso, al rededor de la cual habia, lo recuerdo perfectamente, enredaderas de jazmines y de elemátides que exhalaban en la noche su exquisito perfume..... No sé si fué por efecto de ese aroma algo embriagador, ó por la impresion nueva para mí de aquella habitacion íntima..... pero debo confesaros que aquella noche me mostré ménos resignado que de ordinario á los escrúpulos que se me oponian..... fué una escena dolorosa que no puedo recordar sin avergonzarme..... La pobre mujer acabó por echarse á mis plantas, juntas las manos, suplicándome que me condujera honradamente, preguntándome, con lágrimas en los ojos, si yo no era feliz, si podia serlo más, si querria la dicha á costa de su reposo, de

su honor, de su misma vida..... porque ella no podria sobrevivir á una falta..... Al fin, ella venció. Mitad á sus lágrimas, mitad á mi propio sentimiento, que me decia, en efecto, que nada habia más allá de las delicias y de la embriaguez de aquella amistad inocente y apasionada..... yo cedí. Dióme las gracias besándome locamente las manos, y yo salí por donde habia entrado..... Apenas hube puesto los piés sobre la arena del jardin, volví los ojos para enviarle un último beso, murmurando: «Hasta mañana.» Estaba de pié é inmóvil en el cuadro de la ventana, cruzados los brazos sobre el pecho, el busto ligeramente inclinado hacia atras, bañada por la claridad de la luna. Al beso que yo le envié, ella respondió con un ligero movimiento de hombros; despues, con su hermosa voz de contralto que yo adoraba, dejó caer lentamente estas dos palabras: «¡Adios..... imbécil!» Despues, no he vuelto á verla..... ¡Desde entónces me cerró para siempre su puerta, su ventana y su corazon!

Madame de Maurescamp le habia escuchado con mucha atencion. Así que hubo concluido, le miró fijamente.

—¿Y qué habeis sacado de eso?—dijo.

—He deducido que las mujeres honradas no servian para mí.

—En verdad, señor, que si para justificar vuestro desprecio general por nuestro sexo no tenéis otro motivo que ese recuerdo de la juventud.....

—¡ Oh, tengo otros muchos!—dijo monsieur de Lerne.

Estas palabras fueron pronunciadas con un tono tan singular, que Juana dirigió vivamente hácia él sus miradas. Sorprendióle la expresion casi dolorosa que súbitamente contrajo la frente y los labios de Santiago.

—¡ Los tengo horribles!—añadió insistiendo.

Después, con acento conmovido:

—Sois una mujer jóven y llena de bondades y de virtudes..... que yo estimo mucho..... pero no puedo decir esos motivos, ni áun á vos misma.

La jóven se levantó con cierto embarazo, y arreglándose el vestido:

—Creo que me comprometo—dijo alegremente.

Él se levantó á su vez diciendo:

—Perdonadme si os he detenido tanto tiempo.

—Pero no creais que renuncio—dijo ella graciosamente cuando se alejaba.

Él se inclinó sin responder.

La larga conversacion de Mme. de Maurescamp y de Santiago no habia dejado de despertar la curiosidad más ó ménos benévola de los invitados de Mme. de Lerne. Juana lo comprendió, y para hacer desaparecer todo motivo de sospechas, dijo á la Condesa en alta voz al pasar junto á ella:

—No hay ninguna esperanza, querida señora; he perdido todo mi trabajo.

La madre de Santiago, que habia espiado de léjos con vivo interes la fisonomía de los dos interlocutores, no fué de la misma opinion que Juana; creyó, por el

contrario, que la jóven no habia perdido su trabajo, y que quedaba todavía alguna esperanza.

VI.

Se sabe bastante bien cómo nace el amor; mas se ignora completamente cómo nace la simpatía. Es casi imposible descubrir de qué manera se forman los hilos delicados y complejos que acercan de pronto dos corazones y dos almas en ese bizarro sentimiento. Aunque las gracias femeniles no son un obstáculo para su desarrollo, tampoco son indispensables, puesto que la simpatía se encuentra á menudo entre personas del mismo sexo, y no se asusta de los cabellos blancos. Esta súbita armonía que se establece entre dos seres casi desconocidos uno á otro; esta vivacidad de impresiones mutuamente transmitidas; esta inteligencia mutua en las miradas; esta

facilidad de expansion y esta necesidad de confianza, encuentran sin duda su origen en alguna secreta é íntima conformidad de ideas, de gustos, de cualidades ó de defectos que nos es imposible precisar. Se habrá comprendido ya que Santiago de Lerne experimentaba por Juana de Maurescamp ese sentimiento indefinible, y que Juana no estaba muy léjos de compartirlo despues de aquella conversacion confidencial. Aunque separados en apariencia por abismos, el libertino hastiado y la jóven sin mancha se entendian ya á medias palabras. Á pesar de tantas diferencias como habia entre ellos, sentíanse un fondo comun que los disponia á las mismas impresiones, á los mismos juicios, á las mismas pruebas en la vida, á las mismas alegrías y á los mismos dolores.

Esos encuentros simpáticos son muy frecuentes en la vida mundana; pero en la movilidad y dilatada extension de las relaciones parisienses duran no más que el espacio de una comida ó de una *soirée*.

contrario, que la jóven no habia perdido su trabajo, y que quedaba todavía alguna esperanza.

VI.

Se sabe bastante bien cómo nace el amor; mas se ignora completamente cómo nace la simpatía. Es casi imposible descubrir de qué manera se forman los hilos delicados y complejos que acercan de pronto dos corazones y dos almas en ese bizarro sentimiento. Aunque las gracias femeniles no son un obstáculo para su desarrollo, tampoco son indispensables, puesto que la simpatía se encuentra á menudo entre personas del mismo sexo, y no se asusta de los cabellos blancos. Esta súbita armonía que se establece entre dos seres casi desconocidos uno á otro; esta vivacidad de impresiones mutuamente transmitidas; esta inteligencia mutua en las miradas; esta

facilidad de expansion y esta necesidad de confianza, encuentran sin duda su origen en alguna secreta é íntima conformidad de ideas, de gustos, de cualidades ó de defectos que nos es imposible precisar. Se habrá comprendido ya que Santiago de Lerne experimentaba por Juana de Maurescamp ese sentimiento indefinible, y que Juana no estaba muy léjos de compartirlo despues de aquella conversacion confidencial. Aunque separados en apariencia por abismos, el libertino hastiado y la jóven sin mancha se entendian ya á medias palabras. Á pesar de tantas diferencias como habia entre ellos, sentíanse un fondo comun que los disponia á las mismas impresiones, á los mismos juicios, á las mismas pruebas en la vida, á las mismas alegrías y á los mismos dolores.

Esos encuentros simpáticos son muy frecuentes en la vida mundana; pero en la movilidad y dilatada extension de las relaciones parisienses duran no más que el espacio de una comida ó de una *soirée*.

Nace la complacencia, se llega aún á la exaltacion, se confian mutuamente los secretos, se llega casi hasta el amor, y despues no vuelven á verse las personas hasta el año siguiente. Entre Mme. de Maurescamp y Santiago de Lerne no podia suceder así; concurrían á los mismos salones, vivían en la misma sociedad, y de consiguiente, estaban destinados á continuar muy pronto la conversacion interrumpida.

Monsieur de Lerne, por otra parte, despues de pensar en ello dos ó tres dias, se dijo que debia una visita á Mme. de Maurescamp. ¿Por qué queria ella casarle? ¿qué significaba ese misterio? De todas maneras, era una muestra de interes personal que requería alguna atencion de su parte.

Dirigióse, pues, una tarde á su casa á eso de las cinco.

Allí encontró á M. de Monthelin instalado cerca del fuego. Monsieur de Monthelin, á quien ya desagradaba bastante la presencia de *Toby*, se exasperó tanto con la de M. de Lerne, que perdió enteramen-

te su moderacion ordinaria. Contra todas las conveniencias, empeñóse en prolongar indefinidamente su visita, hasta el punto que Santiago de Lerne tomó el partido de retirarse primero, sin embargo de haber llegado el último. Monsieur de Monthelin no ganó mucho con esto, y la excesiva frialdad que le demostró Juana despues de la partida de Santiago le hizo comprender que habia cometido una torpeza. Para remediarla se apresuró, cosa muy frecuente en el mundo, á cometer otra.

—¿Paréceme que no os ha gustado mucho—dijo sonriendo—que yo no haya cedido el puesto á M. de Lerne?

—Es muy cierto—dijo ella.—Vos habiais llegado ántes que él, y permanecer aquí despues que él se retiró es daros un aire de amo de casa al cual no teneis ningun derecho, que yo sepa al ménos.

—Teneis mucha razon—contestó M. de Monthelin;—os pido mil perdones; pero ya sabeis que el sentimiento no razona.

—Hace mal—contestó la jóven.—Ade-

mas, me parece que estais con M. de Lerne, despues de vuestro duelo, en una situacion que os obliga para con él á consideraciones particulares.

—Verdad es; pero ¿cómo tener valor para arrancarme?.....

—Y á propósito—interrumpió ella— ¿cuál fué el motivo de este desafío? ¿se puede saber?

—¡ Oh! nada..... ¡ una simpleza!

—¿ Una simpleza?..... ¿ Qué simpleza?

—Una palabra ofensiva que me contaron que habia sido dicha por él.

—¡ Ah!..... ¿ Y qué palabra?..... ¿ no quereis decírmela?..... ¿ Preferis que yo la adivine?.....

—¿ Es decir, que ya la sabeis?—dijo monsieur de Monthelein.

—¡ Oh! ciertamente—dijo ella.

—Es una verdadera necesidad, ¿ no es cierto?

—¡ No..... no tanto!

—De todas maneras, supongo que no es él quien os lo ha contado.

—Monsieur de Lerne tiene mucho honor para hacer tal cosa;—contestó Juana.

Viendo que la partida se volvia decididamente en contra suya, M. de Monthelein repitió aún algunas excusas y se despidió.

Por aquel proverbio persa: « hazte desear y te amarán », las visitas del Conde de Lerne eran generalmente estimadas por las damas como pequeñas fiestas, muy halagadoras para las que eran favorecidas con ellas.

Su gracia personal, sus talentos y hasta la opinion que tenian de sus malas costumbres, hacian de él un personaje particularmente interesante. Fué, pues, para madame de Maurescamp una verdadera contrariedad pensar en que su primera visita habia encontrado tan poco agrado en su casa, y sobre todo, que habia visto á monsieur de Monthelein instalado allí como si gozára de una intimidad casi comprometedora.

Sin saber todavía de qué manera podria

explicarse con M. de Lerne sobre un objeto tan delicado, esperó, sin embargo, con impaciencia el miércoles siguiente, en cuyo día contaba encontrarle en la recepción de su madre. Mas al llegar á casa de la Condesa tuvo el disgusto de saber que Santiago tenía un fuerte dolor de cabeza y que se había acostado. Con razón ó sin ella, la jóven creyó ver en esta circunstancia una prueba de desden, ó por lo ménos, de mal humor para con ella. La estimacion de este jóven, de vida tan poco ejemplar, habia llegado á serle de pronto tan esencial, que la idea de dejarle por un tiempo indefinido bajo una impresion desfavorable respecto á ella, le pareció insoportable. En caso necesario, Juana era mujer de resolucion; reunió, pues, todo su valor, y llamando aparte á la vieja Condesa:

— En verdad, querida señora — le dijo — que empiezo á creer que he desesperado muy pronto de la conversion de vuestro hijo..... Antes de ayer vino á mi casa, y como yo sé que él no es muy visitador, he

creido que tal vez tendria que hablarme de algo serio..... Quizá del gran asunto de su matrimonio. Por desgracia yo no estaba sola, lo siento mucho... sobre todo, si era un buen movimiento el que le llevaba.

— Nada más probable, hija mia..... Pero á Dios gracias, el mal no es irreparable, si quereis..... ¿ Cuándo podria él tener el gusto de veros ?

— ¿ Cuándo? — repitió Mme. de Maurescamp plegando la frente con aire de reflexion..... — Pues..... mañana, mañana por la noche, despues de comer..... Justamente mañana pienso quedarme en casa.

— Él lo sabrá, querida mia..... y estad segura de mi gratitud.

Madame de Maurescamp pasó todo el día siguiente arrepintiéndose amargamente del paso que habia dado, que M. de Lerne podia considerar como un avance. Si no venía, ¡ qué mortificacion ! Y si venía, ¿ no creeria asistir á una cita ? ¿ No llegaria á figurarse que esta cuestion del matrimonio

era sólo un pretexto que servía para cubrir una provocacion descarada?

La noche llegó. Monsieur de Maurescamp, despues de jugar un rato con su hijo Roberto en el pequeño salon dorado de su mujer, salió, como tenía de costumbre, á fumar un cigarro en el boulevard. Juana continuó tocando febrilmente en el piano una serie de walses y mazurcas, mientras su hijo, vestido de blanco con cinturon azul, bailaba con su niñera inglesa y con *Toby*. Al sentir que la puerta se abria, volvióse bruscamente; era un criado:

— ¿ La señora Condesa recibe ?

— Sí..... ¿ Quién está ahí ?

— El señor Conde de Lerne.

— Hacedle pasar.

La jóven cogió al niño con las dos manos y lo besó; despues sentóse gravemente en una butaca, teniendo á su hijo en brazos, como las madonas tienen á su *bambino*.

Santiago de Lerne, al entrar, vió este

cuadro de santidad, que, á lo ménos Juana así lo esperaba, le demostraria que las circunstancias eran más sérias y más respetables de lo que él quizá estaria inclinado á suponer. Monsieur de Lerne no pareció, sin embargo, experimentar extrañeza ni disgusto, y se puso á acariciar el pequeño Roberto, como si hubiera venido expresamente para eso. Despues de algunos minutos, Mme. de Maurescamp tomó el partido de mandarlo á acostar, puesto que de nada le servia.

En el momento en que el niño acababa de salir, una fuerte ráfaga de viento sacudió las persianas del salon.

— ¡ Ah, Dios mio ! — exclamó Juana; — ¿ escuchais ?..... Es una verdadera tempestad..... ¡ y está nevando, me parece !

— Nieva mucho — contestó M. de Lerne. — ¡ Se está muy á gusto junto al fuego con un tiempo así !

— ¡ Cuando os digo que sois un hombre muy casero ! — exclamó Juana riendo.

— ¡ Hola, volvemos á la cuestion !.....

Pero, señora, decidme en resúmen, ¿por qué quereis casarme? Una idea tan bizarra no puede haber nacido de vos..... Si no comprendí mal la otra noche, fué mi madre quien os la sugirió.

—Sí, ciertamente.

—¡ Ah! es mi madre; ya lo sabía.

El jóven permaneció un rato pensativo, y añadió despues:

— Siento mucho no poder complacer á mi madre y complaceros á vos; pero ya os lo he dicho; no quiero casarme.

— Porque no existe en el mundo una mujer digna de vos, ¿ no quedamos en eso?

— ¡ Por Dios, señora, permitidme algunas explicaciones!..... Ya sabeis que en materia de religion los que no practican son precisamente los más exigentes y los más austeros..... Para ellos nunca se hace bastante. Si yo creyese, os dicen, ya veríais cómo debe cumplirse..... yo haría esto y lo otro..... en fin, la perfeccion. Pues bien; eso me pasa á mí en cuestion de ma-

trimonio..... Yo comprendo el matrimonio de una manera tal, que nadie me parece capaz de comprenderlo como yo..... y hé ahí por qué renuncio á él.

— Vamos, decidme, ¿ de qué manera lo comprendeis?—preguntó la jóven con tono de ligera ironía.

— Os reiríais de mí si os lo dijera.

— No creo..... pero, en fin, probad.

— Pues bien, señora, para mí el matrimonio es el amor por excelencia..... Es posible que el amor en el matrimonio sea un sueño; pero es el más bello de los sueños, y si alguna vez llega á realizarse, aún á medias, no debe existir nada más dulce ni más sublime en el mundo. Es el único que merece verdaderamente el nombre de amor, porque es el único á quien la idea religiosa mezcla algo de eterno.... El divorcio, de que se habla mucho hace poco tiempo, me disgusta sobre todo por eso; porque arrebatada al matrimonio el sentimiento de lo infinito..... Este sentimiento puede ser una contrariedad para las almas vulgares ó mal

unidas; pero suponed dos seres que se han escogido ántes de unirse, que se conocen bien, que se comprenden, que se estiman, que se aman, en fin..... y pensad cuánto debe añadir á la dicha de su perfecta union la certeza de su extension infinita..... Es un camino lleno de encantos para los dos enamorados, camino que ellos ven con deleite perderse en un horizonte sin límite, y en el cual el cielo acaba por confundirse con la tierra..... ¿Os estoy fastidiando tal vez, señora?

Juana hizo con la cabeza una señal negativa.

—No me es posible concebir—añadió monsieur de Lerne—una existencia más hermosa y más completa que la de esos dos viajeros, la de esos dos amantes que son al mismo tiempo dos amigos. Puede decirse que su vida se halla duplicada. Son más vivos sus sentimientos, sus alegrías son mayores; sólo sus penas se encuentran aminoradas. Si son inteligentes, como sumpongo, aumenta aún su inteligencia. Si son buenos, se hacen mejores, por la es-

trecha union, por el cambio continuo de sus impresiones, por la tierna emulacion, por el deseo de no decaer en la estimacion mutua. En los revueltos y azarosos tiempos en que vivimos, hubiera imaginado yo con más encantos todavía esa union é intimidad sin igual entre dos seres generosos y delicados, apoyándose y fortificándose mutuamente para mantenerse á la vez con el corazon levantado y el gusto puro, para permanecer fieles á los antepasados, en lo que se refiere al honor, y á los antiguos maestros en lo que se refiere al arte; para admirar juntos lo que es eternamente bello, y despreciar lo que no lo es; para refugiarse en las alturas como en un arca; para hablar allí de todo lo que en estos momentos agita la mente ó el corazon de los hombres..... ¿qué más?..... para asociar sus creencias ó sus dudas..... para pensar juntos alguna vez en Dios..... para creer en él, para buscarle ó para llorarle.... ¡Ya veis, señora, que es un puro delirio!

La actitud de Juana miéntras estaba

escuchando á M. de Lerne era encantadora; inclinada un poco hácia delante, mirábale con sus hermosos ojos admirados, como si él hubiese hecho brotar á su vista una fuente de puras delicias, y sus labios se entreabrían como para beber.

Cuando hubo concluido de hablar, Santiago de Lerne vió á la jóven enjugar furtivamente una lágrima que resbalaba por su mejilla; y turbado él mismo, tuvo un movimiento irreflexivo de simpatía, y le tendió la mano.

Juana retiró suavemente la suya y tomó un aire grave.

—Perdonadme—dijo él;—yo creía que éramos buenos amigos....

—¡Todavía no!—murmuró ella.

—¿Desconfiais de mí?..... ¿Tengo acaso las apariencias de un hombre que os hace la córte?

—Cada uno tiene su manera—contestó ella sonriendo débilmente.

—Pues confesad que la mia sería muy singular.

Monsieur de Lerne se puso á jugar, con mano un poco febril, con los objetos que adornaban la mesa. Sus ojos se detuvieron en una fotografía del pequeño Roberto; la cogió y se puso á mirarla atentamente.

—¿Es bonito mi hijo, verdad?—preguntó la jóven.

—¡Encantador!..... Y decidme, ¿por qué lo tomasteis en vuestros brazos al entrar yo?

—¡No sé.... casualidad!

—No, no fué casualidad.... Quisisteis decirme: «Si venis aquí como amigo, enhorabuena.... Si venis como enamorado, ved mi respuesta.»

—Es verdad.... ¿No os parece buena?

—Seguramente no hay otra mejor—replicó Santiago, cuya voz temblaba ligeramente;—y si algo me admira—continuó diciendo con extraña animación—es que las mujeres que están amenazadas de caer no sean retenidas más á menudo por el recuerdo de sus hijos.... ¿Creen acaso que sus hijos no sabrán algun día, por las fra-

ses del mundo que llegarán á sus oídos, cuál ha sido su conducta ligera ó culpable?..... Y el hombre que no respeta á su madre, ¿qué podrá respetar en el mundo?..... Juntamente con el respeto á su madre, lo pierde todo..... todo se desmorona á sus ojos..... no hay mundo moral..... desde el instante en que no tiene fe en su madre, no tiene fe en nada..... Es una vida de desilusion y abatimiento. ¡Ah! si las mujeres pudieran ver lo que pasa en el corazon de un hijo desgraciado en el momento en que llega á saber..... á sospechar que su madre.....

Monsieur de Lerne se detuvo de pronto, y su voz se ahogó en un sollozo.....

Hizo un gesto de hombre incomodado de no poder dominar su emocion, volvió á un lado la cabeza y cubrióse los ojos con la mano.

Juana habia oido hablar, como todo el mundo, de la juventud muy alegre de la Condesa de Lerne. Comprendió lo que pasaba por su hijo.

Hubo un minuto de penoso silencio. Despues, Mme. de Maurescamp dejó bruscamente su butaca, adelantó dos pasos y tendió la mano al jóven.

Éste se habia levantado tambien: sus ojos se encontraron. Estrechó fuertemente la mano que ella le presentaba, la saludó y partió.

Despues de esta brusca partida, madame de Maurescamp permaneció un instante inmóvil; dió luégo algunos pasos inciertos por el salon, y se dejó caer sobre un confidente: sumergiósse en profunda meditacion, sosteniendo con una mano su hermosa cabeza morena y enjugando á ratos con la otra las lágrimas que rodaban lentamente de sus ojos. ¿Por qué lloraba? En la turbacion en que aquella escena la habia dejado, ella misma no hubiera sabido decirlo.

El sonido del timbre en el vestíbulo le hizo de pronto arrugar el ceño: un instante despues la puerta se abrió y un criado introdujo á M. de Monthelin.

— He sabido por Maurescamp que no ibais á salir esta noche—dijo— y me he atrevido.....

— Os lo agradezco..... Sentaos junto al fuego.

Una mirada habia bastado á Mr. de Monthelin para comprender que Juana acababa de llorar. No era la primera vez de su vida que sorprendia señales de llanto en una mujer jóven abandonada por su marido, y estaba acostumbrado á sacar, no sin razon, un augurio favorable á sus pretensiones. Precisamente por aquel tiempo el Baron de Maurescamp, dejando el cuerpo de baile, habia empezado á tener relaciones con una artista ecuestre, Diana Grey, americana, cuya aparicion en el Circo de Invierno habia sido uno de los acontecimientos del año; véiasela desde hacía unos dias guiando una pareja de caballos negros cuya procedencia nadie ignoraba. Monsieur de Monthelin juzgó que esa circunstancia no dejaba de tener alguna relacion secreta con las disposiciones melancólicas

en que encontraba á Mme. de Maurescamp.

El mote grotesco con que Santiago de Lerne habia adornado á M. de Monthelin, ha podido quizá arrojar sobre este personaje, á los ojos del lector, un tinte ridículo que no correspondia en manera alguna á la realidad. Era en verdad un seductor terrible y peligroso. Tenía para con las mujeres el prestigio singular que da á los hombres el haber sido muy favorecidos de las damas, y les parecia más honroso ser deshonradas por él que serlo por otro cualquiera. Era de buena figura, de fisonomía enérgica y valiente. Sin poderse decir de él que tenía gran inteligencia, á fuerza de aplicacion y de gusto por su oficio habia llegado á adquirir una habilidad especial para adivinar las ocasiones y aprovecharlas. Sabía mejor que nadie que habia en la vida de las mujeres horas de enervamiento y de depresion moral, horas, por decirlo así, indefensas, en las cuales un hombre penetrante y atrevido puede sacar terribles ven-

tajas. De esta manera se explica que mujeres muy distinguidas sean algunas veces presas de la más vulgar galantería.

Monsieur de Monthelin, en su sábia estrategia al rededor de Mme. de Maurescamp, esperaba desde hacía mucho tiempo esa hora fatal con paciencia y asiduidad felinas: en aquella ocasion creyó que habia llegado ya. Despues de algunos minutos de una conversacion banal que Mme. de Maurescamp sostenia con aire distraido y cierta languidez, acercó él su silla al confidente en que ella estaba reclinada.

— Apénas me escuchais— dijo ;— ¿qué teneis?

— Nada.

— ¿Habeis llorado?

— Es posible.

— ¿No soy yo un amigo bastante antiguo para recibir la confidencia de vuestras penas?

— Yo no tengo penas..... ¡Qué sé yo lo que tengo!.....

Él la cogió suavemente las manos y se

acercó más á ella, mirándola fijamente en los ojos.

— Mi pobre niña— dijo á media voz— ¡si supierais cuánto os amo!

La jóven sintió que el brazo de M. de Monthelin la enlazaba. Parecia como que despertaba de un sueño; irguióse, y rechazándole bruscamente:

— ¡Ah, mi pobre señor— exclamó— si supieseis qué inoportunamente venis!

No habia posibilidad de engañarse sobre el acento de su voz y la expresion de su fisonomía: el sentimiento que la animaba era el del más frio y severo desden. Monsieur de Monthelin tuvo que reconocer que su olfato le habia engañado aquella vez. No le quedaba más recurso que hacer una retirada honrosa.

— Me parece— dijo con altivez— que el Conde de Lerne ha salido hace poco de aquí..... ¡Vamos, es que toma la revancha!..... ¡es un golpe de buena guerra!

Cogió su sombrero, hizo un profundo saludo y se dirigió á la puerta.

Juana, así que estuvo sola, se dió cuenta del peligro real que casi inconscientemente había corrido. Entónces comprendió que algunos días, quizá sólo algunas horas ántes, hubiera podido llegar á ser, sin amor, sin amistad, sin excusa, sólo por abandono de sí misma, sólo por abatimiento moral, la víctima inerte y estúpida de un necio libertino. Sintió cuán cerca había estado de ese abismo de miseria, y cuán lejos estaba ya. Comprendió que las lágrimas que acababa de verter eran lágrimas de dicha. Sintió en el fondo de su alma una especie de transporte, separó de su frente con ambas manos la masa espesa de sus cabellos, y murmuró:

—¡Estoy salvada!

VII.

Casi consideramos inútil decir á nuestros lectores, y sobre todo á nuestras lectoras, que desde aquella noche, y sin más explicacion, se estableció un trato frecuente y cada vez más íntimo entre Juana de Maurescamp y Santiago de Lerne.

Juana entró en una nueva fase de su vida, y esta fase le pareció deliciosa. Sentíase renacer; encontraba de nuevo las ilusiones, las creencias, los entusiasmos de sus primeros años; volvía á encontrar sus alas. Nada podía desear tan dulce como aquel sentimiento que la unía ya para siempre á M. de Lerne, y que tanta semejanza tenía con sus más encantadores sueños. Sus dos almas se tocaban en cierto modo, por puntos tan delicados y tan sensibles, que quedaban como imantadas. Bien pronto fué evidente para ella que Santiago, como

Juana, así que estuvo sola, se dió cuenta del peligro real que casi inconscientemente había corrido. Entónces comprendió que algunos días, quizá sólo algunas horas ántes, hubiera podido llegar á ser, sin amor, sin amistad, sin excusa, sólo por abandono de sí misma, sólo por abatimiento moral, la víctima inerte y estúpida de un necio libertino. Sintió cuán cerca había estado de ese abismo de miseria, y cuán lejos estaba ya. Comprendió que las lágrimas que acababa de verter eran lágrimas de dicha. Sintió en el fondo de su alma una especie de transporte, separó de su frente con ambas manos la masa espesa de sus cabellos, y murmuró:

—¡Estoy salvada!

VII.

Casi consideramos inútil decir á nuestros lectores, y sobre todo á nuestras lectoras, que desde aquella noche, y sin más explicacion, se estableció un trato frecuente y cada vez más íntimo entre Juana de Maurescamp y Santiago de Lerne.

Juana entró en una nueva fase de su vida, y esta fase le pareció deliciosa. Sentíase renacer; encontraba de nuevo las ilusiones, las creencias, los entusiasmos de sus primeros años; volvía á encontrar sus alas. Nada podía desear tan dulce como aquel sentimiento que la unía ya para siempre á M. de Lerne, y que tanta semejanza tenía con sus más encantadores sueños. Sus dos almas se tocaban en cierto modo, por puntos tan delicados y tan sensibles, que quedaban como imantadas. Bien pronto fué evidente para ella que Santiago, como

á ella misma la pasaba, no contaba en su vida más que las horas en que estaban juntos. Comprendíalo en la expresion repentina de su semblante, que parecia iluminarse en cuanto la veia; en la tierna emocion de su voz, en la presion suave y delicada de su mano. Veía que él buscaba tanto como le era posible, sin comprometerla, las ocasiones de acercarse á ella; y le agradecia igualmente su interes y sus escrúpulos. Notaba que los gustos del jóven habian cambiado, haciéndose más sociable para complacerla, y sobre todo, para verla más á menudo. Sentíase dichosa y agradecida de todo esto que observaba, y más aún de su lenguaje y su respeto hácia ella. Jamas salió de sus labios una necia galantería; pero en cambio, cuando se dirigia á ella, usaba un tono de absoluta confianza, y mostraba deseo de elevar la conversacion, como para darle á comprender, sin decírselo, que no podia hablarle de cosas vulgares como á todo el mundo, porque ella era superior al mun-

do entero y superior á todas las cosas.

Juana supo un dia que él habia roto sus relaciones con Lucy Mary. Esta noticia, á la vez, la llenó de encanto y de turbacion. Preguntóse si este sacrificio, que indudablemente se hacía por ella, no la empeñaba demasiado para con Santiago. Se echó en cara que aceptaba toda su vida, cuando ella no podia darle en cambio toda la suya. Para tranquilizar su conciencia, la jóven resolvió, por un esfuerzo heroico, inducirle sériamente al matrimonio, empleando con sinceridad todo su prestigio para conseguirlo. Ella le recordó que habia aceptado la mision de casarle, y que era para ella una cuestion de honor el conseguirlo.

—Ademas—añadió la jóven—recuerdo que cierta noche me expusisteis una teoría del matrimonio, que realmente me pareció edificante; y sería, en verdad, muy sensible que tan bello programa no se realizáse siquiera una vez en el mundo.

—¿Pero no estais viendo—contestó

Santiago—que yo trato de realizarlo con vos ?

Ella se ruborizó mucho, y le dirigió una mirada en que juntamente se veía la timidez y cierta incomodidad.

—¿ Espero que no vais á asustaros ahora ? He puesto á vuestro hijo entre nosotros. Aunque yo quisiera ser más que un amigo para vos, no podría intentarlo sin deshonrarme ridiculamente á vuestros ojos y á los míos..... Sería un verdadero hipócrita..... Ya comprenderéis que es imposible.

—A Dios gracias—exclamó Juana—pero lo que temo mucho, que es también imposible, es que la amistad baste para llenar la vida de un hombre..... Yo me reconozco cruelmente egoísta, aceptando por tan poco, todo vuestro corazón y todo vuestro porvenir.

—Señora—replicó él alegremente—no me compadezcáis, porque os aseguro que no soy desgraciado..... Siento en mi alma cierto misticismo. En otros tiempos yo hu-

biera sido de aquellos que, después de algunas tormentas en la juventud, se refugiaban en las celdas de un claustro, ó en los desiertos de Port-Royal; y ciertamente que ellos no encontraban el encanto de una amistad como la vuestra..... Os aseguro con toda formalidad, que vos sois mi refugio y mi salud. Hay por todas partes un verdadero desbordamiento de materia que yo he podido aceptar hasta aquí, pero del cual estoy al fin saciado..... Vivía yo como sumergido en el fango que ahora me inspira repugnancia..... En resumen, estoy hambriento de un ideal elevado y áun austero, que encuentro tan sólo en este sentimiento que me atrae á vos; porque este sentimiento, que es el amor, mucho lo temo, es también una religión. Estad, pues, tranquila. Sobre todo, sed dichosa. Amadme un poco, y no hablemos más del asunto..... Voy á leeros una página de vuestra querido Tennyson, el más casto de los poetas. Es una lectura muy propia del momento.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

Otra noche, algunos meses más tarde, era ella la que le tranquilizaba. Juana debía partir al día siguiente para pasar una temporada en Dieppe con su madre y su hijo. Monsieur de Lerne había venido á despedirse. Aunque la separación debía ser corta, no podía la jóven defenderse de cierta emoción y desfallecimiento. Temerosa quizá de mostrarse más tierna de lo que deseaba, llevó aquella noche la reserva hasta la frialdad. Monsieur de Lerne, sorprendido de su actitud fría, y en cierto modo llena de embarazo, se sintió á su vez contrariado y estuvo silencioso. No tardó mucho en levantarse para despedirse. Al darle la mano, ella sorprendió en su mirada una expresión singular de inquietud y desconfianza.

—Apuesto á que adivino vuestro pensamiento—dijo la jóven sonriendo.

—¡ Es posible !

—Os preguntais si seré yo capaz de decirlos también, como lo hizo aquella dama:

¡ Adios, imbécil !

—Sí, os lo confieso..... Y realmente,

tendriais razón para hacerlo, porque los dos somos muy locos. ¡ Mucho lo temo !

—¡ Ah, desgraciado !—replicó Juana—no digais eso..... Vos mismo no lo pensais así.... ¡ Os estoy, por el contrario, tan agradecida !.... ¡ Me haceis tan feliz, amigo mio ! Mirad, voy á deciros una cosa que me parece que no ha de sorprenderos mucho..... pero, en fin, que tengo verdadera satisfacción en decirla..... ¡ Vos me habeis salvado ! ¡ sin vuestro auxilio yo estaba perdida ! Y ahora, sería muy doloroso que me perdiera con vos.... ¡ Ay, amigo mio ! caeríamos de tanta altura ! Pensadlo bien: ¡ seríamos cien veces más culpables que los demás !.... Seríamos viles, ¿ no es verdad ? Quedemos, pues, siendo lo que somos..... Yo os amaré, os estimaré, os bendeciré, querido amigo, con toda la sinceridad de mi corazón..... Y ahora, adios, mi querido imbécil. No dejéis de escribirme.

Así era como se confortaban y realzaban mutuamente sus propios sentimientos, cuando se sentían desfallecer.

Preocupada de dar á sus relaciones un carácter más noble y elevado, la jóven habia rogado á Santiago que le trazára una especie de plan general de estudios, y que le escogiera sus lecturas. Era —decia— para que no se fastidiasen mucho á su lado. Santiago pasó el tiempo de su ausencia formándole una biblioteca en que los escritores del siglo xvii ocupaban el puesto de honor, entre las obras de crítica moderna, y numerosas colecciones de memorias históricas. Este fué el objeto de su correspondencia durante el tiempo que Juana estuvo en Dieppe. Despues de su vuelta, se arrojó con ardor sobre su biblioteca, y desde entónces hubo entre ella y Santiago un lazo más, el que une al discípulo con el maestro; porque M. de Lerne, que tenia bastante instruccion, era para ella un guía y un comentador lleno de gusto. Desde ese momento, sus conversaciones, sus simpáticas preferencias, y áun sus discusiones sobre literatura é historia, añadieron nuevo interes á su tierna amistad.

VIII.

Estas amistades reparadoras, que son el sueño de tantas mujeres desgraciadas en sus matrimonios, al ménos de las mejores, necesitan, para permanecer puras, nobles y elevados caracteres, y áun podria añadirse que circunstancias excepcionales como las que habian acercado á M. de Lerne y Mme. de Maurescamp. De todos modos, es una verdad que esos amores existen en el mundo, aunque el mundo no cree en ellos. El mundo no mira con gusto los méritos que sobresalen de la medida comun, que es la suya; y por otra parte, los amores inocentes, desdeñando toda hipocresía, se ocultan ménos que los demas, y dan pábulo á la maledicencia. No debe, pues, sorprender mucho que el público juzgase con su ordinario escepticismo y grosería las delicadas relaciones que se ha-

bian establecido entre Juana y su amigo.

Por otra parte, si algun hombre habia que fuese más que los otros, incapaz de sentir delicadezas de ese género, era el Barón de Maurescamp. Aunque era muy celoso, más por vanidad que por amor á su mujer, no se le ocurrió jamas desconfiar de su amigo M. de Monthelin, que, sin embargo, habia estado tan á punto de arrebatarle la honra; pero en cambio, con el tacto exquisito y habitual de su cofradía, no dejó fijar los ojos alarmados en las relaciones intachables de su mujer con el Conde de Lerne. Detestaba instintivamente á Santiago, que bajo tantos aspectos le era superior; muchas veces le habia tenido por rival, y por rival afortunado, en las regiones de la galantería, donde la distincion de las maneras y la elevacion de sentimientos conservan todavía su prestigio. Monsieur de Maurescamp juzgó muy duro aceptar la rivalidad de aquel hombre hasta en su interior conyugal; y preciso es convenir en que, si no hubiera sido él mismo

el más torpe y el más culpable de los maridos, su susceptibilidad en aquella ocasion no hubiera dejado de ser muy excusable.

Juana habia notado más de una vez el mal humor que manifestaba su marido con motivo de las atenciones de M. de Lerne para con ella; pero, satisfecha de su inocencia, habíase inquietado poco de aquello. Sin embargo, durante su permanencia en Dieppe, le dió muchas veces á leer las cartas que recibia de Santiago, como para tranquilizar su espíritu, haciéndole ver el carácter puramente amistoso de sus relaciones. Para convencerlo mejor, ingeniábase ella tambien algunas veces, aunque haciéndose violencia, para hacerle permanecer en su salon, entre ella y Santiago, quitando así á sus hábitos de intimidad toda apariencia de misterio. Mas no consiguió, á pesar de todas esas precauciones y cuidados, el resultado que se proponia. Monsieur de Maurescamp, como era natural, encontrábase poco á gusto, y podria decirse que estaba entre ellos fuera

de su centro; sentíase humillado é irritado del papel inferior que representaba allí; encogíase de hombros, decía alguna burla grosera y denigrante, y se iba. Pero la verdad tiene tanta fuerza que él mismo se sentía inclinado á creer que su trato era, en efecto, puramente sentimental é intelectual. No por esto conservaba, sin embargo, ménos ódio contra M. de Lerne; y ese ódio, violento y oculto, no esperaba más que una ocasion para revelarse.

Por desgracia, la ocasion no debía tardar en presentársele.

Monsieur de Maurescamp, como ya hemos dicho, estaba desde hacía un año próximamente en relaciones amorosas con Diana Grey, la jóven americana, artista ecuestre que estaba entónces muy á la moda en París. Esta criatura, hija de un acróbata de baja ralea, y criada en el fango, tenía la belleza fresca y pura del lirio. Pálida, delgada, elegante, de una perfeccion verdaderamente plástica, de una depravacion refinada, á la cual se unia cierta fero-

cidad anglo-sajona, habia conseguido, por la reunion de todas estas cualidades, dominar completamente al Baron de Maurescamp. Háiale inspirado uno de esos amores terribles y serviles, que son en su general un triste privilegio de la vejez, pero que algunas veces los jóvenes saciados lo sufren tambien por un anticipo de herencia. La jóven habia empezado conquistándole por su belleza, y sobre todo por su boga, y acabó de subyugarlo, torturándolo con sus caprichos fantásticos y sus desórdenes. Hay hombres á quienes como á la mujer de Sganarelle, les gusta que les peguen, y por lo visto, M. de Maurescamp era uno de ellos, y la graciosa americana se encargó de complacerlo. Si á Diana Grey se le hubiera antojado, hubiérale hecho pasar á escobazos por uno de esos aros de papel que ella atravesaba todas las noches en los ejercicios del circo; pero ella prefirió que la regaláran un precioso hotel en la avenida del Bois de Boulogne, y todo lo demas necesario para vi-

vir en él con lujo. Mediante esta compensacion, ella accedió, al espirar su contrato, á renunciar á la carrera artística, colmando de ese modo los votos de M. de Maurescamp.

En los primeros días de Abril de 1877, aquella jóven singular tuvo el capricho de dar á conocer su hotel, invitando algunos amigos á un almuerzo. Ella misma hizo la lista de los convidados, y con gran disgusto de M. de Maurescamp, escribió en esa lista el nombre del Conde de Lerne, á quien apenas conocia, pero del cual habia oído hablar mucho; porque el Conde habia dejado en la alta bohemia parisien una gran reputacion de compañero alegre y de hombre galante. Santiago habia roto definitivamente sus relaciones con aquella sociedad de que Diana Grey era una de las más brillantes estrellas; pero temió, y muy sin razon, disgustar á M. de Maurescamp si rehusaba la invitacion de su querida, y aceptó.

Diana Grey colocó á M. de Lerne á su

derecha, y desde el principio del almuerzo ocupóse de él con marcada predileccion. Santiago hablaba perfectamente el inglés, y la jóven parecia complacerse en hablar con él esa lengua, que M. de Maurescamp no conocia. En tanto, como le era posible hacerlo sin grosería, Santiago trataba de sustraerse á las atenciones y á la amabilidad excesiva de su vecina, procurando siempre sostener en frances la conversacion; pero resueltamente ella no lo deseaba así y continuaba hablándole en inglés, bebiendo á su salud las copas llenas de *pale-ale*, que alternaban entre las copas del *oportó*. Al propio tiempo, la americana lanzaba miradas desdeñosas y provocativas á M. de Maurescamp, que ocupaba frente á ellos el centro de la mesa, y que mostraba á las claras su descontento. Las mujeres de la especie de Diana Grey suelen usar de estas feroces represalias contra los hombres que las compran.

El almuerzo fué un poco frio. Sólo la dueña de la casa parecia divertirse con

franqueza. Santiago de Lerne, deseoso de sustraerse á aquella situacion enojosa, tomó pretexto de una cita de negocios, y se retiró en cuanto acabaron de almorzar.

Diana Grey, así que le vió salir, encendió un cigarrillo, y dejándose caer sobre un divan, continuó saboreando su fruto. Apercibióse entónces de que M. de Maurescamp la miraba, y para arreglar las cosas, le dijo en voz alta con su acento extranjero:

— Querido mio, ¿sabeis que es muy simpático el amante de vuestra mujer..... y que estoy un poco encaprichada por él?

— ¿Estais borracha, Diana?— le dijo monsieur de Maurescamp, que se puso súbitamente muy encendido.— ¡Estais borracha y olvidais de quién estais hablando!

— ¿Por qué? ¿porque hablo de vuestra mujer?..... Y entónces, ¿para qué me hablais vos mismo de ella, amigo mio?..... Me habeis dicho que es un pedazo de hielo..... ¡hielo..... sí..... y vosotros creéis eso, pobres tontos!..... Es cosa muy graciosa

eso de que todos los maridos crean que sus mujeres son de hielo..... Mientras que nosotras, nosotras sabemos lo contrario..... por sus amantes.

Y la jóven continuó echando tranquilamente, por entre sus labios de rosa, ligeras bocanadas de humo hácia el techo.

— Está completamente borracha— dijo á M. de Maurescamp uno de los convidados.— Es lástima que tenga este defecto... porque sin eso, sería perfecta.

Una hora despues, cuando todo el mundo se hubo retirado, Diana Grey confesó secretamente á M. de Maurescamp que ella estaba efectivamente borracha, y que por consiguiente, todo lo que habia dicho y nada, era una misma cosa; despues de lo cual pidió y obtuvo su perdon.

Pero Mme. de Maurescamp no fué perdonada. Hacía mucho tiempo ya que su marido habia dejado de amarla, y tambien que habia empezado á odiarla. Porque en esos matrimonios desiguales, raras veces las disensiones acaban en indiferencia. Las

odiosas y cínicas palabras dichas públicamente por Diana Grey eran, por lo demas, muy propias para exasperar á M. de Maurescamp. Sin tener gran imaginacion, tenía la suficiente para representarse á su esposa, de quien él no habia conocido más que una frialdad desdeñosa, abandonándose con otro á los más vivos trasportes de la pasion, y esta imágen, que hubiera sido desagradable para cualquiera, lo era en grado supremo para un hombre tan vanidoso, tan altivo, tan mimado y tan sanguíneo como lo era el Baron de Maurescamp. No se le ocurrió pensar que podía ser injusto hacer depender el reposo, el honor y la vida de su mujer de las charlatanerías de su querida despues de beber. Desbordáronse en su corazon los sentimientos de despecho, de celos y de ódio que durante tanto tiempo se habian ido allí acumulando contra su mujer y contra Santiago de Lerne, y resolvió poner fin á sus relaciones vengándose á un mismo tiempo de los dos.

La ocasion para un duelo con Santiago le pareció singularmente oportuna ; los incidentes del almuerzo podian darle para ese duelo un pretexto especioso que tendría la doble ventaja de dejar el nombre de Mme. de Maurescamp fuera de la querrela, y la de asegurarle la eleccion de armas. Manejaba notablemente la espada, y aunque era hombre de valor, no estaba muy dispuesto á despreciar esa ventaja.

IX.

El Baron descendió por la avenida de los Campos Elíseos, turbia la mirada, y con un cigarro apagado en la boca. Veinte minutos despues entraba en el círculo y encontraba allí á alguno de sus convidados de la mañana ; entre otros á M. de Monthelin y á M. d'Hermany, con quienes se encerró en un gabinete particular. Díjoles confidencialmente que se conside-

odiosas y cínicas palabras dichas públicamente por Diana Grey eran, por lo demas, muy propias para exasperar á M. de Maurescamp. Sin tener gran imaginacion, tenía la suficiente para representarse á su esposa, de quien él no habia conocido más que una frialdad desdeñosa, abandonándose con otro á los más vivos trasportes de la pasion, y esta imágen, que hubiera sido desagradable para cualquiera, lo era en grado supremo para un hombre tan vanidoso, tan altivo, tan mimado y tan sanguíneo como lo era el Baron de Maurescamp. No se le ocurrió pensar que podía ser injusto hacer depender el reposo, el honor y la vida de su mujer de las charlatanerías de su querida despues de beber. Desbordáronse en su corazon los sentimientos de despecho, de celos y de ódio que durante tanto tiempo se habian ido allí acumulando contra su mujer y contra Santiago de Lerne, y resolvió poner fin á sus relaciones vengándose á un mismo tiempo de los dos.

La ocasion para un duelo con Santiago le pareció singularmente oportuna; los incidentes del almuerzo podian darle para ese duelo un pretexto especioso que tendría la doble ventaja de dejar el nombre de Mme. de Maurescamp fuera de la querrela, y la de asegurarle la eleccion de armas. Manejaba notablemente la espada, y aunque era hombre de valor, no estaba muy dispuesto á despreciar esa ventaja.

IX.

El Baron descendió por la avenida de los Campos Elíseos, turbia la mirada, y con un cigarro apagado en la boca. Veinte minutos despues entraba en el círculo y encontraba allí á alguno de sus convidados de la mañana; entre otros á M. de Monthelin y á M. d'Hermany, con quienes se encerró en un gabinete particular. Díjoles confidencialmente que se conside-

raba ofendido por la conducta inconveniente del Conde de Lerne en casa de Diana Grey; por su afectacion en hablar con ella en inglés durante todo el almuerzo, sabiendo perfectamente que él, Maurescamp, dueño de la casa, ignoraba aquella lengua; en fin, por su actitud, que habia sido impertinente hasta la provocacion. Monthelin y d'Hermany, delicados en cuestiones de honra, no pusieron objecion alguna por la futilidad de aquellos motivos, comprendiendo que ocultaban otros más serios y legítimos, que las conveniencias exigian que permanecieran en la sombra. Monsieur de Maurescamp añadió que tenia por principio y por sistema terminar aquella clase de asuntos con la mayor brevedad posible, á fin de evitar que trascendieran al público, y prevenir la intervencion siempre sensible de las mujeres. En consecuencia, rogaba á aquellos señores que tuvieran la bondad de dirigirse inmediatamente á casa de M. de Lerne, y cumplir allí la mision que él confiaba á su amistad.

Monsieur de Monthelin hizo observar que su duelo personal con M. de Lerne le imponia la obligacion de recusarse en aquella circunstancia. Monsieur de Maurescamp lo reconoció así, y se dirigió entonces á otro de sus amigos, M. de la Jardye, miembro tambien de aquel círculo, y á quien M. d'Hermany fué á buscar en seguida á uno de los salones próximos. Monsieur de la Jardye adoraba aquellas ocasiones que le permitian desplegar toda su importancia. Por respeto á las conveniencias trató flojamente de hacer escuchar algunas palabras conciliadoras; pero tambien él habia asistido al almuerzo de Diana Grey, y acabó por confesar, puesto que le pedian su opinion con franqueza, que habian pasado en aquel almuerzo cosas un poco difícil de digerir, bajo todos aspectos, por su amigo el Baron de Maurescamp; por cuyas razones, en definitiva, estaba dispuesto á prestarle su concurso en calidad de testigo.

Monsieur de Lerne estaba entre tanto

muy léjos de esperar la fiesta que se preparaba para él. Hacia las seis, despues de su paseo habitual por el Bosque, volvió tranquilamente á su casa. Allí encontró, no sin sorpresa y no sin disgusto, las tarjetas de M. de la Jardye y M. d'Hermany, bajo un sobre cerrado, y con esta anotacion puesta de lápiz :

« Desean veros para un asunto personal del Baron de Maurescamp. Tendrán el honor de volver á las seis y media. »

Santiago no tuvo que hacer muchas reflexiones para comprender de qué se trataba. Aunque ignoraba las infames palabras de Diana Grey, despues que él se retiró, la irritacion de M. Maurescamp durante todo el almuerzo no le habia pasado desapercibida, y con la lucidez natural á las imaginaciones vivas, comprendió en seguida la verdad de la situacion.

Monsieur de Maurescamp aprovechaba el primer pretexto que se le ofrecia para satisfacer su ódio de marido celoso sin comprometer el nombre de su esposa.

Monsieur de Lerne nada tenía que objetar á esto. Escribió, pues, á dos de sus amigos, Julio de Rambert y John Evelyn, inglés el segundo, é hizo llevar en seguida las cartas.

Algunos momentos despues que M. de la Jardye y M. d'Hermany, llegaron aquellos dos señores. Santiago dejó reunidos á los cuatro testigos, y se dirigió á una habitacion inmediata.

El asunto era de aquellos que no se discuten mucho tiempo, porque todos los interesados saben que bajo el motivo ostensible del lance hay otro que es el verdadero, y que, de comun acuerdo, no puede ser discutido, ni indicado siquiera. Á los motivos de queja alegados por M. de la Jardye y M. d'Hermany en nombre del Baron de Maurescamp, M. de Rambert y mister Evelyn respondieron, en nombre de su apadrinado, que aquellas ofensas eran puramente imaginarias; pero que, supuesto que M. de Maurescamp se consideraba ofendido, M. de Lerne no podia ménos de

estar á su disposicion. Por lo demas, monsieur de Lerne era de opinion, como M. de Maurescamp, que el asunto debia de terminarse tan pronto como fuera posible y ántes de que el mundo se ocupára de él.

En cuanto á la eleccion de armas, los testigos de M. de Lerne no se mostraron tan acomodaticios; habian recibido de Santiago, bajo la promesa formal de guardar el secreto, una confidencia delicada.

—En principio— les dijo— acepto la espada, lo acepto todo; pero ya sabeis que hace dos años, en mi desaffo con Monthe-
lin, fuí herido en el brazo derecho; y de resultas de esa herida me ha quedado el brazo algo debilitado; es poca cosa, y depende en parte del tiempo; pero, en fin, podria perjudicarme en el lance..... Tomar como pretexto esta ligera enfermedad para exigir la pistola, no me es posible..... porque no se conoce á la vista. Todo el mundo me ve tocar el piano con mano firme, y se creeria que yo invento una excusa para librarme de la espada de Maurescamp, que

es un gran tirador. Así, pues, por vuestro honor y por el mio, ¡ni una palabra de mi brazo!..... Pero si podeis conseguir, por alguna razon aceptable, que el desafio sea á pistola, yo lo veria con gusto.

Esforzaronse, por tanto, sus testigos en demostrar á los del Baron, que la calidad de ofensor ó de ofendido, empeñado el lance en la forma que lo estaba, era realmente dudosa entre los dos adversarios. La provocacion de M. de Maurescamp á monsieur de Lerne, por incidentes cuya futilidad es imposible desconocer, no puede en realidad considerarse como una verdadera agresion. Parecía, por tanto, que era realmente justo que la eleccion de armas correspondiese á aquel á quien se venia á provocar sin motivo suficiente; por lo ménos, debia dejarse á la suerte esa eleccion.

Monsieur de la Jardye y M. d'Hernany respondieron con ceremoniosa frialdad que no podia sostenerse esa trasposicion de papeles en aquel desgraciado asunto, y que la negativa persistente en reconocer los

derechos de su apadrinado á la calidad de ofendido, equivaldria de parte del Conde de Lerne á una negativa de reparacion que no podia ciertamente entrar en sus intenciones. Los padrinos de Santiago creyeron que no debian insistir más.

Fué despues una cuestion muy debatida por el público, la de saber si habian procedido bien. Pretendian unos que los padrinos del Conde, una vez enterados de su enfermedad, por ligera que fuese, no podian dejar que se empeñase el combate en condiciones evidentemente desiguales; otros, más competentes al parecer, sostenian que los testigos, en tales casos, tienen por primer deber observar religiosamente las instrucciones de su apadrinado, que les confia ante todo el cuidado de su honra, y sólo en segundo termino el cuidado de su vida.

Convínose, pues, que el combate sería á espada y que tendria lugar el dia siguiente, á las tres de la tarde, en Soigmes, cerca de la frontera belga.

Santiago supo, sin aparente emocion, el resultado de la conferencia, dió las gracias á aquellos señores por los esfuerzos que habian hecho en su favor, les dijo alegremente que esperaba de todos modos salir bien del lance, y les dió cita para la mañana siguiente, á las siete, en la estacion del Norte.

Cuando estuvo solo tomó cierto aire de gravedad que las circunstancias justificaban. Por un sentimiento de honor natural, pero quizá excesivo, no habia querido confesar aún á sus amigos toda la verdad respecto á su brazo herido: todo ejercicio algo prolongado, y sobre todo el de la esgrima, determinaba en ese brazo debilitado un malestar y un entorpecimiento que, frente á un tirador tal hábil y vigoroso como el Baron de Maurescamp, debian dejarle en una situacion muy inferior. Santiago consideró esta perspectiva con firmeza de ánimo; y sin abandonarse ni creerse ya un hombre muerto, no se disimuló que iba á correr un gran peligro.

Hizo sus preparativos en consecuencia. Por fortuna, su madre comia aquella tarde fuera: aunque mucho habia sufrido por ella, la amaba y felicitóse de que la casualidad le evitase la cruel contrariedad que le habria impuesto su presencia. Pero aquella noche debia sufrir una prueba tan penosa si no lo era más. Madame d'Hernany daba un gran baile en el cual Mme. de Maurescamp y Santiago habian convenido verse. Habíanse renovado la promesa aquella misma tarde en el Bosque. Santiago creyó por várias razones, que no podia dispensarse de asistir á aquel baile. Temió, si no iba, afligir á Juana é inquietarla. Si por casualidad algun rumor relativo al desaffo del dia siguiente se habia extendido, su presencia y su actitud podian bastar para desvanecerlo. Pero más que todo, parecióle que la reputacion de Juana exigia de él ese esfuerzo de valor; puesto que Maurescamp habia tomado por motivo del lance su querida y no su esposa, el Conde de Lerne juzgó que la mejor manera de asociarse á

sus intenciones y desconcertar al público, era mostrarse aquella noche en sociedad en la misma forma y los mismos términos que de ordinario con Mme. de Maurescamp. Aunque mucho le costaba hacerlo, creyó que era de su parte un deber de delicadeza.

X.

Santiago escribió dos cartas, una dirigida á su madre, otra á Juana, y como á las once, dirigióse sonriente á la avenida Gabriel, al hotel d'Hernany. El dueño de la casa, uno de los testigos de su adversario, dejó ver por un instante en su mirada la sorpresa que le causaba la aparicion de aquel huésped inesperado; pero se repuso en seguida y le acogió con muchas demostraciones de afecto, juzgando, como despues dijo, que aquel rasgo era superior y probaba un alma de mucho temple.

La rubia Mme. d'Hernany, más bella,

más misteriosa y más perversa que nunca, vió que M. de Lerne parecía buscar entre la multitud de los concurrentes á alguna persona, y mirándole con fijeza, le dijo brevemente :

—«Segunda puerta á la izquierda ; en la estufa, bajo la tercera palmera de la derecha..... ¡Y decid que yo no soy buena!

Santiago saludó gravemente y aprovechó la indicacion.

Pasábase de los salones á la estufa por dos arcadas, de las cuales una estaba reservada para la orquesta. La estufa era un vasto salon cubierto por una armadura de hierro y cristales, que ofrecia una magnífica combinacion de enormes vasos azules con listas de oro, estatuas de mármol medio ocultas entre el follaje; veíanse divanes de muy poca altura, rodeados de taburetes debajo de los anchos abanicos de las palmeras, bajo las lianas colgantes de pálidas flores de cera, bajo el follaje y las gruesas corolas blancas de las magnolias. Un tibio olor de selva tropical

embalsamaba el aire, y de rato en rato oíase salir de los grupos que acá y allá conversaban, un susurro como de colmena que se elevaba á ráfagas para dominar la brillante sonoridad de la orquesta.

En uno de aquellos grupos—efectivamente debajo de la tercera palmera de la derecha—hallábase Juana de Maurescamp escuchando distraidamente á tres ó cuatro galanteadores de edades diferentes. Al ver á Santiago, iluminóse de pronto su fisonomía con aquella sonrisa franca que las mujeres reservan para sus hijos y sus amantes, y que raras veces van dirigidas á los maridos. Aquella sonrisa bastó para tranquilizar á Santiago y convencerle de que no habia llegado á sus oídos ni el más leve rumor del acontecimiento convenido ya para el dia siguiente.

A la llegada del Conde de Lerne, los astros secundarios que gravitaban hasta entonces en derredor de la jóven se eclipsaron sucesivamente con un sentimiento en que á la vez habia despecho y deferencia;

porque si bien es verdad que generalmente se calumniaban las relaciones de Mme. de Maurescamp y de su amigo, sentíase también generalmente en esas relaciones algo que inspiraba respeto. Pero antes de quedar solo con Juana, el Conde tuvo bastante tiempo para hacer en su interior algunas amargas reflexiones: parecíale, tanto efecto le hacía su elegante belleza, que al contemplarla allí, puesto en pié delante de ella, la contemplaba y admiraba por primera vez. Vestía la jóven, con la castidad de Diana, las modas indecentes de nuestro tiempo, y mostraba al descubierto su busto casi completo y sus brazos puros y delicados. Sus negros cabellos, peinados un poco bajos, como los de las diosas, estaban recogidos sencillamente en una gruesa trenza que caía sobre la nuca. La cabeza, algo echada atrás como por efecto del peso, se erguía con cierta rigidez en una actitud fiera y victoriosa. Sentíase en plena posesion de su belleza, y sonreía dejando entrever el brillo de sus dientes

por entre la púrpura de sus labios un poco gruesos.

Ante aquella criatura llena de encanto, fascinada con todas las gracias de la inteligencia y toda la vida de la pasión, Santiago no pudo dominar un sentimiento casi salvaje de deseo, de arrepentimiento y de cólera. Él la había respetado. ¡Habíase hecho esta violencia! ¡había tenido ese heroísmo!..... ¡para recibir qué recompensa!.....

Con la extraña y rápida penetración de las mujeres, Juana pareció sorprender aquellos sentimientos en la mirada ardiente y turbada del jóven: un ligero rubor coloreó sus mejillas, y agitando con cierto embarazo su abanico, levantó la frente casi con timidez, y dijo:

—No teneis vuestra mirada dulce esta noche. ¿Qué os sucede, amigo mio?

—¡Sois tan bella!—contestó Santiago en voz baja.—¡Me haceis daño!

—Eso pasará—dijo sonriendo Juana.—Vamos, dejad observaciones de ese género

¿á qué conducen?... ¿Acaso os volveis materialista?

— En efecto, lo soy bastante en este momento.

— Me estais entristeciendo, ¿sabeis?

— Pero— en fin— dijo sentándose el Conde— yo no soy espíritu puro.

— ¡Pues yo sí, yo lo soy!— dijo Juana con risa infantil, y estoy contentísima..... ¡Ademas, que es obra vuestra!.....

Despues, con tono repentinamente serio y penetrado,

— ¡ Ah ! — dijo — si yo estuviese segura de que erais dichoso, amigo mio, ¡qué dichosa sería yo misma! En esto estaba yo pensando hace un momento, cuando llegasteis.

— ¿ Sois, pues, tan dichosa ? — preguntó Santiago con acento ligeramente conmovido.

— ¡ Dichosa, sí, muy dichosa ! — respondió la jóven con graciosa efusion.— ¡ Y por vos ! Podeis envaneceros de ello. Hay momentos en que realmente me siento co-

mo espantada de mi dicha ; en que me parece que es demasiada felicidad.— Pensad en ello— añadió, bajando la voz — yo amo y soy amada, y no siento turbada mi alma, estoy tranquila, sin el más ligero remordimiento en el presente, ni el más ligero temor para el porvenir..... porque, gracias á Dios, y tambien á vos, amigo mio, yo veré venir sin espanto esa primera arruga, que es el espectro y el castigo de los amores vulgares. Me parece que envejeceré sin pena..... casi con alegría..... porque ménos jóven, yo seré ménos esclava de las conveniencias, más libre, más cerca de vos..... ménos comprometedora, en fin..... Así, por ejemplo, yo me prometo un tiempo delicioso en que podré viajar con vos.... ¡ mas para eso es preciso envejecer !..... Y si supierais cuánto se ha trasformado para mí la vida, cuánto ha cambiado el mundo á mis ojos, desde que soy amada como yo deseaba serlo..... ¡ Podeis estar orgulloso, os lo aseguro del milagro que habeis realizado ! Paréceme que

habeis modificado, elevado, depurado todos mis sentimientos, todo mi sér..... pareceme que me habeis enseñado..... ¡ cómo podré expresarlo !.... que me habeis enseñado el sentido divino de las cosas..... que me habeis enseñado á ver y á comprender por el lado noble todo lo que existe..... todo lo que hiere mis ojos, me parece iluminado con una luz nueva, y reviste una belleza que yo no conocía. Mirad, es una puerilidad, si quereis, pero hace poco, paseando por el Bosque, yo miraba los árboles..... que en otro tiempo me dejaban perfectamente tranquila.... y me decia:—¡ Dios mio, qué bello es un árbol, cuánta fortaleza, qué elegancia, cuánta vida !....—No hay un objeto en la Naturaleza, ni una hierbecilla que no me cause ahora esas admiraciones, esos éxtasis..... Estoy convencida..... ¿ no lo estais vos tambien ?.... que todas las cosas de este mundo tienen dos aspectos, uno material y vulgar que está al alcance de todos ; otro, misterioso, ideal, que es el secreto y la revelacion de Dios....

Y este último es el que yo percibo con los ojos que vos me habeis formado..... ¡ Esta es vuestra obra, amigo mio !

Mientras estaba escuchándola con secretas angustias, el semblante de Santiago habia tomado poco á poco una expresion dulce y grave.

—Sí—dijo lentamente con voz alterada, fijando en ella una mirada de infinita ternura—debe existir un Dios.... y otra vida superior..... y almas inmortales..... puesto que hay seres como vos en el mundo.

Despues exclamó de pronto, interrumpiéndose:

—¡ Pero, Dios mio ! ¿ qué teneis ?

Santiago creyó que la jóven se sentia mal : habíase puesto repentinamente de una palidez marmórea, y su mirada se habia fijado en el espacio como sobre una espantosa aparicion ; el Conde se separó bruscamente, y vió á Maurescamp de pié á la entrada de la estufa, destacándose en el marco de la puerta : mirábalos fijamente, y revelábase tal demencia de cólera en los ojos

y en sus facciones descompuestas, que Santiago se levantó en seguida, temiendo algun acto de violencia.

Maurescámp se adelantó hácia ellos con paso lento, luchando evidentemente contra un desencadenamiento casi irresistible de pasiones; sin embargo, bajo el peso de las miradas que se fijaban sobre él, y bajo la penosa impresion del silencio que repentinamente se produjo en la sala, consiguió dominarse á medias; y al llegar á donde estaba su esposa, le dijo simplemente, con voz sorda y ronca:

— Vuestro hijo está enfermo, venid.

Juana dejó escapar un ligero grito: — ¡Dios mio !....— y le dirigió algunas preguntas precipitadas; pero comprendiendo pronto, por su aire y sus palabras que la enfermedad del niño era sólo un pretexto, siguióle sin añadir una palabra.

Monsieur de Maurescámp, despues de haber aparecido un momento en la Ópera, habia vuelto al círculo. Allí supo casualmente la presencia del Conde de Lerne en

el baile de los d'Hermany. Sabía tambien que su mujer debia asistir. Hombre sin delicadeza no podia comprender la delicadeza en los demas, y así fué que no sospechó siquiera los motivos honrosos que habian dictado la conducta de Santiago de Lerne.

No vió en aquel acto más que una insolente bravata, de la cual era cómplice su esposa, y se dirigió inmediatamente al hotel d'Hermany, sin proyecto alguno determinado, pero arrastrado por un movimiento de ódio y de furor que no debia retroceder ante ninguna extremidad, ni aún ante el escándalo. Como se ha visto, gracias á un reflejo supremo de razon, el escándalo no fué ruidoso, pero bastó para mancillar el honor de su mujer y el suyo propio.

XI.

Mientras la noticia de que Mme. de Maurescamp había sido bruscamente llevada por su marido pasaba comentada de salon en salon, dilatándose en sordos murmullos mezclados de risas, Maurescamp se dejaba caer pesadamente en su cupé al lado de Juana. Cuando estuvieron sin testigos, el marido dejó ya de hablar de su hijo, y el silencio y la actitud feroz que guardaba no dejaron ni la sombra de una duda á la desgraciada jóven. Sentia ésta una angustia inexplicable; era al mismo tiempo la sorpresa de una criatura herida por el rayo en plena vida, en plena dicha, en plena inocencia; la dolorosa indignacion de una mujer honrada á quien públicamente habian insultado; el vago temor de una catástrofe desconocida, pero terrible é inmediata. En medio de aquella turbacion sin nombre, la jóven permaneció muda,

esperando que él hablase; mas esperó en vano, y recorrieron el trayecto, que no era largo, desde la avenida Gabriel á la avenida de l'Alma, sin pronunciar una sola palabra.

Entre tanto, Juana empezaba á desenvolver su espíritu, naturalmente intrépido, del caos de sentimientos en que la habia sumido el primer momento de sorpresa. Atravesó con paso firme, por delante de tres ó cuatro criados inmóviles, el gran vestíbulo de su hotel, y subió en silencio la escalera; pero cuando llegaron á la meseta del primer piso, en donde estaban sus departamentos, al ver que su marido, que ocupaba el piso superior, se disponia á seguir adelante,

— Perdonadme — le dijo — tened la bondad de entrar, tengo que hablaros.

Maurescamp dudó algunos instantes, como á la gran mayoría de los hombres no le gustaba entrar nunca en explicaciones; su carácter era más bien violento que enérgico, y el acento tranquilo y resuelto de su

mujer le impuso al mismo tiempo que le irritaba. Siguióla, pues, á sus habitaciones, pero con un grado más de cólera.

Juana cerró la puerta detras de él, y pasó al gabinete, que precedia á su alcoba. Entónces, volviéndose y mirándole con fijeza, le preguntó:

— En definitiva, ¿qué significa todo esto?

— Significa que mañana mataré á vuestro amante. Eso es todo.

La jóven, entreabiertos los labios y como delirante, juntó las manos con fuerza, y continuó mirándole.

— Ya hace bastante tiempo— continuó su esposo, jurando é irritándose más con la misma violencia de su lenguaje— ya hace bastante tiempo que me provocais..... que me estais ultrajando..... que me cubris de ridículo..... y esto va á terminar.

— Sois un desgraciado loco— dijo Juana dulcemente.— Yo no tengo amante..... Explicaos..... ¿Qué quereis decirme? ¿Es que vais á provocar á un duelo á M. de Lerne?

— No tengo que provocarle— respondió Maurescamp con la misma grosería— es cosa arreglada ya. Mañana nos batiremos.

La jóven volvió á juntar las manos, y lanzó una sorda exclamacion de dolor. Su marido pareció avergonzarse en cierto modo de su brutalidad, y continuó diciendo precipitadamente, casi balbuceando las palabras:

— No tenía yo, en verdad, la intencion de preveniros..... esto no entra en mis costumbres..... pero vos lo habeis querido..... estais agotando mi sufrimiento..... Y él, él ha colmado esta noche la medida. Seguir haciendo la córte públicamente á la mujer, cuando al dia siguiente debe tenerse un desafio con el marido, es cosa indigna de un caballero..... es una infamia.

— Monsieur de Lerne— dijo con firmeza Juana— no me ha hecho la corte, ni esta noche ni nunca, al ménos de la manera que vos pensais..... Vuestro honor no está comprometido más que por vos mismo..... vuestro desafio con él sería una locura.....

una mala acción..... un crimen..... porque os juro delante de Dios.... por la vida de mi hijo..... que nunca ha sido para mí más que un amigo.

—¡ Por supuesto !— replicó Maurescamp en tono de burla.— Vamos, me parece que es suficiente, y aún demasiado— añadió, dirigiéndose hacia la puerta.

Juana se interpuso delante de él, exclamando:

—¡ No ; os lo suplico, os lo ruego, no os vayais todavía !.... ¡ Si supierais lo que es para una mujer que ha sufrido mucho, que ha luchado, que ha sido tentada..... pero que al fin ha quedado honrada, pura, fiel.... ver que no sólo se sospecha de ella, sino que se la condena y se la castiga con tan enorme injusticia y con tanta crueldad !.... ¡ Si supierais las ideas que se agolpan entónces en su cabeza trastornada !.... ¡ Si supierais hasta qué extremo podeis llevarme, no apreciando en nada mi conducta..... y tratándome como si fuese enteramente culpable, cuando á lo

más podría acusárseme de imprudente !....

—¡ Bueno, basta !— añadió su marido con dureza, tratando de desprenderse de ella.

Juana le retuvo aún, extendiendo hácia él sus manos suplicantes. Maurescamp permaneció junto á la chimenea en actitud de resignado.

— Sabeis tan bien como yo— prosiguió la jóven— la historia de nuestro matrimonio..... No me amasteis mucho tiempo, amigo mio..... sin duda era culpa mia..... no supe agradaros..... mis gustos no eran los vuestros..... todo lo que yo hacía, todo lo que era de mi agrado, os disgustaba y os enojaba..... Me dejasteis abandonada..... fuisteis en busca de los placeres..... ¡ era natural !.... Yo comprendía que no podía quejarme, puesto que no había sabido reteneros. ¡ Pero yo era muy jóven en aquel tiempo, amigo mio ! ¡ Ay, hace ya muchos años de eso ! Y entónces, sí, ¡ estuve en peligro, sí, os lo confieso ! Sola en el mundo, abatida, enervada, sin apoyo..... rodeada de malos ejemplos, oyendo malos

consejos, perseguida y áun medio perversa por personas de las cuales nada sospechais..... Sí, llegó un momento en que me sentí sin valor, sin virtud..... al borde del abismo..... Pues bien; la amistad me salvó..... esa misma amistad de la cual me haceis ahora un crimen..... Monsieur de Lerne ha sido para mí.....

—Sí, un hermano—dijo Maurescamp interrumpiéndola con el mismo tono de ironía insultante.

—¡Sea—añadió Juana animándose—un hermano..... si quereis!..... ¡Pero él me ha salvado, esto es lo cierto!..... Cuando yo iba á caer en el gusto de los placeres prohibidos, él me dió, ó mejor dicho, me devolvió el gusto de los placeres permitidos..... Y si vuestra esposa no es hoy una mujer abandonada á los galanteos, tal vez á él solo se lo debéis..... ¡y quereis matarle!... ¿Es eso justo, es eso honrado? Decidme.

—Justo ó no, haré lo posible por conseguirlo, os lo aseguro..... ¡Vamos..... dejadme!

—¡Pero, gran Dios! qué hombre sois, si no me creéis..... ó si creyéndome, persistis en vuestros designios de ódio y de venganza!..... ¡No, no! no quiero cansarme de apelar á vuestra razon, á vuestra lealtad, á los sentimientos de justicia que hay en vuestra alma..... Dios sabe que yo no quisiera ofenderos..... pero en un matrimonio como el nuestro..... y en una situación como la mía..... ¿qué quereis que una mujer jóven haga de su tiempo, de su corazón, de su pensamiento, de su vida?..... Vos teneis vuestras queridas..... dejadle á ella siquiera sus amigos..... Y estad seguro, ¡es necesario que escojais entre los amigos que ella confiesa ó los amantes que ella esconde!

—Y aunque así fuera—exclamó Maurescamp—¿qué pretendéis, en resúmen? ¿qué querriais que hiciese yo? ¿Pretendierais acaso—¡ah, sería demasiado!—que yo vaya á tender la mano al Conde de Lerne y á darle mis excusas, rogándole que viniera á continuar sus relaciones con vos?

—¡Sí!—dijo Juana con energía—eso es lo que yo deseo de vos; pero no necesitáis dar excusas..... y al pedir os pido una cosa justa, honrosa y conveniente..... porque, en realidad, es la única manera que tenéis de reparar el daño que habéis hecho á vuestro honor y al mio..... es la única manera de hacer que acaben las calumnias que corren por el mundo..... calumnias á las cuales vuestra conducta de anoche habrá dado pábulo, y de las que ese duelo, ¡ay! sería la irreparable consagración..... Si tenéis valor de hacer justicia á vuestra esposa inocente—no lo dudeis, la verdad tiene gran poder—el mundo os creerá!..... Y en cuanto á mí, amigo mio, ¡si supieseis hasta qué punto os quedaria agradecida!..... ¡y cómo sabria demostraros mi gratitud respetando piadosamente en el porvenir susceptibilidades..... que quizá yo he descuidado atender como debia..... es posible!..... ¿Y quién sabe si esa accion generosa no sería entre nosotros un nuevo lazo de union?..... Sometidos á las pruebas de la

vida..... mejor instruidos por la experiencia y el dolor, ¿quién sabe si no se unirian nuestros corazones?..... ¿quién sabe?..... ¡Ay! ¡sólo de vos dependeria, os lo aseguro, que fueseis para mí..... lo que debiais haber sido siempre..... mi mejor..... mi único amigo!

—Todo eso es muy bello, sin duda—dijo Maurescamp encogiéndose de hombros;—pero es pura novela..... ¡Siempre ese maldito espíritu romántico que os pierde á todas!

—¡Ah, Dios mio!—añadió la pobre joven, cuyas lágrimas corrian en abundancia.—Pues bien, decidme qué queréis, que exigis de mí.....—continuó con verdadera exaltacion, torciéndose los brazos.—¿Queréis que no vuelva á recibir al Conde de Lerne, que no vuelva jamas á verlo, que no vuelva á hablarle una sola palabra en mi vida?..... ¿Queréis que os sacrifique esa amistad, y todas las que pudiera tener en el porvenir?..... ¡Pues sea!..... os lo prometo..... os juro que viviré siempre sola.....

Mi hijo empieza ya á crecer..... pues bien, sólo de él me ocuparé..... será mi amigo..... ¡sí, este niño lo será todo para mí!..... Yo me siento con fuerzas para hacerlo..... os lo juro, y sabré cumplir mi promesa..... Pero por piedad, amigo mio, por piedad, no deis lugar á que ese duelo se realice..... No hay motivo ni razon para tal desafío; es una cosa monstruosa, os lo juro..... ¡Vedme á vuestros piés, os lo suplico de rodillas!

La jóven se dejó caer á sus plantas sollozando.

—¡Os lo pido con toda mi alma..... con todas mis lágrimas!..... ¡Por lo que haya en el mundo más sagrado, os lo suplico!..... ¡Por piedad.... dejaos conmovér..... no me desesperéis!.....

—¡Vamos, ahora es el melodrama!— exclamó Maurescamp rechazándola.

La jóven se irguió sobre sus rodillas, enjugó vivamente sus lágrimas, y cogiéndole ambas manos con febril violencia, exclamó con voz sorda:

—¡Ah, desgraciado!— no sabéis lo que

estais haciendo, no lo sabéis!..... No quiero decir que me matais..... sería poca cosa..... ¡me arrastrais á un abismo!

Y soltándole bruscamente las manos, —¡Podeis iros..... adios!

Maurescamp salió.

Su esposa, despues que le vió salir, permaneció algunos momentos como anonadada sobre la alfombra; sus cabellos estaban medio desatados, su mirada fija y seca y sus manos se movian con una expresion de desvarío. Algunos golpes ligeros que sonaron en la puerta del salon la hicieron salir de aquel abatimiento. Levantóse inmediatamente. Su criada entró.

—Señora—dijo—la señora Condesa de Lerne está abajo, y pregunta si puede hablar dos palabras con la señora Baronesa.

—¡La señora de Lerne!

—¡Sí, señora..... ¿Debo decirla que la señora está indispuesta?.....

—No, hacedla subir.

Un momento despues entró la Condesa, con los ojos desencajados, lívida, trémula;

y sin notar el desórden extremado en que hallaba á Juana, se acercó á ella caminando con la rigidez de un espectro, y le dijo en la cara :

—¡ Vuestro marido debe batirse mañana con mi hijo!

—Lo sé— respondió la jóven— acaba de decírmelo.

—¡ Ah!— exclamó la anciana señora— ¿acaba de decíroslo?..... ¡ Es la conducta de un miserable!

— Sí— dijo Juana.— Pero vos ¿ cómo lo sabéis ?

— Por Luis, el viejo criado de mi hijo, que sospechó algo al ver entrar á los testigos, y ha oido convenir todas las condiciones del duelo.

—¿ Y sabéis, señora— añadió Juana— que no hay nada censurable en las relaciones de vuestro hijo conmigo?

A decir verdad, aquella fué una extraña noticia para la vieja Condesa, y en la turbacion del momento, ella no pudo disimular cierta cándida sorpresa.

—¿ Pero entónces— dijo— no hay prueba ninguna?

—¿ Pruebas de qué, si no hay nada?

—¿ Y vuestro marido no ha querido creerlos?

—No.

—¿ Es decir, que nada hay que esperar?

—Nada.

La Condesa se dejó caer en un sofá y permaneció allí muda, inerte.

Después de un rato de silencio, Juana, que andaba de un lado para otro en el salón, se detuvo delante de ella.

—¿ Está vuestro hijo en su casa?

— Sí.

—¿ Y teneis abajo vuestro carruaje?— añadió Juana.— Pues partamos..... yo iré con vos..... quiero verle.

A medida que hablaba la jóven se echaba un velo en la cabeza y se envolvía en un abrigo.

La Condesa se levantó sin saber qué hacer.

— Es una imprudencia— dijo.

—¿Y qué cosa peor podrá suceder?— exclamó Juana con un gesto de suprema indiferencia. — Partamos.

La Condesa de Lerne vivía en la avenida Montaigne. Llegaron, pues, en un instante. En el camino refirió á Juana con palabras entrecortadas todo lo que ella sabía respecto á la causa aparente del duelo, los nombres de los testigos, el arma elegida, el lugar y á la hora en que habia de verificarse el combate.

Era próximamente la una de la madrugada, y Santiago estaba acabando sus últimas disposiciones, cuando tuvo la sorpresa de ver abrirse súbitamente la puerta de su biblioteca y aparecer en ella á madame de Maurescamp.

—¡Dios mio!—exclamó.—¡Cómo! ¡vos aquí! ¡es posible!

—¡Sí..... lo hemos sabido todo, vuestra madre y yo—dijo Juana anhelante—y he venido..... he querido venir..... aquí me tenéis!.....

—¡Mi madre también!..... —murmuró

Santiago.—¡Ay, cuánto lo siento!..... ¡qué pena me causa!..... Pero, y vos, mi querida amiga, ¿qué venis á hacer aquí?..... ¡os perdeis!

—Lo sé—dijo Juana dolorosamente, dejándose caer sobre una silla;—pero he querido veros por última vez.

La desgraciada Juana sollozaba.

—Mi querida señora..... mi pobre niña—dijo el jóven con dulzura cogiéndola la mano;—tranquilizaos, os lo ruego, y volved en seguida á vuestra casa..... Podeis estar segura de que este duelo no será nada..... No os atormentéis; entre dos hombres que saben manejar la espada con poca diferencia, un duelo no es más que un asalto sin gravedad.

—¡Ay!—dijo Juana—¡os odia tanto! Las lágrimas apagaban su voz.

—¡Todo ha concluido..... ¡ay! concluido para siempre!..... ¡Qué injusticia, Dios mio!..... ¡qué injusticia!.....

—Hijamía, querida—añadió Santiago—retiraos, os lo suplico..... No querréis ha-

cerme perder la calma en estos momentos, ¿verdad?..... Decid también á mi madre que yo le ruego que esté tranquila..... que no hay peligro alguno..... pero que me deje conservar toda mi serenidad.

— ¡ Pues bien ! ¡ Adios, adios ! — dijo Juana levantándose. — ¿ No es verdad que nos hemos amado mucho ?

— Sí, hija mia, sí.

Juana le miró algunos momentos sin hablar, y luego, atrayéndolo un poco:

— ¡ Sí ! — exclamó.

Y presentándole su frente, añadió:

— Besa mi frente, para que, si mueres, sea al menos por algo.

Santiago tocó sus cabellos con los labios ; despues, sosteniéndola sobre su brazo, la condujo fuera de sus habitaciones, hasta el principio de la escalera.

— ¡ Pronto á vuestra casa ! — le dijo besándole apresuradamente ambas manos y dejándola sola.

XII.

Madame de Maurescamp volvió en seguida á su casa, en compañía de la Condesa de Lerne. Su ausencia habia sido muy corta. Los criados no se apercibieron de ella, y aquel paso imprudente quedó oculto para su marido.

Como á las cinco de la mañana, acababa de adormecerse, rendida por la fatiga y las emociones, cuando un ruido que se produjo sobre su cabeza la despertó. Oyó pasos en el piso superior, y un rumor confuso que le hizo comprender que su marido disponia apresuradamente con su ayuda de cámara los preparativos del viaje. Poco despues el rodar de un carruaje sobre el empedrado del patio, y por último, le oyó partir.

Juana se levantó. Ardía su cabeza. Abrió una de las ventanas que daban al jardin de su hotel, y cruzados los brazos, se apo-

cerme perder la calma en estos momentos, ¿verdad?..... Decid también á mi madre que yo le ruego que esté tranquila..... que no hay peligro alguno..... pero que me deje conservar toda mi serenidad.

— ¡ Pues bien ! ¡ Adios, adios ! — dijo Juana levantándose. — ¿ No es verdad que nos hemos amado mucho ?

— Sí, hija mia, sí.

Juana le miró algunos momentos sin hablar, y luego, atrayéndolo un poco:

— ¡ Sí ! — exclamó.

Y presentándole su frente, añadió:

— Besa mi frente, para que, si mueres, sea al menos por algo.

Santiago tocó sus cabellos con los labios ; despues, sosteniéndola sobre su brazo, la condujo fuera de sus habitaciones, hasta el principio de la escalera.

— ¡ Pronto á vuestra casa ! — le dijo besándole apresuradamente ambas manos y dejándola sola.

XII.

Madame de Maurescamp volvió en seguida á su casa, en compañía de la Condesa de Lerne. Su ausencia habia sido muy corta. Los criados no se apercibieron de ella, y aquel paso imprudente quedó oculto para su marido.

Como á las cinco de la mañana, acababa de adormecerse, rendida por la fatiga y las emociones, cuando un ruido que se produjo sobre su cabeza la despertó. Oyó pasos en el piso superior, y un rumor confuso que le hizo comprender que su marido disponia apresuradamente con su ayuda de cámara los preparativos del viaje. Poco despues el rodar de un carruaje sobre el empedrado del patio, y por último, le oyó partir.

Juana se levantó. Ardía su cabeza. Abrió una de las ventanas que daban al jardin de su hotel, y cruzados los brazos, se apo-

yó sobre la barandilla. El aspecto del cielo, de las nubes, de las paredes, de las hojas nacientes, tomaba á sus ojos una expresion extraña y fantástica; escuchaba vagamente las piadas alegres de una banda de gorriones, que saludaban la alborada de un hermoso dia de primavera.

Salió bruscamente de aquella triste contemplacion para ir al cuarto de su hijo y presidir, como lo hacía todos los días, la operacion de vestir al niño. Juana prolongó tanto como le fué posible esos cuidados habituales, como para hacerse la ilusion de un estado de cosas regular y apacible.

Á medida que fué avanzando el dia, su soledad, en medio de las ansiedades que la devoraban, fué haciéndosele intolerable, y al fin resolvió acudir á su madre. Su generosa ternura habia resistido hasta entónces al deseo de hacerla compartir sus angustias; pero sintió que su cabeza empezaba á desvariar, y en dos líneas informó á la Marquesa de lo que sucedia, enviándole el billete con un propio.

Si la madre de Juana no figura desde hace tiempo en las páginas de este relato, es porque nada de ella teniamos que decir que el lector no haya podido adivinar fácilmente.

Una palabra bastará para llenar esta laguna; Mme. de Latour-Mesnil sufría muchísimo por el brillante matrimonio que habia inducido á hacer á su hija. Aquejábala una afeccion al hígado, complicada con graves perturbaciones en el corazon. En vano su hija habia evitado no solamente los reproches, sino aún las confidencias. Ella era muy mujer, y sobre todo muy madre, y habia sufrido demasiado ella misma para poder engañarse sobre la triste verdad; así es que la pobre señora no podia perdonarse la extraña y ciega vanidad con que habia sacrificado á su hija á un destino aún más cruel que el suyo. Ciertas madres se consuelan de la desgracia oficial de sus hijas por la dicha de contrabando que ellas les suponen; tales consuelos no eran aceptables para Mme. de

Latour-Mesnil, y si algo podía agravar el dolor y los remordimientos de haber hecho á su hija desgraciada, era el temor angustioso de haberla quizá arrastrado al mismo tiempo á la vergüenza. Asaltábanla en este punto dudas crueles, y el único día feliz que la pobre madre tuvo despues de muchos años, fué el dia no muy lejano en que Juana, conociendo su inquietud por sus relaciones con el Conde de Lerne, se abrazó á ella exclamando:

—¡ Mírame bien !..... ¡ Yo no te abrazaría así si fuese culpable..... no podría atreverme á hacerlo !

Madame de Latour-Mesnil, á quien el billete de Juana llevó la primera noticia del desafío de Maurescamp con el Conde de Lerne, llegó á casa de su hija al mediodía. Al verse, las dos mujeres se abrazaron con más lágrimas que palabras. Despues de las primeras efusiones, Juana encontró cierto alivio á su dolor respondiendo á las preguntas de su madre y refiriéndole todas las circunstancias que ella co-

nocia del lance, el incidente del baile, la escena terrible que habia tenido con su marido al volver á su casa, y hasta la visita imprudente á Santiago de Lerne aquella noche.

Miéntas la jóven hablaba con volubilidad febril, ya dándose paseos, ya sentándose, no cesaba de dirigir inquietas miradas al reloj de la chimenea. El duelo debia verificarse á las tres, ella lo sabía. Á medida que la hora fatal se acercaba, sentíase más agitada, pero al mismo tiempo más silenciosa; dirigíase automáticamente de un lado á otro; su semblante se encendia y sus labios murmuraban á ratos exclamaciones casi infantiles:

—¡ Oh mamá !..... ¡ mi pobre mamá !..... ¡ Qué crueldad ! ¡ qué horror !..... ¡ Qué injusticia, qué injusticia, Dios mio !

Asustada de verla en ese estado de exaltacion, su madre se levantó, tratando de llevársela.

—Vén á tu cuarto, hija mia..... vamos á rezar.

—¡ Rezar, madre mia !—exclamó Juana casi con dureza.—¿ Y por quién quereis que rece? ¿ por mi marido ó por él? ¿ Quereis que sea hipócrita ó que sea sacrilega?

—¡ Ay! ¡ Reza por tu pobre madre, que tanto necesita que la perdones!—exclamó la Marquesa dejándose caer de rodillas y escondiendo la cara entre sus manos.

—¡ Madre mia, madre mia!—dijo Juana levantándola y estrechándola fuertemente contra su pecho.—¿ Qué tengo yo que perdonaros? ¿ No me equivoqué yo lo mismo que vos?

—¡ Ay! Á tí te estaba permitido equivocarte; pero no á mí..... yo era tu madre..... yo era tu consejero, tu guía; la vida debia haberme instruido. ¡ Ay! ¡ qué culpable he sido..... qué culpable he sido no escogiendo mejor el compañero de tu vida! ¡ Tú eras tan digna de ser dichosa, hija mia querida!..... ¡ Tú eras tan honrada, tan buena!..... ¡ y ahora, mira á qué extremo te he conducido!

—¡ Pero si yo sigo siendo honrada, ma-

dre mia!—dijo Juana con acento distraído.

Despues, levantando el índice de pronto, señaló la esfera del reloj. La Marquesa vió que eran las tres.

Una extraña sonrisa contraia los labios de Juana, que cogió con fuerza el brazo de su madre y se paseó lentamente con ella sin hablar una palabra. De rato en rato la jóven lanzaba un hondo suspiro.

Despues de algunos minutos, dijo al fin:

—Todo debe haber concluido ya, porque en tales ocasiones se acude con mucha exactitud, y es cuestion de muy poco tiempo, á lo que se dice..... Pero lo que es horrible es considerar que nada sabremos hasta dentro de dos ó tres horas..... Yo he hecho una cosa, madre mia, que tal vez no aprobaréis..... ¿ mas á quién podia yo dirigirme para tener noticia del resultado? Yo no podia esperarlas hasta mañana, porque Maurescamp seguramente no me escribirá..... Así es que yo he recomendado á Luis, el antiguo criado de M. de Lerne, que ha acompañado á su señor, que

me pusiera un despacho tan pronto como le fuera posible.

La Marquesa, anonadada por aquella angustiosa situación, sólo respondió con una señal de cabeza incierta.

En aquel momento oyóse sonar en el vestíbulo el timbre que correspondía á la habitación del portero. Aquel anuncio de una visita pareció extraño, porque la puerta del hotel había sido rigurosamente condenada desde por la mañana.

— ¡Ya! — exclamó Juana acercándose vivamente á una ventana que daba al patio; — ¡ya..... es imposible!

La jóven levantó la cortina y reconoció en el personaje que subía las gradas que había en la entrada principal, al profesor de esgrima, ó más bien director de sala de armas, llamado Lavarede, que acostumbraba ir tres veces por semana, para que el Baron se ejercitara con él en el manejo de las armas.

Celoso de su habilidad en la esgrima, Maurescamp, aunque frecuentaba asídua-

mente la sala de armas, gustaba también de ejercitarse en su casa, quizá para no entregar al público todos los secretos de su arte.

La aparición de aquel hombre, en los momentos en que Juana y su madre estaban preocupadas con tan tristes pensamientos, las llenó de sorpresa y de alarma. Interrogábanse á media voz llenas de inquietud, cuando un criado se presentó en la puerta del salón.

— Señora — dijo — es M. de Lavarede, el profesor de esgrima, que no sabía que el señor Baron estuviese de viaje; pregunta si el señor Baron estará ausente mucho tiempo, ó si debe volver pasado mañana, como de costumbre.

— Decidle que no lo sé — respondió Juana; — que se le pasará aviso.

El criado salió; — pero despues de un instante de reflexion, la jóven volvió á llamarle.

— Augusto — dijo con voz breve — quiero hablar con ese hombre..... Hacedle pasar al comedor..... yo bajo en seguida.

Y volviéndose á la Marquesa,
—Venid conmigo, madre mia; quiero hablar dos palabras con ese hombre.... Despues irémos al jardin.... El aire nos hará bien.... La tarde está hermosa.... ¡Venid!

La madre y la hija bajaron dándose el brazo y encontraron en el comedor á un hombre como de cuarenta años, que tenía el aspecto severo de un militar vestido de paisano.

— Señor—le dijo Juana con voz ligeramente trémula—he querido hablaros.... Mi esposo ha partido esta mañana para Bélgica.... ¿Ignorais quizá la causa de este viaje?

— Sí, señora, la ignoro.

—¿No os han dicho nada los criados?

— Nada, señora.

— Tal vez ellos mismos lo ignoran; todo ha sido tan rápido. ¡Pues bien! sin duda sospechais ya el motivo de ese viaje; sin duda lo adivináis en la espantosa turbación en que nos encontráis á mi madre y á

mí.... ¡En este mismo momento en que os hablo, mi marido se bate en desafío!

El profesor de esgrima hizo un ligero movimiento de sorpresa y se inclinó gravemente.

— Señor—añadió Juana, cuya palabra era al mismo tiempo brusca y trémula— señor, ya comprendéis nuestras angustias.... ¿no podeis decirnos algo que nos tranquilice?

— Perdonadme, señora—¿podré saber quién es el adversario?

— El Conde de Lerne.

— ¡Oh! en ese caso, creo, señora—dijo el profesor con una ligera sonrisa— creo que podeis estar enteramente tranquila.

Juana miró fijamente á su interlocutor.

—¿Tranquila?.... ¿Por qué?—dijo.

— El señor Conde de Lerne, señora, es uno de los que frecuentan nuestra sala—añadió el profesor;—conozco perfectamente sus fuerzas.... Hace algun tiempo era un buen tirador y hubiera podido luchar con el señor Baron.... Pero desde que fué he-

rido en un brazo en un duelo con M. Monthelin, ha perdido mucho..... ahora se fatiga muy pronto, y no es muy dudoso para mí que el señor Baron le vencerá fácilmente. Me parece, pues, que la señora puede estar completamente tranquila.....

—¿Es decir—preguntó Juana despues de un momento—que vos creís que matará al Conde?

—¡Oh! ¡matarle!..... yo espero que no..... pero ciertamente lo desarmará, ó lo dejará herido; lo más probable, al ménos si el motivo del lance no es muy grave, es que lo desarme.

— Pero, en fin—repitió la jóven balbuceando—¿vos creéis..... estais seguro..... de que nada tengo que temer..... por mi marido..... que no puede ser herido?

— Estoy seguro, señora.

— Está bien..... os agradezco vuestras noticias, y os saludo, señor.

La jóven le siguió con la vista hasta que hubo salido; despues, cogiendo la mano de su madre, dijo con voz ahogada:

—¡Ay, madre mia, yo siento que me estoy volviendo criminal!

Las puertas del comedor daban al jardin del hotel. La madre y la hija entraron en él, y se sentaron juntas en un banco rodeado de lilas que ya empezaban á florecer. Apénas sentadas, Juana exclamó con voz acongojada:

—¡Pero, madre mia, segun lo que dice ese hombre, si mi marido le matase..... sería un verdadero asesinato!

—¡Hija mia querida, por piedad!..... cálmate..... ¡me haces sufrir tanto..... tanto!..... Ademas que yo te aseguro que lo que ha dicho ese hombre ha sido más bien para tranquilizarnos..... porque, en fin, tu marido no es un monstruo, y entre hombres de honor hay cosas imposibles. Si el Conde de Lerne está realmente enfermo..... y su brazo se fatiga.....

— Sí—dijo Juana—yo lo he notado más de una vez.

—Pues bien—continuó diciendo la Marquesa—tú marido lo habrá notado

tambien..... y se contentará con desarmarlo.

—¡Ay, madre mia!..... ¡le odia tanto! ¡nos odia tanto á los dos!..... ¡Y luégo que él no es bueno!.....

La jóven, sin embargo, se acogió á ese pensamiento, á esa última esperanza que su madre le sugería. Sí, era en efecto bastante inverosímil: el Baron, despues de todo, era un hombre de honor á la manera que el mundo entiende esa palabra..... no querria abusar de la superioridad de sus fuerzas..... Además, durante el viaje, habria recordado todo lo que su mujer le dijo la vispera; habria reflexionado con más serenidad; habria llegado casi convencido de su inocencia, calmado en parte, ménos ávido de venganza.....

Juana sentia además una influencia benéfica en todo lo que le rodeaba: sentíase en el silencio de aquel jardin cercado de altos muros de claustro, y en el aire puro y en el cielo azul, en el perfume de la primavera naciente, en el ambiente apacible

de aquella hermosa tarde. Dificilmente pueden asociarse en nuestra imaginacion ideas de violencia y escenas sangrientas con la serenidad deliciosa é impasible de la Naturaleza; á los que respiran la paz del campo ó de los jardines, paréceles que la paz debe reinar por todas partes como reina á su alrededor.

El tiempo además iba trascurriendo sin traer ninguna nueva emocion y dejaba suavizar en parte las emociones anteriores. Juana y su madre, estrechándose las manos en silencio, experimentaban ambas, despues de las agitaciones agudas del dia, cierta languidez casi agradable.

Era un poco más de las cinco cuando Juana se levantó de pronto: habia oido sonar de nuevo el timbre de la portería.

—¡Esta vez sí! ¡Ahí está!—exclamó.

Dos minutos trascurrieron. Juana y su madre estaban de pié, fijos los ojos en la puerta del vestibulo. Un criado apareció en ella, con una bandeja en la mano.

—Es un despacho para la señora—dijo.

— Dádmela — dijo Juana adelantándose dos pasos para recibirlo.

La joven esperó á que el criado se hubiera retirado, y sin abrir el telégrama, dirigió una mirada á su madre.

— ¡Déjame abrirlo! — dijo la marquesa tratando de quitarla el despacho.

— No — dijo la joven sonriendo — yo tendré valor.

Rompió el sobre azul. Mas apenas hubo dirigido sus miradas al telégrama, cuando éste se le cayó de las manos; sus ojos tomaron una extraña fijeza, sus labios se agitaron convulsivamente, extendió los brazos en cruz, lanzó un grito prolongado que llenó todo el hotel, y cayó inerte sobre la arena á los piés de su madre.

Miéntas acudian los criados á aquel grito terrible, la Marquesa de Latour-Mesnil, trastornada, se precipitaba sobre su hija, y al mismo tiempo que le prodigaba sus cuidados, cogia febrilmente el despacho. He aquí lo que leyó:

«*Soignies, á las tres y media.*»

»El señor Conde, herido mortalmente, acaba de morir.

LUIS.»

XIII.

Seis meses despues, á mediados de Octubre de aquel mismo año 1877, volvemos á encontrar al Baron y á la Baronesa de Maurescamp viviendo juntos en la *Venerie*, magnífica propiedad situada entre Creil y Compiégne, que el Baron habia adquirido hacia algun tiempo. La *Venerie* era una gran posesion abundante en toda suerte de caza, y el Baron, muy aficionado á ese ejercicio, la habia comprado para no tener que andar por uno y otro lado arrendando sotos diferentes todos los años.

Monsieur Maurescamp habia invitado para la apertura de la caza á muchos ami-

— Dádmela — dijo Juana adelantándose dos pasos para recibirlo.

La joven esperó á que el criado se hubiera retirado, y sin abrir el telégrama, dirigió una mirada á su madre.

— ¡Déjame abrirlo! — dijo la marquesa tratando de quitarla el despacho.

— No — dijo la joven sonriendo — yo tendré valor.

Rompió el sobre azul. Mas apenas hubo dirigido sus miradas al telégrama, cuando éste se le cayó de las manos; sus ojos tomaron una extraña fijeza, sus labios se agitaron convulsivamente, extendió los brazos en cruz, lanzó un grito prolongado que llenó todo el hotel, y cayó inerte sobre la arena á los piés de su madre.

Miéntas acudían los criados á aquel grito terrible, la Marquesa de Latour-Mesnil, trastornada, se precipitaba sobre su hija, y al mismo tiempo que le prodigaba sus cuidados, cogía febrilmente el despacho. He aquí lo que leyó:

«*Soignies, á las tres y media.*»

»El señor Conde, herido mortalmente, acaba de morir.

LUIS.»

XIII.

Seis meses despues, á mediados de Octubre de aquel mismo año 1877, volvemos á encontrar al Baron y á la Baronesa de Maurescamp viviendo juntos en la *Venerie*, magnífica propiedad situada entre Creil y Compiégne, que el Baron habia adquirido hacia algun tiempo. La *Venerie* era una gran posesion abundante en toda suerte de caza, y el Baron, muy aficionado á ese ejercicio, la habia comprado para no tener que andar por uno y otro lado arrendando sotos diferentes todos los años.

Monsieur Maurescamp habia invitado para la apertura de la caza á muchos ami-

gos, entre los cuales estaban Monthelin, d'Hermany, de la Jardye y Saville, á quienes la Baronesa hacía los honores de la casa con exquisito buen gusto, con mucha gracia y aún con alegría. Juzgábase generalmente que aquella alegría era excesiva, y que despues de haber sido, hacía tan poco tiempo, con razon ó sin ella, la causa de la muerte de un hombre, hubiera debido sentir, ó afectar al ménos, cierta melancolía. Pero el corazon de las mujeres tiene misterios impenetrables.

Despues del desafio, que habia terminado de una manera tan fatal para el Conde de Lerne, no hubo razonamientos ni hubo ruegos que persuadieran á Juana á permanecer bajo el techo conyugal y esperar allí la vuelta de su esposo. Refugióse desde aquella misma noche en casa de su madre, llevando intrépidamente á su hijo. La anciana Marquesa tuvo la delicada mision de negociar con el Baron de Maurescamp las cláusulas y condiciones de un arreglo aceptable en aquellas circunstan-

cias. Su yerno no se mostró tan recalcitrante como ella temia. Por de pronto, casi se alegraba de no tener que afrontar inmediatamente la presencia de su esposa, comprendiendo quizá que por simples sospechas habia llevado las cosas demasiado léjos.

Nadie está satisfecho de haber matado á un hombre, y por poco sentimental que fuera, Maurescamp no dejaba de experimentar cierto vago remordimiento que se revelaba en las disposiciones conciliadoras que mostraba á Mme. de Latour-Mesnil. Quedó, pues, convenido que Juana conservaria á su hijo, y en compañía de su madre iria primero á Vichy y despues á Suiza, á Vevey, donde pasarian juntas el resto del verano. Durante ese tiempo, de una y otra parte se calmarian y suavizarian los sentimientos, tanto más, cuanto que, en opinion de la Marquesa de Latour-Mesnil, en aquel desgraciado acontecimiento no habia habido más que una serie de sospechas y malas interpretaciones.

Aquel duelo habia ocupado mucho la atencion de París durante ocho dias, y la catástrofe final produjo cierto movimiento en la opinion, favorable á la reputacion de la Baronesa de Maurescamp. Entre la crueldad del desenlace y las ligeras imprudencias que podian censurarse en la conducta de Juana y de Santiago, habia una gran desproporcion que sorprendió á todo el mundo y desarmó la calumnia. Juzgábase en general que el Baron se habia mostrado demasiado feroz y demasiado implacable con un hombre cuyo único crimen parecia haber sido en realidad acompañar en sus lecturas á su mujer. Estos propósitos y estos rumores que circulaban por el mundo, calmando la vanidad de Maurescamp y halagando su orgullo, contribuyeron tambien en parte á facilitar la union de los esposos.

La Baronesa se mostró al principio completamente rebelde á la idea de esa union. Pero despues que pasaron dos ó tres meses en una especie de estupor lleno de des-

esperacion, pareció despertar un dia, no se sabe en virtud de qué reflexiones, y declaró á su madre que seguiria sus consejos y volveria á la casa de su marido; sólo pedia que le concedieran aún algunos meses.

—Es necesario—dijo no sin un resto de amargura—dejarle tiempo suficiente para que se sequen sus manos.

Desde que tomó aquella resolucion, su carácter pareció modificarse profundamente; pareció recuperar el gusto por la vida, y el porvenir le presentaba sin duda algun interes bastante vivo para hacerla recobrar una parte de su actividad y de su animacion.

Á fines del mes de Setiembre, Juana llegó á París, y entró en la casa de su marido con la misma naturalidad con que lo hubiera podido hacer de vuelta de un viaje ordinario.

En verdad, M. de Maurescamp parecia ser el que estaba en situacion más embarazosa. Por otra parte, como nunca habian

tenido la costumbre de las grandes expansiones, nada parecia haber cambiado entre ellos. Con una ligera sonrisa, la jóven tocó la mano que él le tendió á su llegada; y la salud de su hijo Roberto, su robustez, su rápido desarrollo, les dieron un objeto de fácil conversacion que salvó la dificultad del primer momento.

Algunos dias despues fueron á instalarse en el castillo de la *Venerie*, donde la presencia de los invitados debia evitarles la violencia que les hubiera producido estar mucho tiempo solos.

Como era natural, Juana fué desde el principio, para los moradores del castillo y para los habitantes de las cercanías, objeto de una extremada curiosidad; era imposible no dedicar una atencion particular á observar la fisonomía y la conducta de una jóven cuyo nombre se habia mezclado en una aventura trágica que encerraba tanto misterio y que tan ruidosa habia sido.

Los curiosos quedaron burlados en sus

esperanzas; la actitud de Juana no podia ser más tranquila y más natural, y á ménos de suponerle una admirable fuerza de disimulacion, cosa á la verdad que no es muy temerario suponer en su sexo, todo hacía creer que ella habia vencido definitivamente los pesares y los disgustos personales que recientemente habia sufrido.

Pensábase aún, como hemos dicho ya, que ella habia olvidado demasiado pronto el dolor que debia haberle causado la muerte, por su causa, de un hombre que, por lo ménos, habia sido su amigo.

—¡Esto no es en verdad muy tranquilizador!—dijo un dia el bello Saville á madame d'Hermany. —Si el pobre Conde volviese al mundo por algunos minutos, seguramente no quedaria muy satisfecho.

—¿Por qué, amigo mio?

—Porque ¡á fe que es repugnante lo que sucede!—dijo el bello Saville, que no era un águila, pero que tenía buen corazon;—diríase que la suerte de ese pobre jóven ha sido un desembarazo para ella. ¡Nunca la

habia visto tan alegre, tan dispuesta á divertirse como ahora! ¡Y hágase uno matar por estas damas!

—Pero me parece que nadie piensa, amigo mio, en haceros matar..... Tranquilizaos..... Y en cuanto á mi amiga Juana, yo os aseguro que no se la debe juzgar así, tan de ligero..... Yo no sé lo que pasa en su linda cabeza..... pero hay en su pupila algo que no sería muy de mi agrado, si yo fuese su marido.

—Pues yo no descubro nada en sus pupilas—dijo Saville.

—Es muy natural—dijo Mme. d'Hermany.

Aquel buen humor de su mujer, que chocaba á todo el mundo, á su alrededor, estaba muy léjos de disgustar al Baron, ántes al contrario, felicitábase grandemente del cambio.

—Es una mujer vencida—se decia.— Ahí está mi sistema..... vencer á las mujeres!..... Desde que la mia recibió una leccion, á la verdad, un poco dura, ha vuelto

al buen sentido práctico..... y ahora es cien veces más feliz y más amable..... ¡El resultado ha sido magnífico, magnífico!

Habiase operado efectivamente en los gustos y en las costumbres de Juana un cambio radical muy digno de interes; en lugar de complacerse casi únicamente como ántes, en los goces que tienen su origen en la inteligencia y en el alma, habia tomado de pronto un gusto casi exclusivo por los placeres materiales. Ella no abria ya un libro, su piano estaba casi siempre cerrado, y su querido libro de memorias no recibia ya sus confidencias ni los extractos de sus poetas predilectos; habia perdido aquella inclinacion natural á la ternura y al entusiasmo que siempre la habia distinguido, y habia contraido, en cambio, esa vulgar y detestable costumbre parisiense de la murmuracion perpétua. La equitacion, la caza, el billar, el baile, eran ya sus distracciones favoritas. Gustábale seguir á caballo las cacerías de carrera en la selva de Compiègne, á pié las cacerías

de tiro en los bosques de la *Venerie*, y por las noches mostrábase bailadora infatigable.

Los hombres no la habían encontrado nunca tan encantadora, y debemos añadir también que no la habían creído nunca tan coqueta; porque había llegado á serlo, y mucho, sin duda á causa de que empezaba en aquel arte de la amabilidad, tan nuevo para ella, con la exageración de una principiante que no tiene aún el justo sentimiento de la medida. Su viveza de maneras y de lenguaje pasaban alguna vez del límite que separa la buena sociedad de la sociedad poco escogida. Pero aquello no disgustaba al Barón que, lejos de censurarlo, lo celebraba con sus amigos.

— ¡Está desasnada! — decía. — Ahora empieza para ella una existencia nueva.... Quizá está un poco recargado el tono.... Le pasa lo que á las recién casadas que dicen tonterías al día siguiente de la boda.... ¡pero eso pasará!

Después de algun tiempo, sin embargo,

parecióle que su mujer buscaba con demasiada predilección la sociedad de los hombres. Que ella prefiriese su compañía en los paseos, en la caza, en la sala de billar, enhorabuena; pero lo que no era muy de su agrado era que los buscase hasta en la sala de armas, donde se reunían por las mañanas para los asaltos. La sala de armas era una vasta pieza de aspecto monumental, abrigada, con mucha luz, y cuyo piso era de mosaico; muy apropiada para aquel ejercicio. Al rededor de las paredes, altas banquetas servían de asiento á los espectadores.

La primera vez que Maurescamp y sus amigos vieron de repente, á través del humo de sus cigarros, á Juana sentada en una de las banquetas, experimentaron, no sólo una impresión de sorpresa, sino de malestar. La joven había entrado sin hacer ruido y nadie había notado su presencia; tomó asiento y miraba silenciosamente á los tiradores. Á todos los presentes les pareció muy extraño que una mujer

que creían muy delicada y sensible viniese á complacerse en el espectáculo de los ejercicios de esgrima, que no podían dejar de despertar en ella un recuerdo siniestro. Sin embargo, fué necesario acostumbrarse á su presencia, porque desde aquel día no dejó de asistir á la sala de armas una sola mañana, á la hora en que el Baron y sus amigos se reunían en ella. La extraña joven parecía seguir con apasionado interés todos los movimientos; inclinábase ligeramente hácia adelante, y con la frente sombría y la mirada fija, quedaba como absorta en la contemplación de las estocadas y de los quites que se cruzaban entre los adversarios. Cuando su marido entraba personalmente en escena, era, sobre todo, cuando su curiosidad y su entusiasmo parecían llegar al más alto grado de intensidad; y entónces estaba tan atenta que ni respiraba siquiera. Aquella atención extremada llegaba á ser molesta para el Baron.

Á fuerza de aplicación, Juana llegó á ser bastante inteligente en aquellos ejerci-

cios de esgrima; juzgaba las estocadas y sabía estimar bastante bien la habilidad relativa de los tiradores. Así pudo llegar á conocer por sí misma que su marido era efectivamente, como lo había oído asegurar, un tirador cuya destreza, cuyo vigor y cuya fuerza eran poco comunes, y que, entre los huéspedes del momento, no había más que uno solo que pudiera medirse con él sin gran desventaja. Era M. de Monthelin, el cual en algunos asaltos llegó aún á conseguir una ventaja marcada sobre el Baron, lo que le valió algunas palabras halagüeñas de parte de Juana.

XIV.

No creemos que sea necesario decir que monsieur de Monthelin, viéndose libre de la rivalidad del Conde de Lerne, había vuelto á tomar al lado de Juana su antiguo papel de enamorado. Por aquel

que creían muy delicada y sensible viniese á complacerse en el espectáculo de los ejercicios de esgrima, que no podían dejar de despertar en ella un recuerdo siniestro. Sin embargo, fué necesario acostumbrarse á su presencia, porque desde aquel día no dejó de asistir á la sala de armas una sola mañana, á la hora en que el Baron y sus amigos se reunían en ella. La extraña joven parecía seguir con apasionado interés todos los movimientos; inclinábase ligeramente hácia adelante, y con la frente sombría y la mirada fija, quedaba como absorta en la contemplación de las estocadas y de los quites que se cruzaban entre los adversarios. Cuando su marido entraba personalmente en escena, era, sobre todo, cuando su curiosidad y su entusiasmo parecían llegar al más alto grado de intensidad; y entónces estaba tan atenta que ni respiraba siquiera. Aquella atención extremada llegaba á ser molesta para el Baron.

Á fuerza de aplicación, Juana llegó á ser bastante inteligente en aquellos ejerci-

cios de esgrima; juzgaba las estocadas y sabía estimar bastante bien la habilidad relativa de los tiradores. Así pudo llegar á conocer por sí misma que su marido era efectivamente, como lo había oído asegurar, un tirador cuya destreza, cuyo vigor y cuya fuerza eran poco comunes, y que, entre los huéspedes del momento, no había más que uno solo que pudiera medirse con él sin gran desventaja. Era M. de Monthelin, el cual en algunos asaltos llegó aún á conseguir una ventaja marcada sobre el Baron, lo que le valió algunas palabras halagüeñas de parte de Juana.

XIV.

No creemos que sea necesario decir que monsieur de Monthelin, viéndose libre de la rivalidad del Conde de Lerne, había vuelto á tomar al lado de Juana su antiguo papel de enamorado. Por aquel

tiempo creia él sentirse sériamente animado, y empezaba á abrigar esperanzas que no dejaban de parecer bastante fundadas, cuando un acontecimiento inesperado vino de nuevo á desconcertarle en sus operaciones.

Ademas de los huéspedes habituales del castillo y de los vecinos, el Baron de Maurescamp solia invitar á sus cacerías de la *Venerie* á algunos oficiales de la guarnicion de Compiègne, á quienes habia conocido en París, ó encontrado en alguna cacería; entre estos oficiales, que eran en su mayor parte hombres de sociedad y de maneras distinguidas, habia uno que formaba verdadera excepcion y que causaba cierta extrañeza ver bien acogido en la *Venerie*.

Era un jóven capitán de cazadores llamado Sontis, bien nacido, pero mal educado; libertino, insolente y de groseros modales. Su físico no compensaba en manera alguna lo que le faltaba por el lado de la distincion social y moral. Era peque-

ño, feo, lívido, muy delgado; el color de sus cabellos, muy escasos, era rubio pálido, y sus ojos grises tenian una expresion dura y cínicamente burlona.

En cambio, era un *sportsman* completo; en materia de equitacion, de carreras, de caza, y en general, en todo lo que tiene relacion con el *sport*, era no sólo muy inteligente y de gran competencia, sino tambien de una habilidad superior en la ejecucion. Por estas cualidades especiales habia cautivado al Baron de Maurescamp, que desde hacia algun tiempo habia formado el proyecto de tener crianza de caballos y de amaestrarlos para las carreras. Sobre estas materias importantes el Baron conferenciaba á menudo con el capitán Sontis, y sacaba gran provecho de sus preciosas indicaciones.

Desde el primer momento, Juana sintió gran antipatía por aquel hombre de figura desagradable y modales poco finos, y no se esforzaba á la verdad mucho por disimularlo.

La jóven vió con disgusto, en los primeros dias de Noviembre, que, invitado por Maurescamp, aquel oficial se instalaba en la *Venerie* para pasar tres semanas.

Hasta entónces sólo alguna que otra vez habia ido á almorzar ó á comer, con ocasion de alguna partida de caza. Desde la primera mañana que pasó en el castillo, monsieur de Sontis fué invitado cortésmente por el Baron y dos ó tres de sus huéspedes para pasar con ellos un rato en la sala de armas. Monsieur de Sontis contestó que tendria mucho gusto en desentumecerse la muñeca, porque hacia ya mucho tiempo que no tiraba.

Despues de tirar algunas estocadas contra el muro durante algunos minutos, aceptó un pequeño asalto, como de ensayo, con el dueño de la casa. Pusieronse uno delante de otro, y el Baron quedó sorprendido al encontrar en aquel hombre de mezquina apariencia un adversario temible. Aquel oficial pequeño y de aspecto débil tenía el golpe de vista admirable, al

mismo tiempo que la agilidad y los saltos del tigre. Un poco desconcertado al principio por el vigor del Baron, no tardó en reponerse completamente, y desde el segundo ataque se conoció su completa superioridad. Monsieur de Maurescamp, picado, le dijo riéndose que esperaba el desquite para el dia siguiente.

—No hay inconveniente— dijo el capitán— estoy siempre á vuestras órdenes; pero os advierto que os conozco ya, y que sólo conseguiréis tocarme cuando yo lo quiera.

—Ya lo veremos— dijo con cierta sequedad el Baron.

Juana, como de costumbre, habia presenciado aquella mañana el asalto. Al salir notábase en ella una seriedad y un aire pensativo que no le era habitual desde que habia entrado en aquel último período de su existencia; durante todo el dia la jóven permaneció pensativa.

Juana no dejó de asistir puntualmente al asalto del siguiente dia.

El Baron y el capitán empeñaron el asalto, al cual daba excepcional interés la escena de la víspera. La curiosidad de todos los espectadores estaba manifiestamente sobrecitada; pero la de la Baronesa había llegado al último extremo, y sus facciones contraídas demostraban, mientras iba siguiendo las peripecias del combate, un interés, ó mejor dicho, una ansiedad que no guardaba en manera alguna proporción con las circunstancias.

Aquel asalto fué un verdadero desastre para el Baron de Maurescamp. El joven capitán de cazadores, aunque muy inferior á su contrincante en fuerza muscular, no dejaba por eso, bajo su débil apariencia, de tener un temple de acero. Desde hacía mucho tiempo era ya considerado como un maestro en la esgrima, y había conocido pronto el lado débil y las faltas del Baron, muy temible para otro adversario que él. Desde el principio conoció M. de Sontis que el Baron incurria, con las armas en la mano, en el defecto general de los

hombres muy vigorosos y muy sanguíneos, que consiste en la tendencia á contar demasiado con su vigor, y á abusar, aún sin darse cuenta, de los efectos de fuerza.

Dotado de una ligereza y de una firmeza de muñeca incomparable, y tan seguro de su ojo como de su mano, el capitán no dejaba entrada posible á su adversario; turbábale y desconcertábale con ataques rápidos y fingidos, aprovechando las desviaciones á que se entregan siempre en las paradas las espadas violentas, para dirigir estocadas rápidas como el relámpago. El Baron de Maurescamp tenía delante de sí una espada invisible é intangible, y podría casi decirse que no la sentía sino cuando le tocaba en el pecho. En resumen, recibió en aquella mañana cinco ó seis botanazos, y no logró dar uno solo.

El amor propio excesivo del Baron de Maurescamp no le permitió, sin embargo, confesar su inferioridad decisiva. Convino únicamente que aquel día no estaba de

vena. En los días siguientes quiso renovar la prueba; pero el resultado fué el mismo, y si consiguió dos ó tres veces, en otros tantos asaltos sucesivos, hacer sentir el boton de su florete á M. de Sontis, pareció evidente á todo el mundo que el capitán se habia dejado tocar por política. Enojado y despechado el Barón se abstuvo desde entónces, bajo diferentes pretextos, de asistir por las mañanas á la sala de esgrima.

A las mujeres les gustan los valientes y los vencedores. Sin duda por esta afición, tan notable en su sexo, fué por lo que la Baronesa de Maurescamp pareció de pronto que perdonaba al oficial de cazadores su mala figura y su mala reputación, y empezó de una manera visible á honrar con particular benevolencia al mismo hombre hácia quien habia demostrado hasta entónces una desdeñosa indiferencia que no estaba muy léjos de la aversión. Por poco preparado que estuviese á conquistas de tanta alma, el capitán no pudo equivocarse

se sobre el carácter que tenían las atenciones de que era objeto. Al principio, sin embargo, no correspondió sino con mucha reserva, ya porque, habituado á bajos amores de guarnición, se encontrara intimidado ante una jóven elegante y de tan exquisita sociedad como Juana de Maurescamp, ya porque olfatease — porque no le faltaba astucia — algun lazo desconocido bajo aquellas provocaciones de que tal vez tenía el buen gusto de creerse indigno.

Por extraña que la aventura fuese, parecia indudable que aquella mujer encantadora, delicada y casta se habia enamorado de aquel hombre indigno y vulgar. Durante la última semana que el jóven oficial debia pasar en la *Venerie*, los síntomas de aquella loca pasión de Juana se revelaron más y más claramente á los ojos curiosos y celosos que la observaban.

Extrañábase tambien mucho que aquella conducta que á los ojos de todos se mostraba tan clara, escapase á aquel que tenía más interes en notarla, al Barón de

Maurescamp, que habia dado ya pruebas de su susceptibilidad conyugal.

Extrañaba aquello tanto más, cuanto que la Baronesa no se esforzaba mucho por disimular; más bien podia decirse que era imprudente. Muchas veces daba á su marido el espectáculo de sus conversaciones misteriosas con el capitán; escogia torpemente el instante en que su marido pasaba por el patio para echar por la ventana una flor, que se quitaba del pecho, al oficial de cazadores; en los paseos á caballo, quedábase con él rezagada, se perdían juntos en los bosques y no volvía sino á la caída de la noche, cuando el Barón empezaba á impacientarse, ya que no á inquietarse. Por último, bailaba toda la noche con el capitán hablándole al oído y dirigiéndole sonrisas y miradas propias para enardecerle la sangre.

Por muy reservado y lleno de desconfianza que M. de Sontis pareciese en un principio, era imposible que resistiera mucho tiempo á tales insinuaciones. Quizá

recibió prendas suficientes para disipar sus sospechas. Sea lo que quiera, el joven no tardó en compartir la pasión violenta que habia sabido inspirar. En aquel amor tan nuevo para él, llegó aún á poner de su parte una especie de exaltación sombría y feroz que parecia divertir mucho á la Baronesa de Maurescamp.

El marido continuaba sin apercibirse de nada; pero, sea por una razón ó por otra, estaba preocupado. Véíasele ménos expansivo, ménos sentencioso, ménos preponderante que de costumbre: casi parecia volverse melancólico. Su semblante de encendido color, se matizaba á ratos con manchas pálidas ó verdes. Un observador inteligente hubiera quedado sorprendido de las miradas audazmente irónicas que su mujer fijaba en él algunas veces, y á las cuales parecia sustraerse con penosa impresión.

El 28 de Noviembre era el último día que el capitán debia pasar en el castillo. No hubo cacería aquella mañana. El Barón,

despues del almuerzo, habia ido á inspeccionar las reparaciones que se hacian en uno de los pabellones. Para regresar, tenía siempre la costumbre de separarse de las grandes avenidas del parque, tomando una calle secundaria que se llamaba de Diana, y que acortaba el camino. Esa calle atravesaba por un espeso bosquecillo, resto del antiguo parque, que debia trasformarse en verjel, pero que por esa misma razon permanecia en completo estado de abandono y formaba una especie de pequeño bosque sagrado que estaba siempre solitario. La calle de que hablamos debia su nombre á una vieja estatua de la diosa, de la cual no quedaba en pié más que el zócalo; la cabeza habia rodado por la hierba. Aquel lugar retirado y misterioso era muy propio para paseos y confidencias de enamorados. Pero de todas maneras, era una gran imprevision de parte de Juana escogerle aquella mañana para teatro de su tierna despedida del oficial de cazadores. No ignoraba ella la excursion matinal de

su marido al pabellon del guarda; sabia el camino que debia tomar á la vuelta. ¿Cómo podia la ceguedad de su pasion llevarle hasta el extremo de olvidar que aquella misma hora en que habia dado cita á monsieur de Sontis para aquel lugar, debia pasar tambien por allí su marido?

Sea lo que quiera, los dos jóvenes estaban en el bosquecillo, muy ocupados uno de otro. Habíanse sentado juntos en un banco rústico, junto á un macizo de follaje y frente á la estatua de la diosa. En vispera ya de su partida, mostrábase el oficial más insinuante, y Juana más débil: hablábanse en voz baja, teníanse cogidas las manos y sus semblantes casi se tocaban, cuando el capitán sorprendió en la mirada de la Baronesa una chispa súbita, una llama que evidentemente no iba dirigida á él; volvióse con viveza, siguiendo la direccion de las miradas de la joven, y vió algo confusamente á traves de los árboles, hácia el extremo de la calle, á un hombre que parecia titubear ántes de avanzar; despues

aquel hombre volvió la espalda bruscamente, tomó otro camino y desapareció en la espesura. El capitán creyó haber reconocido al Barón de Maurescamp.

—¿No es vuestro marido?— preguntó á Juana.

—Sí.

—¿Y no creéis que nos haya visto?— añadió el oficial.

—No lo sé— respondió Juana;— pero si nos ha visto, es un cobarde.

Hubiéralos visto ó no, el Barón volvió tranquilamente al castillo por las avenidas más largas, pero más cómodas, del parque moderno. Salió de nuevo un momento después, y pasó el resto del día inspeccionando las plantaciones y los córtes de leña.

Hasta el primer toque que anunciaba la comida no volvió á entrar.

Sin duda por efecto de la sospecha de haber sido visto aquella mañana, el capitán, al bajar al comedor, creyó notar cierta contrariedad en la manera de recibirle el Barón, y áun alguna alteración en sus fac-

ciones. Empezó la comida. Había como veinte convidados en la mesa. Se extrañó no poco ver que la Baronesa de Maurescamp colocaba á su derecha al capitán de cazadores, que era entre todos los comensales uno de los más jóvenes y de los menos caracterizados; pero debía partir el día siguiente, y esta circunstancia explicaba hasta cierto punto el honor excesivo que recibía. Sea porque este detalle de etiqueta hubiera desconcertado á algunos de los invitados, sea porque en el aire que allí se respiraba se notase ese vago malestar precursor de las tempestades, el principio de la comida fué silencioso y glacial. Pero la abundancia y excelencia de los vinos con que se acompañaba á los platos exquisitos no tardaron en disipar aquellas sombras, depejando las frentes y despertando los espíritus. La conversación se hizo animada, y acabó aún por alcanzar un tono más alto que de costumbre, como sucede con frecuencia cuando ha sido necesario hacer un esfuerzo para vencer un primer momento

de frialdad y de embarazo. En resumen, la comida, que habia empezado con cierta tristeza, terminaba en un brillante banquete de cazadores y gente alegre, cuyo buen humor excitaba la presencia de algunas jóvenes y lindas mujeres. El mismo Baron de Maurescamp, que era de ordinario buen bebedor, y que aquella noche habia vaciado el vaso más de lo razonable, parecia libre de las preocupaciones que desde hacia algun tiempo pesaban sobre sí mismo. Quizá festejaba en lo íntimo de su pecho la próxima partida de su huésped incómodo. De todos modos, es lo cierto que habia recobrado su tono natural de suficiencia y de autoridad, y se dignaba comunicar á sus huéspedes, con su voz llena y triunfal, algunos de sus principios y de sus sistemas favoritos.

La Baronesa de Maurescamp, por su parte, prodigaba sus favores al capitán, quien, á pesar de su aplomo, se sentia visiblemente contrariado. Al mismo tiempo, y como para imitar á su marido, menudea-

ba las copas llenas de *sauterne* y de *champagne*, lo que provocaba en ella accesos de loca alegría. Entre esas crisis de brillante hilaridad, caia de vez en cuando en vagas meditaciones, como una bacante fatigada.

A los postres, declaró que se tomaria el café en el comedor; se estaba de vena, y en todos reinaba la alegría; si cada uno iba por su lado, los unos al salon, los otros á la sala de fumar, se romperia todo el encanto..... Permanecerian, pues, todos juntos en el comedor, y se permitiria fumar á los hombres. Esta declaracion fué acogida con aplausos por los convidados.

Sirvieron el café, circularon los puros. Juana anunció que ella tambien iba á fumar, y cogió un puro de la bandeja.

—Os va á hacer daño—exclamó Maurescamp.—¡Vaya! fumad, si quereis, un cigarrillo.

—No, no; quiero fumar un puro—exclamó la jóven, cuyos ojos parecian turbados.

El Baron se encogió de hombros, y no dijo una palabra más.

Juana encendió una cerilla, se puso el cigarro en la boca, y empezó á fumar resueltamente, aclamada por la concurrencia.

Despues de dos ó tres minutos,

—Es verdad—dijo—teniais razon..... esto me hace daño.

Despues, volviéndose á su vecino de la derecha :

—Capitan—le dijo, quitándose de los labios el cigarro húmedo, y ofreciéndoselo—tomad..... acabad mi cigarro.

Ante este movimiento, ante aquellas sencillas palabras, pareció que las veinte personas que habia en aquella sala, tan alegres y tan animadas un momento hacía, se habian vuelto de mármol; reinó de pronto tan completo silencio, que pudo escucharse como si aquel comedor hubiese estado vacío, el viento que silbaba en el exterior.

Todas las miradas, que se habian fijado primero en Juana, se dirigieron despues á

su marido, que naturalmente estaba sentado frente á ella; estaba sumamente pálido, miraba á M. de Sontis, y esperaba lo que éste habia de hacer.

El oficial dudó un momento, interrogando con los ojos á Juana.

—¡Vamos!—le dijo la jóven—¿De qué teneis miedo?

El capitan no dudó ya; tomó el cigarro que ella le ofrecia, y se lo puso en la boca.

En el mismo instante el Baron se quitó de la boca su propio cigarro, y lanzándolo con violencia al rostro de M. de Sontis,

—Acabad tambien el mio, capitan—le gritó.

El cigarro, á medio fumar, fué á dar en la cara del capitan, y se deshizo haciendo saltar chispas.

Todos los presentes se habian levantado. En medio del estupor y de la confusion general, Juana, á quien súbitamente se le habia pasado la embriaguez, se mantenía de pié, fria, impassible, apoyando una

mano en el respaldo de su silla. Su bella fisonomía, que hemos conocido ántes tan pura y tan noble, parecia cubierta con la máscara de Tisiphone: expresaba aquella mezcla de honor y de salvaje alegría que debió leer en la frente encantadora de María Stuard cuando oyó la explosion que la vengaba del asesino de Rizzio.

XV.

De resultas de aquella escena, cuyas consecuencias amenazaban ser trágicas, la mayor parte de los invitados se eclipsaron discretamente; los vecinos hicieron enganchar en seguida, los demas tomaron el tren de la noche para volverse á Paris. Sólo quedaron en el castillo los amigos más íntimos.

El capitan, como era natural, se retiró el primero, yendo á instalarse para pasar la noche, al pueblo más próximo á la *Ve-*

nerie. Un desafio era inevitable. Dos oficiales del mismo regimiento, que habian asistido á la comida, se pusieron de acuerdo con M. d'Hermany y M. de la Jordye, á quienes el Baron habia vuelto á nombrar por padrinos.

No cansarémos por segunda vez al lector con los detalles de las negociaciones que tuvieron lugar entre los testigos de una y otra parte. Nadie intentó siquiera hablar de arreglo. En cuanto á la eleccion de armas, es claro que el Baron, despues de lo ocurrido en sus diferentes asaltos con el capitan, hubiera querido batirse á la pistola; pero si el acto de poca delicadeza que el oficial de cazadores, invitado por la Baronesa de Maurescamp, se habia permitido, daba al esposo en un principio el papel de ofendido, habia perdido ese carácter, dejándose arrebatarse hasta el punto de responder á esa ofensa con un ultraje mortal. Por otra parte, el orgullo del Baron, inspirándole la conducta conveniente en tal ocasion, le hizo aceptar la espada sin

mano en el respaldo de su silla. Su bella fisonomía, que hemos conocido ántes tan pura y tan noble, parecia cubierta con la máscara de Tisiphone: expresaba aquella mezcla de honor y de salvaje alegría que debió leer en la frente encantadora de María Stuard cuando oyó la explosion que la vengaba del asesino de Rizzio.

XV.

De resultas de aquella escena, cuyas consecuencias amenazaban ser trágicas, la mayor parte de los invitados se eclipsaron discretamente; los vecinos hicieron enganchar en seguida, los demas tomaron el tren de la noche para volverse á Paris. Sólo quedaron en el castillo los amigos más íntimos.

El capitan, como era natural, se retiró el primero, yendo á instalarse para pasar la noche, al pueblo más próximo á la *Ve-*

nerie. Un desafio era inevitable. Dos oficiales del mismo regimiento, que habian asistido á la comida, se pusieron de acuerdo con M. d'Hermany y M. de la Jordye, á quienes el Baron habia vuelto á nombrar por padrinos.

No cansarémos por segunda vez al lector con los detalles de las negociaciones que tuvieron lugar entre los testigos de una y otra parte. Nadie intentó siquiera hablar de arreglo. En cuanto á la eleccion de armas, es claro que el Baron, despues de lo ocurrido en sus diferentes asaltos con el capitan, hubiera querido batirse á la pistola; pero si el acto de poca delicadeza que el oficial de cazadores, invitado por la Baronesa de Maurescamp, se habia permitido, daba al esposo en un principio el papel de ofendido, habia perdido ese carácter, dejándose arrebatado hasta el punto de responder á esa ofensa con un ultraje mortal. Por otra parte, el orgullo del Baron, inspirándole la conducta conveniente en tal ocasion, le hizo aceptar la espada sin

discutir, cualesquiera que fuesen sus reflexiones interiores.

Convínose que el duelo tendria lugar al día siguiente á las diez de la mañana, en un claro del bosque de Marnes, que estaba contiguo á la posesion de la *Venerie*, porque no pareció bien que el desafío se efectuase en la misma propiedad del Baron de Maurescamp.

Aquella noche no hubo mucho sueño en el castillo. Los huéspedes tenían animadas reuniones en sus habitaciones particulares. Llevábanse las noticias de un departamento á otro; los hombres discutian sutilezas de honor; las mujeres, excitadas y nerviosas, hablaban á media voz, enjugando algunas lágrimas, pero en el fondo divirtiéndose mucho. Es inútil añadir que todo el personal del castillo, desde las cocinas hasta las cuadras, estaba agitado por las mismas emociones, es decir, entregado á esa inquietud placentera, y á esa fiesta agradable que nos hacen experimentar en general los peligros ajenos.

En cuanto á los dueños de la casa, debemos presumir que tampoco durmieron mucho. El Baron, comprendiendo la gravedad del caso, puso en órden sus negocios. Juana no quiso ver á nadie; sólo se supo, por referencias de su doncella, que habia pasado toda la noche dándose paseos de uno á otro lado, y hablando en alta voz *como una actriz*.

La pálida claridad de un día de fines de Noviembre se extendia por los bosques desde hacía una hora próximamente, cuando el Baron de Maurescamp, cuyo departamento estaba en el piso bajo, salió á fumar un cigarro paseándose por el patio. Cuando en uno de esos paseos llegó á la reja de entrada, encontróse frente por frente con un muchacho campesino, como de trece á catorce años, que se detuvo bruscamente al verlo: el Baron creyó reconocer en él á un mozo de cuadra de la posada del pueblo inmediato. La actitud del muchacho era tan confusa, y mostraba tanto embarazo, que llamó la atención de

Maurescamp, á pesar de sus preocupaciones del momento.

—¿Qué hay? ¿A dónde vas?—le dijo.

—Al castillo, señor—balbuceó el jóven, todo sofocado.

Mientras tanto, el muchacho tenía torpemente escondida una de sus manos debajo de la chaqueta.

—¿Y qué vás á hacer al castillo?—le preguntó el Baron.

—Voy á hablar con la señorita Julia.

Julia era la doncella de la Baronesa.

—¿Y quién te manda aquí?

—Un señor—murmuró el chico, cada vez más intimidado.

—Un señor que está alojado en la posada, ¿no es verdad?

—Sí.

—¿Un oficial, eh?

—Sí.

—¿Y qué ocultas ahí debajo de la chaqueta?..... ¿una carta?..... Dámela, dámela..... ¡Vamos, trae!

El chico, á punto casi de romper á llo-

rar, se dejó quitar, mitad de grado, mitad por fuerza, una carta cerrada que tenía en su mano crispada.

La carta no tenía sobrescrito.

—¿Para quién es esta carta?

—Es para la señora—respondió el niño.

—¿De manera que te la han dado para que tú la entregues á Julia, y ésta á la señora?

El muchacho respondió con la cabeza que sí.

—Pues bueno—yo voy á hacer tu encargo..... Vénte conmigo para esperar la respuesta, si la hay.

El Baron, seguido de aquel muchacho, volvió atrás, atravesó el patio muy deprisa, y dejando al chico en el vestíbulo, entró en sus habitaciones. Una vez allí, rompió el sobre de la carta que venía destinada á su mujer, y leyó estas palabras, que, aunque no estaban firmadas, daban á entender bien claramente de dónde venían:

«Podeis estar tranquila. Por el amor que os tengo, le perdonaré.»

El primer movimiento del Baron—siempre inclinado á la violencia—fué romper aquel insolente billete, y echarlo al fuego; pero una reflexion le detuvo. Cogió otro sobre de su mesa, puso dentro el billete, y lo cerró. Habíale nacido de pronto una extraña curiosidad: queria saber cuál sería la respuesta de su mujer, si acaso contestaba al billete.

Volvióse, pues, al vestíbulo, donde el muchacho habia quedado esperándole.

—Mira—le dijo devolviéndole la carta—no he podido encontrar á la señorita Julia por aquí..... Debe estar arriba..... Vé á llamar á aquella puerta de enfrente, y pregunta por ella..... Toma, aquí tienes cinco francos por tu trabajo.

El chico le dió gracias por el regalo, y se dirigió á la puerta que le habia indicado.

Por su parte, el Baron se adelantó hácia la reja otra vez, la abrió y salió del patio, tomando el camino del pueblo, sobre el cual estuvo un rato paseándose lentamente.

¡Cosa singular! Una hora despues iba á jugar su vida con todas las probabilidades en contra, y sin embargo, esa idea, por terrible que fuese, se habia borrado en aquel momento de su espíritu, ante esta única preocupacion:—¿Qué contestará mi mujer?

En realidad, aquel hombre de gran energía física, no habia sabido resistir á las preocupaciones que secretamente le habian torturado desde hacía algunas semanas. Habia decaído moralmente bajo la impresion prolongada de aquel odio sombrío, de aquella venganza premeditada, calculada, implacable, de la cual se sentia víctima. Habitudo á tratar á las mujeres como á niños, llenábale de sorpresa y aún asustábale haber encontrado de repente, en uno de esos seres desdenados y débiles, una profundidad de miras y una fuerza de voluntad contra las cuales todas sus condiciones personales—vigor físico, fortuna, posicion social, autoridad conyugal—no tenian poder alguno y eran absolutamente nulas.

Quizá en aquel momento de suprema angustia lo hubiera sacrificado todo por una palabra de bondad, de interes, de compasion siquiera de aquella mujer ántes tan desdenada..... Quizá esperaba todavía leer esa palabra en la respuesta á aquel billete.....

Diez minutos despues, el mandadero volvió á presentarse que salia del castillo. Tranquilo por el desenlace de su primera entrevista con el Baron, no se tomó siquiera la molestia de esconderle aquella segunda vez el mensaje de que era portador. El muchacho pasaba haciéndole un saludo y sonriendo cuando el Baron le detuvo.

—¡Ola!—le dijo;—¿llevas la respuesta?—A ver, enséñamela..... Ya sé yo lo que es..... ¡Quién sabe si yo tengo que hacerte algun encargo tambien! Y al mismo tiempo le ponía otra moneda de plata en la mano.

El Baron cogió la carta. El sobre, acabado de pegar, estaba húmedo todavía y no fué necesario romperlo para abrirlo. Dentro del sobre estaba el mismo billete del

capitan, en el cual Juana habia escrito su respuesta.

Debajo de la línea escrita por la mano del capitan: « Estad tranquila. Por el amor que os tengo, le perdonaré », Juana de Maurescamp habia escrito simplemente:

« ¡ No os tomeis ese trabajo, os lo ruego ! »

El baron, despues de haber leído aquellas palabras puso el billete dentro del sobre y lo devolvió al niño, que se alejó.

XVI.

Hora y media despues el duelo tenía lugar en el bosque de Marnes, y el Baron de Maurescamp recibia una estocada en medio del pecho.

Creyóse mucho tiempo que no podria sobrevivir, porque la herida habia alcanzado los pulmones; pero la robustez de su temperamento le salvó. Su salud, sin embargo, quedó muy resentida, y moralmen-

te quedó para siempre inquieto y abatido.

Su opinion, como la de la parte más indulgente del público, parecía ser que su esposa, en el asunto del capitan Sontis, no habia tenido más culpa que beber un poco más de *sauterne* de lo regular, y la de fumar un cigarro que habia acabado de quitarle el conocimiento de sus actos. Así ha podido seguir viviendo con ella sin romper las conveniencias, y áun lo demuestra cierta deferencia resignada y sumisa que extraña mucho en un hombre tan imperioso ántes y tan amigo de dominar.

Verdad es que ha conseguido modificar completamente el carácter de su mujer, y que debe estar satisfecho de su obra. Juana ya no es romántica, ni lee á Tennyson. Desde que le mataron el cómplice de sus idealidades, murió tambien para ella todo lo ideal. Despues de haber afectado durante algun tiempo, por espíritu de irónica venganza, las maneras de una mujer ávida únicamente de placeres materiales, de agitación y de sensualidad, ha acabado por

tener gusto en sus papeles, y ahora lo desempeña al natural.

Fria, burlona, coqueta hasta el extremo, amiga de los placeres, indiferente á todo, parece conservar tan sólo, despues de la muerte de su madre, un sentimiento noble y elevado que la hace ir tres veces por semana á la cabecera de una anciana parálitica y decrépita; la Condesa de Lerne.

Nada añadiremos á lo que hemos referido de Juana de Latour-Mesnil, baronesa de Maurescamp. Ha dejado de interesarnos—y consideramos que lo mismo sucederá al lector—desde que su respuesta atroz al billete del capitan Sontis nos ha mostrado que el ángel se ha convertido al presente en un monstruo.

La consecuencia de esta verdadera historia es que en el órden moral no nacen monstruos: Dios no los hace; pero, en cambio, los hombres hacen muchos. Las madres no deben nunca olvidarlo.

FIN.



BY THE AUTHORITY OF THE
GENERAL DEPARTMENT OF THE

